



**JOSÉ PAYÁ
BELTRÁN**

**LA ÚLTIMA
SEMANA
DEL INSPECTOR
DUARTE**

Click
EDICIONES

Portada

OCTUBRE

1

NOVIEMBRE

2

LUNES

3

4

5

6

7

8

9

DESAFÍO AL LECTOR

MARTES

10

11

12

13

14

15

MIÉRCOLES

16

17

18

19

20

21

22

23

DESAFÍO AL LECTOR

JUEVES

24

25

26

27

28

29

30

VIERNES

31

32

DESAFÍO AL LECTOR

33

34

35

36

37

DESAFÍO AL LECTOR

38

SÁBADO

39

40

41

Los libros leídos...

Agradecimientos

[Créditos](#)
[Biografía](#)
[Click](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Apenas había corrido doscientos metros desde que el sol se había escondido cuando las farolas se encendieron delimitando una avenida recta y ancha, tan larga que parecía interminable.

Dos o tres tardes por semana, Mónica Navarro realizaba el mismo recorrido: era cómodo, pues consistía en dar cuatro vueltas al polígono industrial, sin subidas ni bajadas, completamente llano. En una ocasión lo había hecho en bicicleta y el cuentakilómetros marcó un kilómetro y seiscientos metros por vuelta.

—Hola.

—Adiós.

Se había cruzado con otro corredor. Mónica tenía diecisiete años y el hombre podría tener la edad de su padre. No era la primera vez que lo veía. Siempre se saludaban.

Conforme la noche fue ganando terreno, el frío aumentó. Llevaba ya dos vueltas cuando escuchó zancadas y respiraciones a su espalda aproximándose a un ritmo constante. Cuando quiso girar la cabeza, ya era tarde.

—¡Venga, mujer, que pareces cansada! —dijo el hombre del chándal azul marino. Tendría algo más de cuarenta años y estaba casi calvo.

Le acompañaba otro individuo —rubio, más joven y también más atractivo— que se limitó a sonreírle y la saludó con un escueto «Hola» entrecortado por la fatiga. Los tres se detuvieron, aunque trotaban sin moverse del sitio y mantenían el ritmo de sus respiraciones.

—¿Qué tal? —saludó Mónica.

Desconocía el nombre de los dos corredores, pero cuando los encontraba por las tardes siempre se detenía a intercambiar con ellos unas pocas palabras. El gusto por el deporte era el único lazo que los unía.

—Anteayer no viniste, muchacha —dijo el más joven. Era muy atractivo y Mónica siempre había pensado que la miraba de un modo especial.

—Estoy de exámenes, bueno..., estaba, porque hoy he hecho el último. ¡Por fin!

—¿Y qué tal? —preguntó el más viejo.

Sudaba copiosamente y lucía una cinta en la frente para que el sudor no se le metiese en los ojos. Iba muy abrigado. La barriga subía y bajaba constantemente. Mónica supuso que querría adelgazar, pero hacía muchos meses que lo veía siempre igual.

—No sé. Creo que bien, pero habrá que esperar a que a los profesores les apetezca corregirlos. —Inspiró dos bocanadas de aire con tanta fuerza que le agujearon el pecho. Lanzó una sonrisa al rubio—. Tenía ganas de quemar toxinas y de despejarme un poco después de tantos días sentada pelándome los codos.

—Te dejamos, guapa —zanjó el más viejo e hizo una seña al otro para continuar.

Se despidieron y ella siguió corriendo a su ritmo. Tras cada zancada comprobaba cómo los dos hombres le ganaban terreno. Los vio girar a la izquierda en el primer cruce; cuando ella llegó allí, continuó en línea recta.

Había completado ya tres vueltas e iniciaba la cuarta cuando el coche la sobrepasó. Era un todoterreno oscuro. Le llamaron la atención los tapacubos limpios y relucientes brillando bajo la luz de las farolas. El vehículo marchaba muy lentamente, como si buscara la localización exacta de alguna fábrica o de alguna calle y no consiguiera encontrarlas. El automóvil dobló a la derecha y, aunque desapareció de su vista, Mónica supo que se había detenido porque escuchó el sonido de los frenos y apreció el reflejo rojo de las luces traseras. Sintió más desconfianza que miedo y no aminoró el ritmo de su carrera. Pasó por el cruce en línea recta y comprobó que no se había equivocado: el todoterreno estaba parado, con las luces encendidas y el motor en marcha. Aceleró el ritmo, pero una voz la obligó a girar la cabeza.

—¡Muchacha, oye, por favor! —Era una mujer quien hablaba. Estaba de pie, junto al coche. Mónica redujo el ritmo hasta detenerse—. Por favor, joven, ¿podrías ayudarme?

La mujer llevaba gafas y tenía el pelo tan canoso que parecía cubierto de nieve. A Mónica le recordó una ilustración de la abuelita de Caperucita Roja que había visto en un cuento. Sostenía en la mano derecha un papel que agitaba como el soldado que pide una tregua.

Mónica desanduvo el camino y se acercó al coche.

—Buenas tardes —saludó la anciana.

—Hola. —La muchacha trotaba sin moverse del sitio, manteniendo el ritmo de su respiración—. ¿Busca algo?

—Sí, sí, ¿podrías ayudarme, por favor?

La mujer le alargó el papel y, al leerlo por primera vez, Mónica creyó estar soñando.

—¿Cómo? —preguntó indecisa, como si alguien hubiera detenido el mundo sin avisarla y al despertar hubiera aparecido en otro lugar o en otro tiempo.

Parpadeó para centrar mejor la mirada y leyó de nuevo el papel que la mujer le ponía delante de los ojos. Se sintió confusa. Solo había dos palabras escritas con letras mayúsculas, claras y bien visibles en el centro de la hoja en blanco:

MÓNICA NAVARRO

—¿Eres tú? —preguntó la anciana, y ahora su sonrisa de abuelita de cuento infantil se había transmutado en la mueca del Lobo Feroz.

—Sí, pero...

Y ya no pudo continuar.

Sintió el golpe en la cabeza, encima de la oreja derecha. Luego vino el agudo pinchazo del dolor y el suelo ascendió hacia su rostro a velocidad de vértigo. Después todo se volvió negro y silencioso.

La desaparición de la joven Mónica Navarro traía en jaque a toda la policía de la ciudad. Hacía casi un mes que la muchacha había salido de su casa con el sano propósito de hacer un poco de deporte y desde ese día ya no la habían vuelto a ver.

Un viernes por la tarde, cuando el otoño había dado unas horas de tregua y la lluvia se desplazaba hacia otra región del país, Mónica Navarro llegó del instituto, dejó la mochila y los libros en su habitación, se calzó unas zapatillas de deporte, se puso el chándal rosa que sus padres le habían regalado cinco días antes —por su decimoséptimo cumpleaños— y salió de su casa.

Informó a su madre, que estaba en la cocina preparando la cena, de que necesitaba desentumecerse, oxigenarse un poco porque tenía la cabeza cargada después de las clases y de los exámenes. cursaba segundo de bachillerato y los profesores la consideraban una alumna excelente. Antes de salir, su madre le aconsejó que regresara pronto porque cuando llegase su padre comenzarían a cenar.

El matrimonio no tenía más hijos. Fernando, el padre, había ganado cierto renombre con su empresa de construcción y, desde hacía unos años, aprovechando el *boom* inmobiliario, el negocio iba creciendo cada vez más. Ana, la madre, acudía por las mañanas a una pequeña empresa de transportes donde llevaba la contabilidad.

Poco después de las ocho el padre llegó a casa y el matrimonio se sentó a la mesa. La intranquilidad los asaltó al concluir la cena: su hija todavía no había regresado. No era normal. Siempre había sido una muchacha responsable y puntual. La madre telefoneó a todas las amigas de Mónica, pero nadie le supo ni pudo decir nada. Conocían su afición por el *footing*, incluso sabían que algunas tardes —si en el instituto no les habían mandado muchos deberes y el clima lo permitía— las invertía corriendo por las calles largas y anchas del polígono industrial. Ninguna amiga se había ido con ella y, por tanto, no la habían vuelto a ver desde que terminaron las clases.

Desesperados, nerviosos ante la tardanza y la ausencia de noticias —la muchacha había olvidado el teléfono móvil en el pantalón vaquero cuando se lo quitó para ponerse el chándal—, avisaron a la policía. Alejándose del protocolo habitual —porque dejaban transcurrir al menos veinticuatro horas antes de iniciar la búsqueda—, una patrulla que en ese momento rondaba por el polígono fue avisada de la desaparición. Los agentes interrogaron a varios de los corredores que encontraron por las calles. Uno se había cruzado con ella sobre las siete de la tarde —ahora eran más de las once—; otro la había visto a lo lejos, tan pronto como llegó y realizaba ejercicios de calentamiento. Incluso dos de ellos —simpáticos y con aspecto respetable— afirmaron haber conversado con ella.

Y aquí se detenían las pistas: nadie más la había vuelto a ver.

Lo que más exasperaba al inspector Duarte era el silencio. Si al menos hubieran recibido una llamada telefónica, una carta o un mensaje escrito donde los secuestradores informaran sobre sus intenciones y sus condiciones, entonces podrían haberse agarrado a alguna pista: hubieran intentado localizar el origen de la llamada o buscado huellas en el papel. Sin embargo, desde el día de su desaparición, nadie había vuelto a tener noticias de la muchacha: ni buenas ni malas. Al inspector Duarte —que llevaba casi cuarenta años de servicio a sus espaldas— aquel mutismo lo ponía muy nervioso y, además, no le daba muy buena espina: temía lo peor...

Era lunes y seguía lloviendo —había comenzado el viernes por la tarde—. Daniel Duarte, inspector de policía de la Comisaría del Distrito 7, se levantó a las siete menos cuarto de la mañana, como todos los días desde hacía varias décadas. Tomó una ducha rápida y se afeitó mientras tarareaba una canción cuyo título desconocía, pero que le había estado rondando por la cabeza desde que sonó el despertador. Una vez vestido, se preparó un suculento desayuno: zumo de naranja natural, leche tibia endulzada con miel, dos tostadas de pan con aceite y varias lonchas de fiambre. Al inspector le gustaba comenzar el día llenándose de fuerzas y de energía: sabía que en su profesión lo impredecible era lo común y, como le había ocurrido en muchas ocasiones, apenas podía detenerse a almorzar o a tomar un bocado a media tarde. La desaparición de la muchacha —se resistía a llamarla «secuestro» porque nadie se había responsabilizado de ella— lo había despertado un par de veces durante la noche.

Seis años atrás, cuando el cáncer se llevó a su esposa Pilar, el inspector Duarte pudo haberse hundido anímicamente hasta convertirse en un ser amargado y huraño. Había visto aquel cambio en algunos de sus conocidos. Sin embargo, supo desde el primer momento que a su esposa no le hubiese gustado aquello, así que, tras la muerte de esta, Daniel Duarte hizo todo lo posible por continuar con la rutina y las costumbres diarias. Ese era uno de los motivos por los que se desplazaba todos los fines de semana —salía los sábados por la mañana muy temprano— hasta Apis, el pueblo de ella, donde unos años antes habían comprado y reformado una casa a las afueras del casco urbano. El otro motivo era que le gustaba la vida en el pueblo, lejos del tráfico de la ciudad, de los sobresaltos y las emociones en las que diariamente lo sumía su trabajo.

Pilar reposaba en el cementerio de Apis —fue su último deseo—, junto a sus padres y a una hermana, la única que tuvo, que un brote especialmente virulento de poliomielitis aguda se llevó a los cinco años. Los sábados, alrededor del mediodía, el viejo inspector se acercaba hasta la tumba de su esposa y le narraba los vaivenes del trabajo semanal, las peripecias por las que había tenido que pasar, las dificultades que había hallado en determinados asuntos, los datos y pistas que le habían permitido solventar el caso o los casos. Evitaba contarle las escabrosidades y los detalles más morbosos: nunca le habían gustado a Pilar y, ahora, en la muerte, era de suponer que seguirían desagradándole.

Mientras se abrigaba con la gabardina y cogía el paraguas negro, el inspector echó de menos el beso de despedida y las palabras y consejos de su esposa. El fin de semana anterior había sido el primero en muchos años que no había acudido a Apis. El comisario Ordóñez lo había obligado a personarse, día sí y día no, en la casa de los Navarro con el acertado propósito de intentar infundir tranquilidad y sosiego al matrimonio. Sin embargo, en situaciones como aquella, poco podían hacer las torpes palabras de un anciano —Duarte tenía ya sesenta y dos años— que no había tenido hijos.

Como aquel iba a ser el último fin de semana del inspector en el cuerpo de policía, aceptó y obedeció sin rechistar las órdenes de su superior. El viernes Daniel Duarte se despediría de la Comisaría del Distrito 7 para convertirse en un jubilado más. La idea, lejos de incomodarlo o de crearle desasosiego, le gustaba, y conforme la fecha señalada para su retiro se acercaba, le parecía más atractiva: dejaría la ciudad —había pensado en poner en venta su vivienda, pues, aunque era un piso ya viejo, estaba en una zona céntrica— y se instalaría definitivamente en Apis, en la casa que tanto le recordaba a su querida esposa. En su imaginación lo tenía ya todo pensado y organizado: cada mañana dedicaría unas horas a la huerta, de la que ahora solo se ocupaba los fines de semana y durante las vacaciones estivales. Se iría a pasear por la sierra cuando el buen tiempo se lo permitiese, se entretendría jugando al truco en el Bar Viejo los sábados y domingos por la tarde con su amigo Antonio como pareja, pero sobre todo invertiría mucho tiempo en leer. Al contrario que muchos de sus colegas y compañeros, y sobre todo que los policías que aparecían protagonizando películas o series televisivas, al inspector Duarte le entusiasmaban las novelas policíacas. Tenía sus preferencias —en autores y en subgéneros—, pero siempre que hubiera un crimen que resolver, Daniel Duarte disfrutaba como un enano leyendo e intentando anticiparse a la solución del enigma. Tal vez porque su trabajo no se parecía en nada al que encontraba allí descrito y narrado: él no se enfrentaba con crímenes complicadísimos en habitaciones cerradas a cal y canto, ni se liaba a tiros con gánsteres que nunca se quitaban el pitillo de los labios. El mundo de la delincuencia en la ciudad era más prosaico: robos de coches y de viviendas, peleas matrimoniales, denuncias por ofensas, jóvenes vándalos que disfrutaban destrozando el mobiliario público o que llenaban de grafitis las fachadas. Nunca había disparado su pistola y no tenía intención de hacerlo en esta última semana que le quedaba para jubilarse. Las novelas policíacas, de las que leía un fragmento cada noche antes de dormirse, venían a suplir las carencias «románticas» del oficio real que ejercía de modo rutinario.

Siempre que podía iba a pie hasta la comisaría, que se hallaba a unas pocas manzanas de su casa. Tenía el tiempo ya medido y controlado y le bastaba salir a las siete y media para, a buen paso, sin prisa pero sin detenerse mucho, entrar al edificio a las ocho menos diez.

—Buenos días, inspector Duarte.

Había esperado encontrar a Ángel Crespo atareado en la redacción de informes o consultando la agenda, pero quien lo había recibido era el agente Tortosa. Un tanto asombrado, el inspector colgó su gabardina en la percha y metió el paraguas en una papelera vacía que alguien había preparado para los días de lluvia.

—Buenos días, Tortosa. ¿Y Crespo? ¿Es que se sabe algo nuevo de la muchacha?

Luis Tortosa era un tipo rubio y coloradote, recio y con un vozarrón grave: de no ser por ese detalle —y por el pelo tan corto que apenas se distinguía del cuero cabelludo—, alguien lo hubiera confundido con una rolliza holandesa de esas que dan saltitos por los verdes prados y ordeñan vacas.

—No sé nada, inspector. El comisario me ha dicho que me instalara aquí esta mañana y que, tan pronto llegase usted, le dijera que le espera en su despacho.

—¿Quién me espera?

—El comisario, ya se lo he dicho.

Daniel Duarte salió al pasillo y en dos zancadas se plantó ante la puerta de su superior. Su mente policiaca funcionaba a cien kilómetros por hora: si Crespo no estaba, si el comisario Ordóñez quería verle con tanta premura, era de suponer que había novedades con relación al asunto de la muchacha desaparecida. Sintió un cosquilleo en el estómago, como siempre que se encontraba ante algún hecho o acontecimiento importante. Llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, abrió la puerta.

—Buenos días, comisario. El rubio me ha dicho que quería hablarme. ¿Se sabe ya algo de la joven?

Andrés Ordóñez era diez años más joven que Duarte, pero cuando se les ponía uno junto al otro nadie lo hubiera adivinado. El comisario era bajito y rechoncho, con un cabello canoso y escaso. Tenía unos ojillos negros como cabezas de aguja que se perdían tras las dioptrías de unas gafas con gruesos cristales. Su sedentarismo —pues apenas asomaba la nariz más allá del dintel de la puerta de su despacho—, el empleo constante del coche para cualquier desplazamiento, ya fuera largo o corto, y el escaso o nulo ejercicio físico que realizaba al terminar la jornada lo habían convertido en un tipo que rozaba la obesidad y que se caracterizaba por unos movimientos tan lentos que exasperaban a quien tuviera la paciencia de contemplarlos.

Cuando Duarte entró, el comisario dejó sobre la mesa los informes que había estado leyendo y se subió las gafas con el índice izquierdo.

—¿Sobre la chica, dice usted?

—Sí.

—Nada. Todavía no sabemos nada..., y lo que es peor: desde arriba comienzan a meterme prisa. No nos podemos permitir a un agente todo el día en la casa de los Navarro, dando palique al matrimonio y aguardando una llamada de teléfono que quizás no llegue nunca.

El inspector no respondió. Los dos hombres se miraron durante unos segundos. No era ningún secreto que los contactos y las amistades habían hecho posible que Ordóñez, siendo más joven, hubiera ascendido hasta convertirse en el jefe de la Comisaría del Distrito 7. Tampoco era un secreto que a Daniel Duarte aquel ascenso —en detrimento del suyo— no le había molestado lo más mínimo. A él le gustaba recorrer las calles, hablar con testigos y afectados, sentarse en un banco a reflexionar sobre los datos y las pistas que habían recabado mientras fumaba lentamente en su pipa, porque en la oficina ya no se lo permitían. Odiaba las paredes del despacho y el trabajo burocrático, por eso en muchas ocasiones el agente Crespo había tenido que cargar con la redacción de todos los informes. Era un comentario generalizado que, incluso si le hubieran propuesto a él el ascenso, lo hubiera rechazado.

—¿Nada?

—Nada. Y eso es lo peor, ¿verdad, inspector? Imagino cómo se sentirán esos padres. Si esto dura más tiempo, terminarán más desquiciados de lo que ya deben de estar.

—¿Y Crespo? ¿Qué hace Tortosa en mi despacho?

—¡Ah, eso! Se me olvidó. Puesto que se nos va muy pronto, he decidido que Tortosa y Crespo trabajen juntos. Es fácil que a Crespo lo asciendan dentro de unas semanas.

—¿Y dónde está ahora?

El comisario Ordóñez dio un respingo como si volviera súbitamente de un viaje interplanetario. Se había puesto a hablar y había olvidado lo más importante.

—¡Ah, claro! Verá, unos minutos antes de llegar usted avisaron de un incidente. Envié a Crespo hacia allá.

—¿Dónde?

Buscó entre los papeles hasta que encontró una pequeña libreta y leyó detenidamente:

—Avenida del Puerto. —Hubo una pausa, como si le costase entender su propia letra—. Nos han avisado desde una pequeña empresa de importación y exportación. Junto a la gasolinera que hay en la carretera, ¿le suena? Se llama Comercial Reinos.

—He visto el edificio. —Recordó un cartel con el nombre pintado en la enorme puerta de una cochera—. Sé dónde está. Voy para allá. Adiós.

El comisario le despidió con un gesto de la mano y continuó mirando sus papeles.

El inspector pensó en ir andando, pero estaba algo lejos y, además, continuaba lloviendo. Ordenó a Tortosa que le buscara un coche patrulla.

Cuando el inspector Duarte descendió del coche, la ambulancia ya estaba allí: dos enfermeros que salían del edificio trasladaban una camilla vacía. El inspector, que había aprovechado el viaje para encender su pipa y dar unas rápidas caladas, dio la última chupada y luego la vació golpeándola contra la palma de su mano izquierda. «No hay ningún muerto —pensó—, tanto mejor». Junto a la ambulancia, que cerraba sus puertas y emprendía la marcha, el inspector vislumbró un coche de policía: debía de tratarse del que había utilizado Crespo para personarse en el lugar de los hechos. Había también un grupo de curiosos a los que la lluvia —no muy copiosa, pero pertinaz— no arredraba ante la posibilidad de contemplar un espectáculo escabroso y sangriento. Algún día alguien tendría que realizar un estudio sobre la atracción que siente el ser humano por la visión de la sangre; claro que a lo mejor ya estaba hecho y él no lo sabía. Con cierto disgusto comprobó que ya habían acudido los primeros fotógrafos. Maldijo para sí y se preguntó cómo las malas noticias podían correr tan rápido: la velocidad de las desgracias también era un buen tema para otro estudio. Un par de agentes se disponían a acordonar la zona con cintas amarillas de plástico.

Se detuvo a los pies de la escalera y contempló el edificio: era una construcción sólida y de color ocre, tachonada con amplias ventanas donde también, como era inevitable, habían aparecido cabezas y rostros curiosos e interrogantes. Comenzaba a ascender lentamente cuando la puerta se abrió y la figura joven y musculosa de Crespo le salió al encuentro.

—Buenos días, inspector. Por suerte no ha habido ningún cadáver, pero casi... —Dibujaba en su rostro una sonrisa de oreja a oreja.

Le seguían dos policías de uniforme escoltando a un joven de aspecto delicado. Se alzó un murmullo entre los curiosos y un par de *flashes* iluminaron el rostro desencajado del detenido. El muchacho parecía asustado y el aspecto de sus ojos —rojos e irritados, ligeramente acuosos— revelaba que había estado llorando. Los policías lo condujeron hasta el automóvil. El inspector miró a Crespo buscando una explicación.

—Hará poco más de media hora avisaron de un intento de asesinato. Usted todavía no había llegado a la comisaría, así que el jefe me ordenó que viniese yo solo, que usted se agregaría después —comenzó a relatar Crespo—. El muchacho es el secretario de un importante hombre de negocios: el señor Reinoso. Todos los indicios apuntan a que ha intentado matarlo.

El inspector y Crespo habían entrado en el edificio y recorrían un largo pasillo con puertas a ambos lados. Al fondo, una ventana iluminaba los pasos de los dos hombres.

—El señor Reinoso madruga mucho. Según ha declarado él y han confirmado algunos de los otros empleados, hay días en que antes de las seis ya está en su oficina. —Crespo se había detenido ante una puerta con una mampara de cristal y un nombre escrito en ella: *Comercial Reinoso, S. L. Importación y exportación*—. Por eso no es de extrañar que todas las mañanas, después de comer algo alrededor de las ocho, dé una cabezada en el sillón, cuestión de media hora. ¡Aquí es!

La puerta se abrió y ante los ojos de Duarte apareció una larga sala con ventanas a la izquierda. Había una docena de mesas repartidas a ambos lados de un pasillo limpio y reluciente ante una docena de empleados de ambos sexos. El inspector intentó imaginar a todas aquellas personas tecleando en sus ordenadores, y ante la perspectiva del estruendo sintió deseos de encender la pipa; pero se contuvo porque entendía que no estaba bien que precisamente un representante de la ley infringiera la normativa sobre el tabaco. Se limitó a palmear ligeramente el bolsillo derecho de la gabardina donde reposaban la pipa y la bolsa de tabaco. Ahora la sala estaba en silencio. Un par de policías interrogaban a varios empleados; el resto, envuelto en un silencio tenso, permanecía en su sitio aguardando su turno.

—El despacho donde se produjo el intento de asesinato está al final del pasillo —aclaró Crespo mientras reanudaba sus pasos.

Anduvieron por entre las mesas sintiendo a sus espaldas las miradas curiosas de los empleados. Llegaron ante una puerta de madera oscura. Crespo se disponía a abrir, pero el inspector lo detuvo.

—¿A qué se dedica? —inquirió.

El agente lo contempló extrañado, como si hubiera sido arrancado de otros pensamientos. Ante el silencio del otro, el inspector insistió:

—¿En qué consiste este negocio? —E hizo ademán de señalar las dos filas de escritorios que habían atravesado.

—¡Ah, bueno! —Crespo sonrió—. Compra y venta de productos, transacciones... No fabrican nada, solo comercian con mercancías. Alguien quiere comprar algo, ellos le dicen quién puede venderle lo que necesita, y viceversa.

El inspector Duarte cortó las explicaciones.

—Abra, Crespo.

El despacho era pequeño. Los ojos experimentados del inspector distinguieron dos mesas —una frente a la puerta; la otra, mucho menor, en un rincón—, varias sillas repartidas por las paredes, un par de sillones giratorios tras cada escritorio, un armario metálico, una estufa de butano, una percha de pie de la que colgaban dos abrigos grises y un impermeable azul y, junto a esta, una pajarera que contenía dos periquitos verdes. Los pájaros no dejaban de piar y de revolotear. Dos tubos fluorescentes iluminaban la estancia sin ventanas. En el rostro del inspector afloró una mueca de descontento: no le gustaba la habitación, resultaba demasiado agobiante con tantos muebles por todas partes y ninguna ventana. ¿Cómo podía alguien trabajar un día tras otro en un ambiente tan opresivo, oculto de la claridad solar, de los ruidos vivos de la calle? Contrastaba aquella lobreguez con la luminosidad de la sala que ahora, al cerrar la puerta, desaparecía a sus espaldas.

Un hombre sonriente y elegantemente vestido salió de detrás del escritorio y tendió la mano al inspector. Mientras correspondía al saludo, este observó la pulcritud del traje de su interlocutor, sumó el valor de cada prenda y, al deducir el total, concluyó que el negocio iba viento en popa..., al menos para el señor Reinoso.

—¡Gracias por llegar a tiempo! —exclamó el empresario—. Mi secretario había aprovechado que yo estaba dormido para intentar asfixiarme. Fue atroz... Todavía no puedo creérmelo, la verdad.

—Apagó la llama de la estufa y dejó que se saliera el butano —continuó Crespo—. Luego salió del despacho y cerró la puerta para que el gas actuara. El secretario lo niega, pero todas las pruebas lo acusan.

—Por suerte logré despertarme a tiempo —continuó el hombre de negocios— y salir al pasillo a pedir ayuda. La atmósfera era asfixiante: unos minutos más y hubiera muerto, estoy seguro. Existían desavenencias entre nosotros, pero nunca esperé que llegaran a tanto. —Hubo un amago de llanto, pero se contuvo—. Me ha defraudado, ya lo creo, nunca habría creído esto de él.

El inspector movió la nariz. El olor a gas era ya muy débil, pero aun así se abstuvo de encender la pipa, aunque se moría de ganas de fumar. Resignado, se dedicó a contemplar el rostro de Alberto Reinoso: una cara vulgar y morena, rasurada y enmarcada por un cabello abundante, castaño y correctamente peinado. Pensó que, si encontrara aquella faz dentro de un mes, ya no la recordaría; no obstante, en el fondo de aquellos ojos marrones y comunes se apreciaba un destello de miedo.

—¿Ha prestado ya declaración? —preguntó.

—Todavía no... formalmente —aclaró Crespo—. Aguardábamos su llegada, inspector.

Deseaba sentarse, descansar sus casi noventa kilos; seguía muriéndose por fumar.

—Está bien. Continúe con el procedimiento rutinario. Tómeme la declaración. —Sintió deseos de estar solo y añadió—: ¿Le importaría salir fuera, señor Reinoso? Verá, quisiera echar un vistazo por la habitación, observar detenidamente la estufa y los otros muebles.

—Por supuesto, haga usted lo que crea más conveniente para su trabajo. Lo que deseo es que este sucio asunto se arregle lo más rápidamente posible. Comprenderá que esta es una situación muy violenta, muy incómoda.

—Lo entiendo, señor Reinoso. Imagino que nadie se acostumbra a que intenten asesinarlo, no es algo que suceda todos los días; afortunadamente, claro.

Daniel Duarte aguardó a encontrarse solo para dejarse caer en el sillón giratorio de una de las mesas. Cerró unos segundos los ojos y alejó los deseos de fumar de su mente. Cuando levantó los párpados, había puesto todos sus sentidos a trabajar: observar, oler, tocar y reflexionar sobre los hechos, sobre los acontecimientos que apenas una hora antes habían tenido lugar allí.

En el exterior del despacho, Crespo y otro policía volvían a escuchar la historia y las quejas del señor Reinoso.

—¡Como un hijo, como un hijo! Así he tratado yo siempre a ese muchacho. Y ya han visto ustedes cómo me lo ha pagado. Hay cosas que no entenderé nunca. —El empresario se había sentado en una de las sillas. Se le veía abatido—. Lo saqué de la calle..., como quien dice. Vino aquí sin experiencia, hecho un bisoño; pero

enseguida advertí en él unas aptitudes innatas, una inteligencia fuera de lo común para todo lo relacionado con los datos administrativos, una memoria prodigiosa. Y no me engañé. ¿Creen ustedes que no apreciaba a ese muchacho? Es el más joven de mis empleados. —Estiró el cuello haciendo ademán de mostrar las mesas donde los trabajadores aguardaban expectantes y nerviosos—. Pero su edad no impidió, a pesar de su poca experiencia, que lo tomase como mi secretario. ¡¡Y así es como me lo ha pagado!!

Crespo asentía rítmicamente, en una actitud equidistante entre la confirmación de los hechos y la evidente imposibilidad de detener el monólogo del empresario. Otro agente se afanaba en colocar su cuaderno sobre la mesa y tomar notas.

—Está bien, señor —atajó Crespo—. Le ruego encarecidamente que se limite a relatar los hechos tal y como sucedieron, así mi compañero podrá tomar nota de ellos. Le recuerdo que va a realizar una declaración y que más tarde tendrá que leerla detenidamente y firmarla si la considera correcta y adecuada.

Y los hechos eran más bien pocos, por lo que el escriba se alegró. La rutina diaria: puesto que llegaba a las seis a la oficina, resultaba inevitable la cabezada de las ocho tras tomar un café y un bollo en un bar cercano; la tranquilidad del sueño y, de repente, ¡el ahogo! El señor Reinoso había abierto los ojos al sentir una opresión en el pecho y en la garganta, como si una mano invisible intentara estrangularlo o hundirle el esternón. A rastras, gateando a cuatro patas como un bebé, consiguió abandonar el despacho entre el fuerte olor a gas. No pudo gritar, o quizás no había querido, como si el subconsciente le hubiera advertido de la necesidad de no malgastar el escaso oxígeno que quedaba en la habitación o retenían sus pulmones. Milagrosamente —lo había repetido diez veces, casi con lágrimas en los ojos, en un arrebato que a Crespo le pareció demasiado histriónico—, milagrosamente había alcanzado la puerta y logrado salir al exterior. Entonces sintió que unos brazos lo llevaban al centro de la amplia sala. Oyó que alguien ordenaba abrir todas las ventanas. Cuando recobró la respiración, aunque no la calma, y tomó unos sorbos de agua —¿quizás algo más fuerte?, no lo recordaba—, preguntó por su secretario. Uno de sus empleados le informó: el joven había abandonado su despacho hacía un buen rato, poco después de que él regresara de su desayuno.

—No tengo ninguna duda —concluyó el empresario—. Aprovechó que yo dormía para abrir el gas de la estufa y luego me abandonó a mi suerte. —El hombre dejó caer la cabeza entre las manos—. ¿Por qué?

El Restaurante Armando servía un buen menú por solo seis euros. Además, estaba muy cerca de la comisaría, así que no resultaba nada extraño encontrar entre sus comensales a numerosos policías. El inspector Duarte era un cliente habitual y sus visitas se habían intensificado tras quedar viudo. Disponía de dos horas para comer y no podía invertirlas en regresar a casa, preparar la comida e ingerirla con cierta calma para luego volver a la comisaría. También podría haberle dicho a doña Concha que se la preparase, pero hubiera supuesto un gasto inútil de dinero porque no siempre el trabajo permitía estar al mediodía cerca de la casa o de la comisaría. Doña Concha era una buena mujer a la que su esposo había abandonado, tentado por la juventud y las curvas de una muchacha rusa —«una sinvergüenza maleducada», según la despechada esposa—, y ahora tenía que criar y cuidar a dos hijos adolescentes. El comisario la había conocido tiempo atrás, cuando uno de aquellos salvajes que tenía por hijos se había metido en un lío al pinchar las ruedas del coche de un vecino. Hacía pocos meses que Pilar había muerto y el hogar de Duarte comenzaba a parecerse cada vez más a un establo. A partir de entonces, doña Concha comenzó a encargarse de limpiar el piso dos veces a la semana (los lunes y los jueves), le lavaba y le planchaba la ropa y se preocupaba de comprar el alimento necesario para que el inspector no tuviera que comer todos los días pan duro y yogur. En ocasiones, Duarte también le pedía que le preparase la comida o la cena.

Después de pasar por la comisaría y redactar el informe sobre el caso Reinoso, y tras comunicarle que seguían sin tener noticias de la joven Mónica Navarro, él y el agente Crespo se fueron al Armando a tomarse un tentempié. Eran las once y media de la mañana y las mesas estaban atestadas: oficinistas, empleados de comercios, jubilados ociosos, amas de casa que se habían tomado un respiro para regalarse con un tentempié y que después malgastaban todo el dinero de la compra en la máquina tragaperras...

Mientras masticaba lentamente un bocadillo de jamón con tomate, Crespo escuchaba a su superior:

—¿Por qué, Crespo? —insistió el inspector que ya se había despachado su media tostada con aceite y sal y ahora esperaba a que se enfriase el café—. ¿Por qué un joven que tiene un buen empleo, una buena posición dentro de la empresa..., por qué un joven que parece aspirar a lo más alto, que es inteligente y aprende rápido y bien..., por qué alguien con el futuro asegurado decide tirarlo todo por la borda en un segundo?

—Pensó que podría salir impune de esto. Es lo que imaginan todos. No es la primera vez que vemos un caso semejante, ¿verdad?

El inspector Duarte tomó un sorbo de café. «Este Armando cada vez los pone más calientes. Conseguiré que me caliente la lengua», pensó.

En la comisaría, durante los interrogatorios, Pablo Lorente —el secretario— había insistido en declararse inocente, en contar una y otra vez la misma versión, la que defendía con uñas y dientes. Según su testimonio, aquel día ocurrió lo que todos los días: una vez regresaba el señor Reinoso de su breve desayuno, él aprovechaba y salía también a tomar algo. Se turnaban porque no querían dejar el despacho solo. Media hora después estaba ya de vuelta y se encontró con todo el berenjenal: el señor Reinoso medio inconsciente y señalándole con un dedo acusador, la mirada suspicaz y los ceños fruncidos de los demás empleados, la policía que unos minutos más tarde irrumpía en la empresa y lo detenía.

Crespo ya se había zampado su bocadillo y ahora estaba terminándose su cerveza. Habían interrogado al dueño del bar en donde el secretario y su jefe desayunaron. El muchacho no había invertido más de un cuarto de hora en comerse dos magdalenas y tomarse un café con leche. ¿Y el otro cuarto de hora? Según su declaración, había estado paseando, estirando las piernas, respirando un poco de aire, lejos de aquella habitación lúgubre y oscura. Según la opinión de los policías, dejando pasar el tiempo para que el gas hiciera su efecto y acabase con la vida del señor Reinoso.

—He pensado, Crespo, que no estaría de más acercarnos otra vez por Comercial Reinoso.

—Tampoco sé muy bien para qué, inspector. El detenido está en la comisaría —dijo el agente, y se encogió de hombros.

—No lo veo nada claro —concluyó Duarte, y apuró de un trago su café.

No fue necesario llamar al timbre porque las puertas estaban abiertas. Por suerte, la lluvia había firmado una tregua y los dos policías habían podido ir paseando hasta el edificio. Crespo tenía que frenar el ritmo vivo de su zancada, pues el inspector Duarte había aprovechado para encender su pipa y reflexionar un poco sobre los acontecimientos. Durante los minutos que duró el paseo, las preocupaciones que lo obsesionaban desde hacía algunas semanas, cuando la desaparición de la muchacha, pasaron a un segundo plano: algo no encajaba en el asunto de Reinosa y de su secretario; su experiencia y su instinto le decían que no todo podía ser tan obvio. El inspector había visto muchos rostros de criminales, y la cara horrorizada y pálida de Pablo Lorente no era la de una persona que ha cometido un delito. Sin embargo, esa corazonada, por sí misma, no le servía para borrar de la frente del joven secretario el estigma de la culpabilidad: necesitaba pruebas.

Crespo se detuvo bajo el dintel de la puerta abierta. El inspector lo rebasó y entró en la amplia estancia. Al fondo, a la izquierda, un grupo de empleados había formado un corro y murmuraba. Algunos ya se habían sentado ante sus ordenadores y realizaban, o fingían hacerlo, su trabajo. Llamaron a la puerta del despacho del dueño y una voz los invitó a pasar.

Encontraron al señor Reinosa tras su escritorio; la otra mesa la ocupaba ahora una muchacha que sostenía una libreta y un bolígrafo.

—Hola de nuevo, señor Reinosa, buenos días —saludó el inspector.

El aludido asintió en silencio. Todavía tenía los ojos irritados y su traje, impecable más de tres horas antes, presentaba ya las primeras arrugas. También su rostro había empezado a transformarse: ahora se mostraba más blando, con menos vitalidad; incluso el dibujo de la barba comenzaba ya a ensombrecerlo.

—Buenos días, inspector. ¿Qué desean ahora? Espero que vengan a decirme que ese criminal ha confesado su culpa. —Había rabia en sus palabras.

Duarte negó con la cabeza.

—Comprenderá que la vida ha de seguir y el trabajo no puede esperar. ¿Qué quiere ahora? ¿Una nueva declaración? —insistió Reinosa visiblemente molesto por la intromisión de los dos policías.

—No, tranquilícese. No vamos a hacerle perder más tiempo, señor Reinosa —dudó un instante. Los pájaros revoloteaban en las jaulas: en una situación como aquella eran los únicos que parecían vivir al margen de la tensión que se respiraba en el ambiente claustrofóbico de la habitación—. Imagino que la empresa que dirige posee algún tipo de contabilidad.

—Desde luego. Todos los archivos están en el disco duro del ordenador —afirmó el empresario—. Los imprimimos cada mes de julio.

—Me gustaría poderlos revisar. ¿Nos lo permite usted? Espero que no haya problemas en que nos los llevemos hasta la comisaría. —El señor Reinosa iba a protestar, pero el inspector lo detuvo con un gesto y continuó—: Debo recordarle que no me supondría muchas molestias conseguir una orden del juzgado para hacerlo. La investigación todavía está abierta y cualquier pista puede ser importante para la resolución del caso.

Reinosa se reclinó en su sillón y sonrió.

—Estaré gustoso de colaborar con ustedes, inspector. Yo soy el principal interesado en que todo esto se solucione lo antes posible.

—No esperaba menos, caballero.

Después de comer en el Restaurante Armando, la tarde transcurrió en medio de la rutina. El inspector había ordenado que varios agentes se dedicasen a revisar la contabilidad de Reinos. Un abogado de oficio había hablado con el detenido, que se mantenía en sus trece: él no sabía nada, había salido a desayunar y al volver a la empresa se había encontrado con todo el fregado.

Tampoco el caso de Mónica Navarro había progresado. Los padres habían llamado varias veces, pero nada se les pudo decir porque nada se sabía: seguían sin datos y sin pistas. Varios días después de la desaparición, familiares y amigos habían pegado carteles de la muchacha por los establecimientos y los lugares públicos de toda la ciudad. Recibieron varias llamadas telefónicas que no aportaron nada: identidades equivocadas y falsas pistas que solo habían servido para acrecentar el dolor de la familia —al aumentar las esperanzas y después frustrarlas— y, a veces, para confundir más a la policía. Resultaba desesperanzador, y lo malo es que Duarte comenzaba a obsesionarse.

Para no ponerse más nervioso salió de la comisaría y, con la pipa entre los labios, anduvo lentamente hacia su casa. Había anochecido ya y de nuevo comenzaba a llover. No estaría mal empezar su última semana de trabajo cortándose el pelo, así que cuando pasó ante la peluquería de Pepe Verdú y vio que el barbero estaba leyendo el periódico, entró.

—Buenas tardes, inspector.

Se conocían hacía más de treinta años y nunca se habían tuteado.

—No parece que tenga mucho trabajo, amigo Pepe.

—La dichosa crisis. ¿Qué quiere que haga? La gente ha empezado a ahorrar y ahora creo que todos se van a dejar el pelo largo.

El inspector colgó la gabardina de la percha y tomó asiento.

—¿Qué va a ser, inspector?

Era una guasa, claro. Desde hacía más de diez años, Duarte se cortaba el pelo todos los meses siguiendo la misma rutina: se sentaba ante el espejo y dejaba que Pepe Verdú le pasara la máquina al uno, como si fuera una oveja en manos del esquilador.

—Vaya pollo se ha montado con la desaparición de la niña, ¿eh, inspector?

La vibración de la máquina le hacía cosquillas en el cuero cabelludo y la voz del barbero le llegaba tamizada por el murmullo mecánico.

El inspector no respondió y miró a Pepe valiéndose del espejo. Los ojos de ambos se encontraron en la superficie de cristal y el barbero supo que en esta ocasión el inspector había entrado a su establecimiento con el firme propósito de olvidar los problemas, que había dejado en la acera las preocupaciones y todo lo relativo a su trabajo. Así que no repitió la pregunta que el otro no había respondido y se puso a hablar de fútbol, que es de lo que mejor saben hablar los barberos.

Cuando terminó de cenar, Daniel Duarte se sentó un momento ante el televisor. Eran más de las diez y estaba cansado. En esos momentos echaba de menos los ruidos que salían de la cocina mientras su esposa fregaba los platos, los comentarios y las preguntas con los que aderezaba la cena, la cabeza de ella reclinada en su hombro. La programación televisiva lo aburrió muy pronto: programas absurdos de gente enloquecida, noticias amargas e imágenes de guerras y desgracias, series donde todos los personajes eran o jóvenes o divorciados o ricos o felices o todo a la vez. Apagó la tele y se fue a la cama. Tenía ganas de retomar la novela que había dejado la noche anterior. Estaba releyendo a John Dickson Carr.

Dispuso los cojines de modo que pudiese sentarse y apoyar la espalda contra el cabecero de la cama. Tomó *Los anteojos negros*:

—¡Ah! ¿Hablaron ustedes ya con ella?

—Sí. Y por lo que pudimos comprender, todo ese espectáculo fue planeado a base de una serie de trucos...

—Fue más que eso —dijo el profesor Ingram mirándolo de frente—. Sé que fue planeado para demostrar la forma en que los bombones de la tienda de la señora Terry pudieron ser envenenados sin que nadie viera cómo lo hacía el asesino.

Tenía la certeza de que no se cansaría nunca de releerla. Lo bueno de las novelas policíacas, frente a la realidad, era que, cuando las muchachas de diecisiete años desaparecían de sus casas, siempre dejaban algún rastro por pequeño o insignificante que fuera, que los culpables eran siempre descubiertos y apresados, y que nunca los inocentes iban a parar a la cárcel. Lo malo era que se trataba de novelas y que la vida real nunca era así, lamentablemente.

DESAFÍO AL LECTOR

Amigo lector:

*En este momento de la narración
estás en posesión de todos los datos indispensables
para decidir sobre la inocencia o culpabilidad de Pablo
Lorente, el secretario del señor Reinoso.
La atenta lectura del texto te dará la clave y las pistas
que necesitas para adelantarte al inspector Duarte.
¡Animo!*

Estaba cansado y tenía sueño. La lectura de la noche anterior lo había absorbido y cuando quiso darse cuenta era casi la una de la madrugada. ¡Ni recordaba las veces que había leído *Los anteojos negros*! Sin embargo, los diálogos ingeniosos y la lógica sobre la que se cimentaba todo el enigma continuaban atrapándolo como en la primera lectura.

Le costó salir de la cama y tuvo que darse una ducha rápida para despejarse.

Estaba tomándose el sándwich y el café con leche cuando sonó el teléfono. Lo descolgó de mala gana porque odiaba que lo molestasen durante el desayuno.

—¿Diga?

—¿Inspector? Soy yo, el comisario Ordóñez.

Al reconocer la voz algo ronca de su superior, el corazón le dio un brinco. Si se tomaba la molestia de llamarle por teléfono antes de las ocho de la mañana, era porque había ocurrido algo importante.

—¿Qué sucede?

Hubo unos segundos de silencio que a Duarte le parecieron una eternidad. Sintió que las dudas y el titubeo recorrían las líneas telefónicas.

—La han encontrado. A la muchacha, quiero decir.

Supo que el miedo que había notado al otro extremo de la línea ahora se había aposentado junto a él. Unas zarpas arañaban su garganta y la boca se le secó.

—¿Está viva?

No hubo respuesta. El inspector percibió un molesto cosquilleo en el estómago que en breve comenzaría a ascender hasta instalarse en el pecho como un gran peso que le presionara las costillas y le impidiese respirar.

—No.

No era el primer cadáver que veía; pero allí, de pie ante el enorme montón de basura, el inspector Duarte volvió a sentir el cansancio que ya había aparecido los meses atrás. Chupaba la pipa espaciadamente, abstraído, aunque hacía un buen rato que se le había apagado. Crespo sujetaba el paraguas que los protegía de la lluvia.

Ninguno de los dos hombres había pronunciado palabra desde que llegaron al vertedero municipal. Como dos meros espectadores, asistieron impertérritos al desfile de enfermeros y camillas, a las carreras de los especialistas en huellas dactilares que intentaban acordonar la zona con cintas de plástico rojas y amarillas, a la presencia seria del juez que levantó el cadáver. También habían soportado algún que otro fogonazo procedente de un par de fotógrafos que habían conocido inmediatamente la noticia del horrible hallazgo. Todo ello bajo una llovizna aparentemente débil pero constante; «calabobos», recordó Duarte que la llamaba su esposa.

El inspector encendió de nuevo su pipa. Chupó con rabia y el humo se alzó cubriéndole el rostro. Recordaba el miedo esculpido en la cara de los padres durante los primeros días. Después llegó la actitud distante, las señales inconfundibles de que los secuestradores ya se habían puesto en contacto con ellos, de que, sin duda, los habían alertado contra la policía amenazando con la muerte de la cautiva. Así actuaba siempre aquella gentuza y, salvo excepciones, la familia le seguía el juego, se plegaba a sus condiciones: la policía se convertía en una molestia. Duarte imaginó lo que habría pensado el padre: la seguridad de que el dinero lo podía todo y de que el engranaje de la ley era insuficiente y molesto cuando lo más importante era recuperar a su hija a cualquier precio, de un modo u otro. Desde el primer momento supo que los padres les habían ocultado la relación con los secuestradores. ¡Era imposible que después de los primeros días no hubieran recibido ninguna noticia, ni la más mínima señal! Además, el último fin de semana, cuando el comisario le había ordenado que se acercara a la casa de los Navarro, detectó gestos, conductas y miradas huidizas y recelosas.

Con el paso de los días y la ausencia de más datos, los periódicos sustituyeron las noticias de la joven secuestrada por nuevos titulares. Transcurrieron los días y luego las semanas: el tiempo, imparable, fue cubriendo el suceso con el barniz del olvido. El inspector imaginó que la familia habría seguido las instrucciones al pie de la letra, aunque al hacerlo habían obstaculizado a la justicia. Duarte se preguntó si —puesto en aquella tesitura— él no hubiera actuado del mismo modo, si no hubiera pretendido salvar la vida de su hija a cualquier precio, por encima de la sociedad y del resto de los ciudadanos, al margen de la ley y de sus representantes. Dio una nueva chupada a la pipa. Pilar y él no habían podido tener hijos.

Unos enfermeros, sosteniendo una camilla, transportaban a la víctima. Bajo la sábana blanca y empapada apenas se apreciaba el pequeño cuerpo de la muchacha. Al introducirla en la ambulancia, que aguardaba con el motor en marcha y las luces de emergencia lanzando destellos y girando enloquecidas, la camilla golpeó contra una de las puertas abiertas y de la sábana surgió un brazo que quedó colgando indolente. Brevemente el inspector advirtió el destello rosa de la chaquetilla de un chándal; sabía que había sido un regalo por su cumpleaños, pero ahora solo destacaban el color desvaído y blancuzco de los dedos, las uñas rotas y mugrientas, la suciedad incrustada entre los pliegues de los nudillos, la frialdad y el silencio que rezumaba el cuerpo, la ausencia total de vida y de futuro...

De nada hubieran servido lamentos y reproches, y no los hubo. La ronda de identificación siguió los cauces normales dentro de la amarga situación.

Antes de la llegada de los familiares, el inspector asistió al aseo del cadáver. Lo que más le llamaba la atención eran los colores chillones del chándal; el resto apenas era discernible: una larga melena sucia y desmadejada, sin color preciso antes de que el chorro de agua revelase un tono castaño con varias mechones rubias; un rostro que había sido hermoso, pero que apenas existía —no solo el disparo, efectuado en la nuca desde muy cerca, también las ratas del vertedero habían hecho estragos—, y nada más, porque Duarte, dando gracias de nuevo porque aquella no era su hija, se retiró a su despacho.

—Una exploración superficial me permite afirmar que no ha sido violada —dijo el forense mientras volvía a cubrir el cuerpo con una sábana blanca.

—Gracias a Dios —respondió el comisario Ordóñez.

Ninguno de los presentes habló. Duarte no tenía muy claro que alguien tuviera que agradecer esa circunstancia a un Dios que no tenía ningún reparo en permitir que mataran a una muchacha. Pero no dijo nada. Sabía de la fuerte religiosidad del comisario y no quería añadir más leña a la hoguera del odio y del horror. De un modo u otro, supuso que la familia se alegraría de aquello... si es que «alegrarse» era la palabra más idónea para una situación semejante.

—Dentro de unos minutos comenzaré la autopsia —añadió el forense.

—Aguarde a que lleguen sus padres, doctor —señaló el comisario—. Necesitamos que la identifiquen. Luego ya podrá disponer de ella. Voy arriba —se precipitó a aclarar—. ¿Quiere quedarse usted, inspector?

—No, yo también subiré al despacho. Tengo trabajo atrasado. Hay algo en el asunto de Reinosa que no tengo todavía claro. —Se dirigió al forense—. Cuando tenga usted el informe, ¿sería tan amable de hacerme llegar una copia? Gracias.

El médico asintió mientras se alejaba hacia un fregadero instalado en un rincón.

—Crespo me informó sobre ese asunto —dijo el comisario. Los dos hombres subían lentamente el tramo de escaleras que los separaba de la comisaría—. ¿Qué hay de extraño?

El inspector se encogió de hombros.

—No sabría decirle, comisario, pero algo no parece claro. El instinto me dice que las cosas no son tal y como nos las pintan. Llámelo usted intuición genial o capricho senil, pero tengo la total convicción de que existe algo que no termina de encajar. ¡Y no sé qué es!

Llegaron a la comisaría y el bullicio de agentes moviéndose de un lado a otro, de sospechosos o de ciudadanos exponiendo quejas o consultando dudas les hizo enmudecer. Se despidieron y cada uno se encerró en su despacho.

Crespo no estaba y Duarte no encontró ningún documento nuevo sobre su mesa. Llamó por el interfono a Tortosa, pero tampoco pudo localizarlo.

Allí estaba prohibido fumar, sin embargo necesitaba urgentemente agarrarse a una suave pipa de tabaco holandés. Cerró la puerta para que nadie lo interrumpiese, tomó asiento y comenzó a rellenar la cazoleta. Afuera, del otro lado de la puerta, podía escuchar el trajín y las carreras de sus compañeros.

El detenido se mantenía en sus trece. El agente Tortosa seguía revisando aquellos libros colmados de números y todavía no se había pronunciado. En la calle atardecía y el inspector, en su despacho, con el gusto del filete y de las patatas fritas de la comida todavía impregnándole el paladar, había decidido involucrase en el humo de su pipa. Efectuando una mirada somera y ligera, el caso Reinosa era muy sencillo; pero había algo que no funcionaba... y no conseguía saber qué. Además, estaba el otro asunto. La imagen del rostro y del cuerpo de la pobre muchacha se le había enredado en la memoria y, aunque hacía todo lo posible por alejarlo, por dejarlo a un lado al menos de momento, se resistía a salir. Dio unas chupadas largas y meditativas y el humo lo envolvió. Quizás ahora pudiera centrarse más en aquello que le preocupaba, en buscar o localizar aquel dato que se resistía a mostrarse en su verdadero aspecto.

Llamaron a la puerta. Dejó la pipa sobre la mesa y abrió. Era Crespo, quien frunció el ceño al percibir la nube de humo que cubría la mesa del inspector.

—Es ella —dijo el agente—. Es la muchacha secuestrada. Los padres la han identificado. Bueno, solo el padre. —El inspector alzó una ceja. Crespo siguió—. Fue el primero que entró y luego no dejó entrar a la madre.

—Mejor así.

Los dos hombres asintieron y permanecieron un instante en silencio. Crespo reanudó el informe:

—La mujer insistió, pero al final parece que entró en razón. Imagino que será mejor que la recuerde como era...

—Al grano, Crespo. ¿Cree que alguien podría reconocerla con ese aspecto?

—Bueno... Estaba el chándal. Su padre se lo había regalado para su cumpleaños, pero sobre todo pudo identificar una cicatriz enorme en la rodilla izquierda, en forma de ojo —dudó. El inspector supo que el agente se sentía incómodo refiriendo aquellos datos—. Se la hizo siendo una niña, al caer sobre una botella rota. Las ratas todavía no habían llegado allí, gracias a Dios.

Otra vez se preguntó qué tendría que ver Dios con aquello; pero decidió no volcar su mal humor en Crespo.

—¿Algo más?

—El forense está realizando la autopsia.

—¿Y en cuanto al asunto de Reinosa y su secretario? —inquirió Duarte.

No había nada nuevo: el interrogatorio únicamente había servido para poner más nervioso al secretario, que seguía encastillado en su inocencia.

—Voy a bajar otra vez al depósito a echar un vistazo —dijo Crespo. No le gustaba mucho observar las autopsias, pues no eran un espectáculo agradable, pero sabía que el inspector prefería estar solo en su despacho, que el humo lo ayudaba a pensar y que su presencia le impediría en cierto modo dar rienda suelta a sus reflexiones—. Tan pronto como termine el forense, subo y se lo digo.

El inspector asintió y cerró la puerta. Cuando regresó a su mesa la pipa se había apagado, así que la vació en la papelera, la guardó en el cajón —una pipa caliente no debía encenderse de nuevo—, tomó otra, la rellenó y la encendió. Aspiró y soltó el humo. Lo vio formar virutas blancas, espirales, siluetas que la imaginación podía transformar en monstruos mitológicos o en simples nubes. En ese momento le dio por pensar cuánto tiempo tardaría en desaparecer. Soltó una nueva bocanada de humo y contempló sus movimientos —sobre la mesa, envolviendo el flexo, acercándose a los archivadores que cubrían la pared—; mentalmente contó hasta treinta y el humo había desaparecido. Dio una nueva chupada a la pipa, y luego otra, y otra y otra; y en unos segundos estaba envuelto por un humo denso y aromático, y contó no hasta treinta ni hasta sesenta..., contó hasta ochenta y el humo seguía allí, flotando, empapándolo todo como la niebla en aquellas películas de terror donde la bruma parecía eterna. Intentó dar otra calada, pero le sobrevino un ataque de tos y gritó:

—¡Crespo! ¡Crespo!

Tardó en aparecer el aludido, pero finalmente la puerta se abrió y la figura alta y delgada del agente extendió su sombra dentro del despacho. Abanicaba su rostro con la mano derecha para apartar los penachos de humo y con la otra seguía aferrando el pomo de la puerta.

—¿Inspector...? —Llamaba como quien busca a un amigo entre la niebla, esperando su respuesta, pero temiendo un sobresalto.

Duarte se incorporó de su sillón todavía con la pipa entre los labios.

—¡Los pájaros! —exclamó.

Crespo no dijo nada. Había cosas que le daban mala espina: primero aquella humareda y ahora este exabrupto, este grito absurdo y sin sentido. Intentó dibujar un gesto de interés en su rostro, pero solo consiguió crear una mueca de incredulidad y desconfianza.

—¡Los pájaros, Crespo..., los pájaros!

—¿Qué pájaros, inspector?

—Unos con unos pulmones sobrenaturales, unos con una capacidad de resistencia fuera de lo normal. —La humareda ya había desaparecido y el rostro de Duarte dibujaba líneas y curvas de alegría en los labios, en los pómulos y en las arrugas alrededor de los ojos—. El muchacho es inocente, Crespo —concluyó tajante.

—¿El secretario?

—Sí. Su jefe miente.

—¡Eso es imposible, inspector! Déjeme recordarle que todas las pruebas lo acusan, que no ha podido aportar ninguna coartada convincente —aclaró Crespo—.

Está tan claro como el agua...

—O como el humo, si este fuera claro. —El inspector descolgaba de la percha su gabardina y comenzaba la difícil tarea de arrojar sus casi noventa kilos y su metro setenta y cinco—. ¿No ha pensado, Crespo, que quizás el muchacho no tiene coartada porque tal vez no la necesite?

—No sé dónde quiere ir a parar.

—Uno solo se monta una coartada si tiene algo que ocultar. ¿Sería capaz de decirme dónde estuvo usted hace cuatro días cuando salió de aquí?

—¿Yo? —Palideció.

—Es un mero ejemplo, Crespo.

—¡Ah, bueno!

—Seguro que no tiene ningún testigo fiable que pueda atestiguar dónde fue y qué hizo cuando salió de la comisaría, ¿verdad?

Crespo se encogió de hombros. El inspector había salido del despacho y caminaba a paso rápido hacia la salida.

—No sé dónde quiere ir a parar, señor. Yo lo veo muy claro, la verdad.

—Pues no lo está, amigo, no lo está en absoluto. —Se detuvo en el pasillo. Los otros policías tuvieron que esquivarlo para no embestirlo y llevárselo por delante

—. Reflexione sobre lo que voy a decirle. Primero, tenemos una habitación sin ventanas. Segundo, tenemos una estufa que se deja abierta para que salga el gas. Tercero, tenemos una cantidad de gas suficiente para matar a un hombre. —Hizo una pausa y carraspeó—. Y cuarto, esa misma cantidad de gas no parece afectar ni lo más mínimo a unos periquitos que tienen unos pulmones como la uña de mi meñique.

El rostro de Crespo había mudado la incredulidad por el elogio y el orgullo.

—Y ahora, agente, ¿lo ve igual de claro?

Ninguno de los dos se movió del centro del pasillo, entorpeciendo el paso al resto de agentes que pululaban de un lado a otro.

—Vaya y busque a Tortosa. Está terminando con los libros. ¡Corra, Crespo! —El inspector comenzaba a abrocharse la gabardina—. Mientras tanto yo iré a hablar

con el comisario y a decirle que necesitamos una orden de arresto.

Salía el inspector del despacho del comisario Ordóñez con la orden de arresto contra

Reinosa en el bolsillo interior de su gabardina y tropezó con Crespo.

—Tenía razón, inspector. —Estaba eufórico—. Hay unos números, unos balances que no parecen muy correctos. Todavía es pronto para asegurarlo completamente. Según Tortosa, los datos indican que alguien ha manipulado la contabilidad de la empresa.

—Y luego está el traje. —El inspector seguía hablando mientras los dos avanzaban por el pasillo, camino de la salida y de un coche patrulla—. Demasiado elegante, demasiado limpio, sin una arruga después de haber descabezado un sueño en el sillón, después de haber ido a gatas hasta la puerta.

Crespo literalmente corría junto al inspector y se preguntaba cómo un hombre tan mayor y no precisamente delgado podía caminar a un ritmo tan rápido. Habían salido ya al vestíbulo de la comisaría y descendían por las escaleras. La humedad y el frío de la calle los aguardaba a escasos metros.

—¿Sabemos la dirección, Crespo?

—Sí. Vive en un chalé a las afueras de la ciudad, en la carretera de Barcelona.

—Vamos allá. Necesitamos un coche y quizás otro de refuerzo, nunca se sabe. Cualquier precaución es poca. —Al sentir el frío de la tarde, el inspector alzó el cuello de la gabardina. Ya no llovía. Las palabras ahora surgían cribadas por la tela, como si hablara a media voz o a través de una sordina—. Deduzco que tuvo miedo del muchacho, de su inteligencia. Hubiera sido más fácil despedirlo, claro que entonces tal vez hubiera recelado alguna cosa. Era mejor no arriesgarse.

No fue necesario pulsar el timbre insistentemente porque el empresario ya los esperaba. Apareció a la primera llamada y se les mostró recién salido de la ducha con el cabello todavía húmedo. Vestía un traje limpio, con camisa azul y la corbata anudada con un doble Windsor.

—Señores, estaba esperándolos.

Los policías se detuvieron en el vano de la puerta. No era preciso entrar en la casa. El inspector Duarte fumaba en silencio, observando el rostro amable del hombre al que había ido a detener.

—Imaginé que lo averiguaría. Fui un tonto y no lo pensé bien. —No era una disculpa, el inspector lo sabía: era la confirmación de un fracaso—. Luego, al ir a acostarme comprendí mi error. Fue una casualidad: sentado ya en la cama, desnudándome, escuché los grillos. Fui un auténtico tonto al actuar de aquel modo, ¿verdad? Se me presentó la oportunidad y pensé que no debía dejarla escapar... Fui un tonto.

El inspector se preguntó si el valor consistía en arriesgarse o en huir, en enfrentarse al peligro y a las consecuencias o, por el contrario, en abandonarlo todo, en cambiar de vida, nombre y lugar. No obtuvo una respuesta satisfactoria y siguió fumando.

—Hay muchos aquí, ¿saben? Hay muchos grillos. —Alberto Reinoso se mantenía erguido ante los hombres que habían ido a detenerlo: era más alto que el inspector, casi como Crespo. No parecía nervioso porque no lo estaba—. Hay noches en las que uno no les presta atención. El ser humano se acostumbra a todo, incluso a lo más extraño e increíble. Sin embargo, al escucharlos esta noche, me recordaron el pjar de los pájaros de mi despacho. Entonces supe cuál había sido mi error. Y tuve también la certeza de que, tarde o temprano, lo averiguarían —aunque había hablado en plural, miraba fijamente al inspector—. Un sonido me trajo el otro. Después de tomar una ducha no creí necesario ponerme el pijama. Imaginé que no les gustaría esperar y decidí vestirme para la ocasión. No todos los días visita uno la cárcel, ¿verdad? —Hizo una pausa y respiró con fuerza—. Bien, caballeros, estoy a su entera disposición... —Y les tendió las manos.

Un agente uniformado hizo ademán de acercarse con las esposas, pero el inspector lo detuvo. El señor Reinoso sonrió y salió de la casa. Afuera, mientras descendía los escasos peldaños que lo separaban de su roto pasado y lo acercaban a su incierto futuro, escuchó el chirrido de los grillos y de la noche y se detuvo. A su lado, con expresión ausente, Duarte fumaba con la cabeza gacha.

—¿Creen ustedes que se me permitirá tener pájaros en la celda?

El inspector dio la última chupada a su pipa y se anticipó a abrirle la puerta del coche. Su rostro, bajo las luces azules y rojas de la sirena muda, no mostraba sentimiento alguno.

Por suerte, había dejado una nota para doña Concha, la asistenta, donde le rogaba que tuviera la amabilidad de preparar alguna cosa para cenar. Llegó cansado y con un extraño sabor en la boca: aunque detener a los delincuentes era su trabajo, nunca le había gustado.

Doña Concha le había cocinado unas lonchas de lenguado con verduras. Metió todo en el microondas y, mientras se calentaba, aprovechó para desvestirse y enfundarse el pijama y el batín. Cenó bajo el sonido y las imágenes del televisor. La noticia del arresto de Reinosá apareció en el canal autonómico. Terminó de cenar antes de que concluyese el telediario. Apagó la tele cuando todavía no había salido el hombre del tiempo.

Aquella noche tenía ganas de terminar *Los anteojos negros*:

Dijo el doctor Fell:

—¿Advierten ustedes ahora la naturaleza del truco, de la broma final de Chesney, de su última treta destinada a los testigos? Iba a engañarlos aun después de terminada toda posible tramoya.

Ya había llegado al momento en que Gideon Fell descubría al verdadero asesino y ahora el eminente doctor se disponía a referir la explicación del crimen. El inspector se quedó dormido con el libro en las manos. Abrió los ojos con un respingo, dejó la novela en la mesita de noche y apagó la luz. Estaba muy cansado.

Por fin había dejado de llover y el sol se filtraba por los anchos ventanales de la comisaría. Reclinado sobre la mesa, el inspector Duarte se afanaba en concluir el informe concerniente al arresto del empresario Reinosa. Las imágenes del cadáver de la joven lo asaltaban cada vez que cerraba los ojos, ni siquiera la conclusión de *Los anteojos negros* había servido para reconfortarlo. Estaba tan cansado que se había quedado dormido antes de poder acabar la novela. No le importaba mucho, porque la había leído ya muchas veces y pensaba leerla al menos otra.

Tan pronto como llegó a su despacho se había precipitado a redactar el informe. De un modo u otro necesitaba pensar en cualquier otra cosa, alejar de la mente el rostro de la joven devorado por las ratas, los gritos de la madre al impedirle entrar a identificar el cuerpo sin vida de su hija, la mueca de repulsión y también de derrota del padre cuando el forense había levantado la sábana. Para ser la última, esta semana se le estaba haciendo cuesta arriba.

Llamaron a la puerta y, antes de dar permiso, el comisario Ordóñez se coló en el despacho. Duarte intentó incorporarse, pero su jefe lo detuvo con un gesto de la mano.

—Buenos días, inspector. No, no se levante, por favor. Le ruego que continúe con lo que está haciendo.

—Estoy con el informe del caso Reinosa. Dentro de un rato lo tendrá listo.

—Bien, bien. No hay prisa. Muy buen trabajo, ya lo creo: bueno y rápido. Los periódicos no escatiman en halagos y alabanzas para la policía, y eso es bueno, inspector, muy bueno.

Hubo un silencio algo incómodo. El inspector aguardó a que Ordóñez continuase hablando, pero ante el mutismo de este siguió escribiendo. Ahora no lo veía, pero sentía su presencia junto a la puerta. No le gustaba ser observado y comenzó a ponerse nervioso; detuvo la escritura.

—¿Acaso hay alguna novedad sobre la muchacha? —preguntó.

—No, no, lamentablemente todavía no sabemos nada. El forense no tardará en facilitarnos los resultados de la autopsia. Pero hasta entonces, nada de nada.

El inspector dudaba entre iniciar una conversación o seguir con el informe. Miró al comisario y al ver su semblante serio supo que este deseaba continuar hablando. Dejó el bolígrafo sobre las hojas y se retrepó en el sillón, aguardando.

—Lo echaremos mucho de menos, Duarte —comenzó el otro—. Puedo asegurarle que este lugar ya no será el mismo sin usted.

—Ojalá me llevase conmigo a los asesinos y a toda esa gentuza —sentenció.

El comisario sonrió y dio un paso hacia adelante; ahora sus muslos casi rozaban la mesa.

—Entonces nos quedaríamos sin trabajo... y no está la situación como para acrecentar el número de parados, ¿no le parece? —Los dos hombres intercambiaron sonrisas de complicidad—. Habrá observado que hace unos días que no le comunicamos asuntos triviales, rutinarios: coches robados, carteras desaparecidas, todo ese tipo de delitos menores. Pensé que esta última semana le gustaría estar más tranquilo —otra vez dudó unos segundos—; lástima que el asunto de la muchacha haya venido a estropearlo todo.

—Por desgracia no elegimos los delitos, no existe una carta de menú donde indicar lo que nos apetece.

—Cierto, amigo Duarte —carraspeó.

El inspector supo que el otro estaba nervioso y también que estaba a punto de escuchar algo que a su superior le suponía mucho esfuerzo decir.

—En fin..., gajes del oficio, ¿verdad? —dijo el comisario. Duarte asintió y aguardó—. Verá, inspector, hace unos días habíamos pensado en organizar una pequeña fiesta de despedida. Nada del otro mundo: unas copichuelas y algo de comer, por la tarde, cuando usted terminara su turno. Los chicos habían comenzado ya a prepararlo todo cuando nos ha caído este marrón: el hallazgo del cadáver de la pobre chica nos ha puesto en el punto de mira de la opinión pública. No creo que le gustase a nadie organizar una fiesta mientras ese maldito asesino continúa suelto, ¿verdad?

El inspector se incorporó y Ordóñez dio un paso atrás.

—No tenían ningún motivo para organizar nada, comisario. Me basta y me sobra con saber que voy a ser recordado.

—Tenga toda la seguridad de que así será, Duarte.

—Y sí, tiene razón. Tampoco me apetece estar de fiesta mientras el crimen de la chica continúa sin esclarecerse.

—Me alegra ver que es usted un hombre consciente de la importancia...

—Yo siempre lo soy, comisario —interrumpió Duarte—. Hace casi cuarenta años que recorro las calles de esta ciudad trabajando para mejorar la vida de sus ciudadanos, que son mis vecinos.

Como impelido por un resorte, el comisario extendió su mano y el inspector la estrechó.

—Me alegra mucho haberle conocido, Duarte.

El aludido no respondió. Sintió una vaharada de calor que trepaba por su garganta y que, quizás cuando el comisario saliera del despacho, se convertiría en un arroyo de lágrimas. Tuvo que retroceder y sentarse de nuevo, sostener el bolígrafo, ocupar sus manos y su pensamiento en otra cosa para no mostrar sus sentimientos tan descarnadamente. Existían días y momentos en que odiaba su oficio, pero en el fondo sabía que, si naciese de nuevo, si tuviera una segunda oportunidad para crecer y aprender, volvería a ser policía.

—Comisario, por favor —dijo. El aludido había dado media vuelta y se disponía a dejar el despacho—, aguarde un momento, ¿quiere?

—¿Sucedo algo?

—Nada, verá... Debo decirle que ha sido un placer trabajar bajo sus órdenes —dudó y tragó saliva sonoramente—. A pesar de todos los comentarios que haya podido escuchar... En fin, que si alguna vez me necesita para algo, déjeme decirle que me tendrá a su disposición. No sé si sabrá que he decidido dejar la ciudad.

—Sí.

—En Apis tiene usted su casa para lo que guste o necesite.

—Gracias, Daniel. —En todos aquellos años era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

—Gracias a usted, comisario.

Dos horas más tarde los resultados de la autopsia confirmaban lo evidente: muerte por disparo de bala. El proyectil penetró en la nuca y salió por la frente, llevándose parte del ojo derecho. El disparo se había realizado desde muy cerca, pues el cabello estaba quemado y había rastros de pólvora en el orificio de entrada. El inspector había leído muchas autopsias y podía recrear fácilmente la imagen de la ejecución, porque no había sido otra cosa: la joven, sin duda, estuvo arrodillada, con la cabeza inclinada hacia delante, quizás con la barbilla apoyada en su pecho; su asesino se limitó a apoyar la pistola en la nuca y apretar el gatillo. Una auténtica salvajada.

Había otro dato que le llamó la atención: se desprendía del informe que la muchacha había usado siempre la misma ropa durante todo el tiempo en que permaneció secuestrada. El chándal rosa que vestía cuando desapareció era el mismo con el que había sido hallada.

—Dice el forense que no estaba sucia —puntualizó Crespo.

El inspector se sorprendió: a tenor de los datos recabados, era obvio que el cuerpo sin vida de Mónica Navarro había permanecido, al menos, cinco días en el vertedero municipal. Solo la suerte —o la vista de uno de aquellos hombres que invertían su vida en amontonar y mover la basura del resto de la humanidad— había permitido encontrarla. ¿Y resultó que la muchacha «no estaba sucia»? ¡Imposible!

—Desde luego que estaba sucia —Crespo le había leído el pensamiento—, pero me refiero a la suciedad propia del vertedero. Se encontraron restos de jabón en el cabello y en algunas otras partes del cuerpo. El forense asegura que la muchacha se duchaba, o la duchaban, con bastante frecuencia. Por supuesto, habían lavado la ropa en varias ocasiones. En fin, los secuestradores mostraban especial predilección por la higiene.

Como si aquello lo arreglase todo, como si ese hecho pudiera disculpar el resto: la violencia de la captura, la separación de la familia, el aislamiento y el disparo final.

—Hay algo más en el examen del forense. —A Duarte no le importaba que el agente hablase y comentase el informe mientras él lo leía; en cierto modo, le ayudaba a entender algunos términos propiamente médicos y científicos—. ¡Arena! Restos de arena entre las uñas de las manos.

—Por Dios, Crespo, la pobre estuvo casi una semana en medio de la basura, pisoteada y mordida por cientos de ratas, cubierta por toneladas de desechos y bolsas de plástico. ¿Cómo no iba a haber arena en las uñas?

—No, no, el doctor dice que esa arena no es del vertedero, que no proviene de aquella zona de la ciudad. Ha hecho tomar muestras de tierra y las ha comparado con la hallada en las uñas. No coinciden. Está convencido de que la mataron en otro sitio, sin duda en un lugar al aire libre, y que la muchacha tuvo tiempo de hincar las uñas y los dedos en el suelo. También caben otras posibilidades: por ejemplo, que la matasen en una casa, pero para acceder hasta allí tuvieron que atravesar o un solar o un banal; entonces la joven se resistió y durante la riña se ensució los dedos de tierra.

—¿No me había dicho usted hace un momento que se sabía con total certeza que la joven se duchaba y lavaba con jabón? —inquirió el inspector.

—Sí. —Crespo respiró hondo.

A veces el inspector tenía la sensación de que su ayudante lo consideraba demasiado viejo y demasiado lento. Saltaba a la vista que el agente se impacientaba y cada vez se cansaba más de tener que explicarle detalles que él consideraba obvios.

—Por eso suponemos —continuó Crespo— que se las ensució justo antes de morir: o bien en el lugar donde fue ejecutada o bien mientras se trasladaba hasta allí. Lo cierto es que se trata de una buena pista y por eso la hemos seguido hasta el final...

El inspector asintió y dejó a un lado el informe. Prefería escuchar a Crespo que intentar traducir la jerga diabólica del forense. Extrajo la pipa lentamente y le quitó la boquilla. Comenzó a limpiarla con un escobillón. Cuando terminó, empezó a rascar la cazoleta con una especie de cucharilla puntiaguda. Su mutismo era una tácita invitación para que el otro continuase su explicación.

—Y ahora viene lo mejor, inspector. ¡Han conseguido aislar, analizar y localizar el tipo de tierra que había en las uñas de la muchacha!

El inspector armó de nuevo la pipa y la fue llenando con las hebras de tabaco. Era de la marca Borkum Riff y desprendía un suave aroma a *bourbon*. Lo hizo en silencio, porque sabía que Crespo todavía tenía cosas que decir.

—Es idéntica a la de un paraje que hay a las afueras de la ciudad. En la carretera de Andalucía.

Terminó de cargar la pipa y la mordió dejando que colgase del lado derecho de su boca.

—Excelente, Crespo. Felicite al médico forense. —Sacó una caja de fósforos de un cajón del escritorio—. No estaría de más que cogiese un coche y se diese una vuelta por aquel lugar.

—¿No me acompaña?

—No... Creo que me quedaré y comenzaré a empaquetar algunas cosas. Pasado mañana les dejo.

Advirtió el inspector que su compañero iba a añadir algo, pero se contuvo. No obstante, el rostro de Crespo dibujó una sonrisa socarrona.

—Recuerde, inspector. En la comisaría no se puede fumar —comentó sonriendo.

—¡Crespo, por Dios! El médico solo me deja tomar cerveza sin alcohol, tengo más de sesenta años y vivo solo. ¿Ni siquiera me va a permitir el vicio del tabaco?

—Yo solo le recuerdo dónde se encuentra y qué posición ocupa, señor. —Crespo continuaba sonriendo cómplice.

De mala gana el inspector Duarte guardó la pipa en un cajón de su escritorio. Sin embargo, antes de que Crespo saliera, volvió a extraerla y, en cuanto la puerta se cerró tras su compañero, la encendió amorosamente. Se sintió un pecador, pero un pecador ligeramente dichoso.

En su casa de campo, a varios kilómetros de la ciudad, rodeado por la soledad, por sus dos hijas y por una enorme y alta valla protectora, Lucio Santisteban —quizás el hombre más rico y poderoso de la provincia— había aparecido muerto.

Hacía casi una hora que Crespo había abandonado la comisaría y el inspector había llenado ya una pequeña caja con algunas fotografías —las de su esposa, sola y con él; las de algunos antiguos compañeros más ancianos que ya habían dejado el trabajo— y otros objetos que poblaban no solo su escritorio, sino también un estante del armario: un recuerdo de un viaje a París realizado muchos años atrás; una figura de porcelana que le habían regalado en la boda de un sobrino; varias fotografías de Bruselas tomadas en las últimas navidades que pasó junto a su esposa, con el Atomium entrevistado en un día de frío y niebla, y un marco que delimitaba un recorte de prensa donde aparecía la foto que le hicieron tras resolver un asunto que en aquel entonces había tenido cierta importancia y repercusión mediática, pero del que no recordaba apenas nada, salvo el rostro asustado y las lágrimas del culpable cuando fueron a arrestarlo.

La noticia de la muerte del rico prohombre —poseía fábricas de textil y calzado, negocios inmobiliarios y empresas de transporte— llegó a la comisaría mientras Duarte continuaba echando miradas golosas al cajón donde estaba su pipa y seguía recogiendo papeles y objetos de su armario. Un policía entró a avisarlo de que el comisario requería su presencia.

Dos minutos más tarde el inspector estaba de pie ante el escritorio de Ordóñez, indeciso, sin saber el motivo por el que había sido llamado con tanta premura.

—Acabamos de recibir la llamada, Duarte. —Hizo una breve pausa, como el que coge carrerilla para luego intentar saltar una mayor distancia—. Han encontrado a Santisteban en su habitación, muerto, con el cuello cortado de oreja a oreja.

El inspector dio un respingo y se puso en guardia. No conocía personalmente al fallecido, pero había visto su rostro en cientos de fotografías —periódicos, revistas, incluso carteles publicitarios— y también en la televisión, rodeado de gente famosa y popular. Lucio Santisteban no era precisamente un don nadie. Primero el asunto de Mónica Navarro y ahora este: ciertamente, la semana se estaba poniendo muy cuesta arriba y él ya no tenía edad para tantos quebrantos.

—¿Sabía usted que Santisteban era viudo? —preguntó el comisario.

—Sí.

—Y más anciano de lo que quizás aparentase en las fotografías —añadió. Tenía sobre la mesa un folio escrito, pero desde su posición Duarte no conseguía leerlo con claridad—. Le digo solo lo que me han transmitido por teléfono. En este momento es la única información de que disponemos. Sus dos hijas, solteras ambas, vivían con él en la mansión. ¿La conoce?

—La he visto varias veces desde la carretera. Un chalé impresionante, un edificio enorme. Bueno, únicamente he podido ver lo que la valla me ha permitido, claro.

—Al parecer esta mañana no ha bajado a desayunar. No era muy madrugador, pero siempre se levantaba antes del mediodía. Las hijas se impacientaron y fueron a buscarlo. Nadie les respondió, a pesar de que llamaron insistentemente. Tenía el cerrojo echado por dentro. Tuvieron que derribar la puerta. Imagino que las ayudaría alguno de los criados... Eso no me lo han dicho, pero es lógico suponer que una familia forrada de millones y con una casa tan grande dispondrá de un servicio doméstico.

—Incluso yo tengo una asistenta que me limpia la casa y la ropa —añadió Duarte.

—Pues eso. En fin, el muerto estaba tendido delante de su escritorio, de espaldas al balcón. Lo habían degollado.

—¿Suicidio?

—Esa es la cuestión: todavía no han encontrado el arma del crimen. Así que ya puede ir descartando el suicidio o la muerte accidental.

—¿Lo encontraron las hijas?

—No sabemos nada más, Duarte. Llamó el secretario. Un tipo que se identificó como Carlos Castillo. Hablaba demasiado: no sé si porque estaba nervioso o porque no sabe estarse callado. Fue uno de los que entraron en el dormitorio del difunto. —Hubo una pausa—. Crespo no está.

—Lo sé, está trabajando en el asunto de la muchacha.

Al oír aquello el comisario pareció recobrar el ánimo.

—No quería molestarle, inspector. De hecho hace más de media hora que he enviado a varios detectives y a los muchachos de la Científica —carraspeó, como siempre lo hacía antes de dar una mala noticia—. Lo siento, de verdad. Hubiese querido que esta semana fuera un poco más tranquila, pero... Nunca depende de nosotros, ¿verdad?

Duarte no respondió. Se limitó a encogerse de hombros y a esperar las palabras del comisario.

—Hace unos minutos me ha llamado Camarasa, uno de los hombres que envié allá. Aunque no me lo ha dicho directamente, he intuido que necesitan un poco de ayuda... Será mejor que vaya usted, que supervise aquello: no tiene que llevar el peso de la investigación, basta con dejarse ver e infundir ánimos a los muchachos. ¿Me entiende? Y también a la familia, claro. Después del asunto Reinosa, su nombre está en los periódicos y seguro que...

—Lo entiendo perfectamente, comisario —zanjó Duarte.

—Adelante, entonces. Si todo termina bien, puede ser un broche de oro para su carrera, el remate definitivo.

Podía haber preguntado qué sucedería si el caso no se resolvía, pero se abstuvo y prefirió asentir. Le preocupaban más el cadáver de la muchacha, los escasos datos de que disponían y las pesquisas que, en aquel momento, Crespo estaría realizando lejos de allí.

—Pase por su despacho por si precisa alguna cosa. Mientras tanto avisaré a un coche para que lo acerquen hasta el chalé de Santisteban.

Duarte cogió la gabardina y guardó en uno de sus bolsillos la pipa: fumaría durante el trayecto. Dentro del coche, claro. Tendría que bajar un poco alguna ventanilla. El conductor podía decir lo que quisiera.

Casi una hora después, el automóvil del inspector franqueaba la verja de la inmensa finca. Una joven agente —se llamaba Laura y hacía solo seis meses que había comenzado a trabajar en aquel distrito— lo trasladó hasta la imponente mansión del millonario. En el coche le había pedido permiso para fumar y la muchacha no se lo había negado.

Mientras se acercaban a la entrada principal del edificio, el inspector bajó la ventanilla y una pequeña humareda —como una nube despistada que se hubiera equivocado de estación y de lugar— surgió del interior del vehículo. El paseo le había sentado bien: por unos minutos se había concentrado en el trazado de la carretera, algo sinuosa, y había dejado a un lado la imagen del cadáver de la joven Mónica. Deseaba olvidarlo para siempre, pero el rosa de su chándal mugriento y roto y la suciedad del cabello que una vez había sido castaño y lacio acudían a su mente constantemente, se enredaban en su pensamiento. No iba a resultarle nada fácil quitarse aquella imagen de la cabeza.

Se detuvo ante la casa, junto a otros coches patrulla y una ambulancia: el cadáver todavía seguía en el interior.

—Yo le espero aquí, inspector —dijo la agente.

Unas amplias escaleras conducían hasta la puerta principal. Ascendió lentamente hasta que se detuvo ante un policía uniformado: era joven y alto, de constitución atlética. Lo había visto varias veces por la comisaría, pero ignoraba su nombre.

—Soy el inspector Duarte —se presentó—. Voy a entrar.

El otro asintió en silencio, sin duda porque él sí lo había reconocido. Después de cuarenta años de servicio, Daniel Duarte era toda una institución.

—¿Quién hay dentro?

—Está Camarasa, señor —tenía una voz algo atiplada que desentonaba con los músculos que se intuían bajo la ropa—. Y también varios agentes de la Científica.

—¿Está la familia del muerto?

—No lo sé, inspector. Tal vez sí, o tal vez no... Yo no he entrado, conque no puedo asegurárselo.

—¿Y la ambulancia? —señaló el vehículo.

—Perdón. También están el forense y un par de enfermeros, creo.

El inspector permaneció unos minutos ante la puerta. Respiró hondo: estaba en plena naturaleza, lejos del tráfico de la ciudad, del ruido y de la polución. Contempló la casa detenidamente. El edificio era un rectángulo enorme, con dos plantas y una buhardilla, salpicado de ventanas y balcones protegidos con rejas de forja. Duarte identificó chopos, pinos, olmos, algún sauce y varios robles rodeando la vivienda, formando un amplio círculo que delimitaba tanto el jardín como el camino que llevaba hasta la puerta de la valla. Se escuchaba el canto de los pájaros: unas golondrinas sobrevolaban el tejado; una pareja de urracas estaba posada en la rama de uno de los robles, expectante; gorriones y jilgueros brincaban de teja en teja; una bandada de estorninos se desplazaba como un bloque compacto de un árbol a otro. Era un día claro y luminoso que se asemejaba a un retazo del verano ya pasado o quizás fuera el heraldo de una primavera que todavía tardaría muchos meses en hacer su entrada triunfal; como si el otoño hubiera concedido una tregua y la naturaleza se hubiera dado prisa en aprovecharla.

Por un momento no escuchó nada salvo su propia respiración y el canto de los pájaros. Sintió deseos de salir corriendo de allí y viajar hasta Apis. Faltaban menos de tres días para comenzar a olvidar esta vida y sumergirse en la monotonía de un jubilado. Sabía que muchos pensionistas habían terminado desquiciados, enfermos ante la falta de trabajo y de obligaciones. Tanta ociosidad había afectado a unos nervios acostumbrados a la rutina laboriosa y a los deberes, a las prisas y a los esfuerzos. Él, en cambio, estaba deseando entrar en la vida monótona y aburrida del desocupado, sin sobresaltos, sin sangre, muertes o cualquier otro delito o desgracia; solo los leería en los libros, sentado cómodamente en el sillón orejero que había comprado años atrás y que ahora estaba colocado junto a la chimenea. Tuvo la oportunidad de haberse jubilado meses atrás —tan pronto como cumplió la edad que se había autoimpuesto como tope—; sin embargo, prefirió esperar hasta el otoño porque no le gustaba el calor pegajoso del estío y la monotonía de siestas y cantos de cigarra.

—¿Desea que les diga que está usted aquí, inspector? —La pregunta del agente lo sacó de su ensimismamiento.

—No, no se preocupe. Gracias. Ya entro.

El agente Camarasa lo detuvo cuando ya comenzaba a ascender la escalera en busca de la segunda planta. Todo el edificio parecía haber sido conquistado por las fuerzas del orden público: agentes fotografiando, caminando de un lado a otro, espolvoreando los muebles y el suelo con la intención de localizar huellas dactilares.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, Camarasa. ¿Qué ha sucedido?

—Esta mañana el señor Santisteban ha aparecido muerto en su dormitorio.

Duarte aguardó en silencio. Sabía que el detective era un tipo puntilloso y reflexivo al que le gustaba pensar muy bien cada una de las palabras que pronunciaba: a veces resultaba un poco exasperante, pero nadie podría decir que no hacía bien su trabajo.

—El hombre era viudo y vivía con sus dos hijas. Las dos son solteras —consultó una libreta de notas—: Berta y Paloma. Deben de estar más cerca de los sesenta años que de los cincuenta. Santisteban tenía ochenta y tres. ¿Verdad que no los aparentaba? —El inspector se limitaba a escuchar. Conocía bien a Camarasa para saber que sus preguntas eran siempre retóricas—. Aquí y entre nosotros dos, me parece que las hijas no lo estimaban mucho, la verdad. Es una sensación que saco tras haberlas interrogado someramente, claro. Usted ya me dirá, yo no quiero influir ni predisponerlo antes de que comience con los interrogatorios, pero sí le tengo que decir que no me gustan, que se muestran muy frías. Apenas han llorado, como si no quisieran que las lágrimas les estropearan el maquillaje. No sé si me entiende.

El inspector golpeó el suelo con la punta de los pies, impaciente. El otro carraspeó y continuó.

—Lo que le decía: como esta mañana no bajaba a desayunar, fueron a buscarlo. Encontraron la puerta cerrada y, aunque llamaron reiteradamente, nadie les respondió. Avisaron al señor... —de nuevo consultó el bloc de notas— Castillo, Carlos Castillo, el secretario particular del difunto. Continuaron llamando a la puerta, pero nadie contestó a pesar de que la aporrearon insistentemente. Santisteban estaba solo, al menos la noche anterior se retiró él solo a la habitación. Decidieron comprobar que todo iba bien y propusieron mirar por las ventanas. Como la habitación está en la segunda planta, tuvieron que avisar al mayordomo. ¿Lo ha visto, inspector? Tiene la misma cara de estreñido que uno de esos de las películas inglesas. Encima va vestido con un traje a rayas, una camisa blanca y una pajarita roja, creo. Cuando habla mira al frente siempre, como si se hubiera tragado el palo de una escoba y no pudiera doblarse ni un milímetro. ¡Ya lo verá, ya, inspector! O lo han sacado de una película del año catapum o de un museo.

El inspector apartó la vista del agente y la dirigió a un lugar indeterminado. Sabía que hablar con su subordinado tenía muchos inconvenientes: cualquier minucia se eternizaba porque el hombre no se callaba nada.

—Como le decía: consiguieron una escalera del almacén. Es un edificio que está detrás, ya lo verá luego. Hay un montón de cachivaches y de útiles de jardinería. Apoyaron la escalera en la fachada y el mayordomo subió hasta el balcón del dormitorio de Santisteban. Advirtió que todas las ventanas se hallaban cerradas. Nosotros lo confirmamos más tarde. Sin embargo, las puertas del balcón estaban abiertas de par en par —el inspector dio un respingo ante la información—, pero este tiene unas rejas que lo cubren por entero: son móviles, pueden abrirse como puertas plegables, pero tenían puesto el candado. Desde la escalera el criado pudo ver el cuerpo del señor Santisteban en el suelo, en una postura que no le gustó nada. Bajó rápidamente y dio la voz de alarma.

»No les dio tiempo ni de apartar la escalera porque nosotros la encontramos apoyada contra la fachada. —El inspector no recordaba ninguna escalera apoyada en la fachada. Camarasa pareció notar el gesto de extrañeza y aclaró—: Después de tomar las huellas y realizar las comprobaciones, la quitamos y la dejamos otra vez en el cobertizo. En fin, que derribaron la puerta y se toparon con todo el fregado.

—¿Y la habitación estaba totalmente cerrada por dentro?

—Efectivamente. La puerta tenía echado el cerrojo, las ventanas estaban cerradas y, además, todas tienen barrotes firmes y seguros, gordos como el puño... —Y el narrador hizo un gesto con su mano para ejemplificar sus palabras—. Los hemos comprobado. Únicamente estaba abierto el balcón. Sin embargo, como también está esa reja, podemos asegurar que nadie pudo entrar ni salir por él.

—Pudo salir y luego echar el candado —advirtió Duarte.

—¿Y cómo lo abrió? Ya pensamos en eso, inspector... Resulta que no hay llave, que hace más de cinco años que se perdió y que nunca, desde entonces, ha sido abierto.

El inspector se encogió de hombros. Iba archivando toda la información en su cerebro; luego habría que organizarla de modo que pudiera facilitar respuestas y soluciones.

—¿Y qué hay del muerto?

—Estaba delante del escritorio, de espaldas al balcón. Tiene la garganta totalmente seccionada y, aunque el mayordomo no pudo apreciarlo desde la escalera, estaba tendido sobre un considerable charco de sangre.

—Suicidio.

El agente sonrió con satisfacción, como si hubiera estado toda su vida deseando que el gran Duarte metiese la pata.

—Ahí es donde se equivoca, inspector. Todo parece indicar que sí, que el millonario se suicidó. Sin embargo, no hemos encontrado el arma del crimen por ningún lado: ni por la habitación, donde registramos cada rincón, ni tampoco en el exterior. Es casi imposible, pero podía haberse dado el caso de que Santisteban arrojase el arma por el balcón después de herirse, como si el brazo hubiera actuado en un acto reflejo. No sé si me entiende. Cosas más raras hemos visto, ¿verdad? Pero tampoco hay nada en el jardín, ni junto a la fachada ni en el resto del terreno. He puesto a dos agentes a rastrear la zona, pero mucho me temo que no encontraremos nada. —Hizo una pausa y luego dibujó una sonrisa socarrona—. Como es una casa tan grande y tiene hasta un mayordomo que no es inglés, pero lo parece... No sé, a lo mejor es que hay fantasmas que pasan a través de las puertas y de las rejas.

—Los fantasmas, además de no existir, no suelen cometer asesinatos ni degollar a pobres ancianos.

—Bueno, inspector, el anciano no era tan pobre...

Si aquello pretendía ser una gracia, la seriedad de Duarte dio a entender a su interlocutor que no eran ni el momento ni el lugar idóneos para bromear. Hubo un instante de silencio en el que el viejo inspector aprovechó para continuar la ascensión de la escalera.

—Las hijas y el secretario están aquí, en la biblioteca. Prestan declaración. Arriba está el forense —informó Camarasa.

El inspector dudó un instante. Finalmente se decidió:

—Subiré a ver el cadáver. Quiero escuchar al forense. Reúna a todos en la biblioteca y espérenme.

El cadáver seguía tendido en el suelo, sobre una mancha enorme de color marrón que antes había sido roja. Un vistazo rápido bastó a Duarte para advertir que vestía un pijama de color claro abotonado hasta el esternón; iba descalzo, aunque el suelo era de mármol. Varios policías fotografiaban cada rincón de la habitación y espolvoreaban los muebles y los objetos esperando descubrir alguna huella que no encajase con la de los miembros de la casa. Duarte halló al forense de pie, junto a la mesa del despacho, hurgando en su maletín.

—Buenos días, doctor Ortolá.

—Hola, Duarte. ¿Todavía aquí? Creía que ya nos había dejado.

—Ya falta poco. El viernes termino y cuelgo la placa de *sheriff*.

—Como en las películas, ¿eh?... En fin, no puede quejarse de este último caso: el asesinato del tipo más rico de la ciudad.

—¿No puede ser otra cosa?

—De poder ser, es o asesinato o suicidio. El cadáver no se decanta por ninguna de las dos opciones: no hay signo de lucha ni de violencia, pero tampoco en todos los crímenes encontramos evidencias, ¿verdad? Además, la herida en el cuello podía habérsela realizado tanto él mismo como otra persona. Yo me decanto por el asesinato, más que nada porque no ha habido manera de encontrar la dichosa arma.

—Le cortaron el cuello.

—Sí, de extremo a extremo. El sentido de la herida es de izquierda a derecha. Quien lo hizo actuó por detrás. El pobre hombre ni se enteró. Se empleó un arma afilada y delgada.

—¿Un cuchillo de cocina?

El doctor Ortolá dudó un instante antes de continuar.

—Puede, pero el corte es muy fino. Me decanto por un bisturí o por una navaja de afeitar.

El doctor extrajo unas pinzas de su maletín y se puso de cuclillas ante el cadáver.

—¿A qué hora murió? —inquirió el inspector.

El médico forense alzó la cabeza y miró al policía por encima de las gafas, que se apoyaban peligrosamente en la punta de su nariz.

—Se me ha olvidado preguntárselo —respondió con un deje de malicia.

Duarte carraspeó y modificó la pregunta.

—¿A qué hora «cree» que puede haber muerto?

—Eso está mejor, ¿verdad? —admitió el doctor. Cogió uno de los brazos del difunto, lo alzó y lo dejó caer—. Ya hay *rigor mortis*. A juzgar por la flacidez y la coloración del cadáver, calculo que han pasado al menos cinco horas.

—Son casi las doce del mediodía.

—Entonces ha debido de morir sobre las siete, entre las siete y las ocho, no más tarde de esa hora, incluso un poco más temprano.

El inspector asintió. Luego paseó por la habitación. Bordoó el cuerpo del difunto evitando pisar la mancha de sangre seca.

Era una estancia grande dividida en tres habitaciones: una amplia sala que servía de despacho con una mesa, varias sillas y algunas estanterías; un dormitorio espacioso y, junto a este, un ropero y un cuarto de baño.

Comprobó la fortaleza de las rejas del balcón y luego pasó al dormitorio. En la mesita de noche encontró una caja de aspirinas y un frasco de somníferos junto a un vaso de agua medio vacío. Al lado de la lamparilla se apilaba un puñado de libros que marcaban las preferencias literarias del difunto: dos novelas de entretenimiento firmadas por un autor que Duarte nunca había leído, pero que se caracterizaba por escribir narraciones repletas de aventuras, amores y misterios; un libro de economía de un autor extranjero que, al abrirlo, reveló una sucesión de gráficas y de tablas de datos; un tratado de medicina general, tan voluminoso que se hacía difícil imaginar a nadie sosteniéndolo sentado en la cama, y el suplemento cultural de un periódico de reconocido prestigio. Las novelas tenían sendos marcadores de lectura, como también el libro de medicina; el de economía, no. Duarte se detuvo durante unos instantes ante el lecho: por un momento se vio a sí mismo la noche anterior, sentado en la cama con el libro entre las manos. Tenía muchas cosas que preguntar. ¿Era normal que Santisteban cerrase su habitación todas las noches? Desde luego en algún momento, antes de que amaneciese, había tenido que abandonar la cama y salir al despacho. ¿Quién le había hecho dejar la cama? Ni siquiera se había puesto el batín, que descansaba lánguidamente sobre el respaldo de una silla.

Dejó el dormitorio y entró en el cuarto de baño. No era muy grande: lavabo, retrete, bidé, una bañera con una mampara de cristal, un armario. Una somera mirada le bastó para advertir que las toallas, todas blancas y limpias, tenían bordadas las iniciales del difunto y estaban pulcramente colocadas en su lugar. La puerta del armario era también un espejo. Dentro no halló nada extraño: un cepillo de dientes y el tubo de pasta correspondiente; una pastilla de jabón de afeitar con su brocha; un par de frascos de perfume de una marca realmente cara y también uno de masaje para después del afeitado; varias tabletas de pastillas de una conocida marca de analgésicos, y un peine y un cepillo. Había una caja de madera rectangular, larga y estrecha, con una tapa que se abría deslizándose hacia un lado. La cogió y la observó detenidamente: estaba vacía. Una navaja clásica, doblada, hubiera entrado perfectamente. La volvió a dejar en su sitio y, al cerrar la puerta, dos cosas aparecieron reflejadas en el espejo: la primera fue una tira de cuero colgada junto al toallero, que Duarte no había visto y que el señor Santisteban emplearía para afilar su navaja; la segunda fue la figura delgada y pálida de una mujer. El inspector dio un respingo y se volvió de golpe.

—Buenos días —dijo ella.

—Hola...

La mujer estaba apoyada en el quicio de la puerta: tenía la piel muy blanca y unos ojos chiquititos cuyo color apenas se podía apreciar. Una melena larga y lacia, negra como el betún, acentuaba la palidez del rostro. Su boca, enmarcada en unos labios finos y estrechos, dibujaba un rictus de seriedad y desagrado. Tendría algo más de cincuenta años, pero vestía como si tuviera setenta. No era guapa ni tenía una figura atractiva.

—¿Quién es usted? —preguntó Duarte, e instantáneamente recordó las palabras con que Camarasa había descrito a las hijas del muerto.

—Eso lo tendría que preguntar yo, ¿no le parece? —Su voz tenía un tono agudo y desagradable—. Aunque, como es evidente que la policía ha tomado la casa, quizás sea mejor responder a su pregunta. —Hizo una pausa y le tendió la mano—. Me llamo Paloma, Paloma Santisteban.

El inspector se la estrechó: estaba fría y tenía un tacto húmedo, como si estuviera acariciando la piel de un sapo. Al agente Camarasa no le habían gustado las hijas del difunto. Tampoco a él le daba muy buena espina aquella mujer.

—Soy el inspector Duarte —se presentó— y estoy a cargo de esta investigación. Antes de nada me gustaría darle mi más sentido pésame por la muerte de su padre.

La mujer lanzó un tímido «gracias» y se encogió de hombros. Tanta frialdad no era normal. El inspector quiso saber si el muerto utilizaba navaja de afeitar o maquinilla.

—Mi padre utilizó siempre navaja. Como el pulso ya comenzaba a fallarle, raro era el día que no se cortaba. Tanto mi hermana como yo misma le insistimos muchas veces para que buscara a algún barbero o dejara que nosotras lo afeitásemos —sonrió, como si recordara un hecho lejano que le hacía gracia—, pero siempre se negó. No se fiaba de nadie.

—Siento ser tan directo...

—Cumpla usted con su trabajo y pregunte —interrumpió Paloma Santisteban.

—Gracias. No hace falta ser muy listo para, después de revisar su cuarto de baño, asegurar que alguien le cortó la garganta precisamente con la navaja de afeitar que falta en su armario.

—O se la cortó él mismo.

—¿No cree usted en la posibilidad del asesinato?

La mujer echó la cabeza hacia atrás en un gesto de desprecio. Duarte supo que, si no hubiera sido una dama bien educada, le habría escupido.

—Si digo que alguien mató a mi padre, entonces estoy acusando a mi hermana o al señor Castillo o a mí misma. No puedo imaginar que ninguno de nosotros lo haya matado.

—¿Y qué hay del mayordomo?

—¿Ricardo? —Lanzó una carcajada sonora—. Eso está ya muy visto, señor inspector. Solo en las malas novelas policiacas el criado es el asesino, ¿no lo cree?

«La vida es una mala novela, a veces», pensó Duarte, pero se abstuvo de decir nada y salió del aseo.

No había duda de que el muerto, además de tener mucho dinero, tenía buen gusto. Un habitáculo contiguo al dormitorio, junto al cuarto de baño, hacía la función de vestidor. Alineados en un extremo, colgados de sus perchas, Duarte contempló la surtida gama de trajes: lino y alpaca para el verano, lana y *tweed* para las inclemencias del invierno; los colores iban del negro riguroso al blanco caribeño pasando por el azul marino y el gris perla. Un somero vistazo le bastó para advertir que había muchos, cerca de medio centenar. Recordó haber leído que cierto noble se jactaba de poseer trescientos sesenta y seis trajes diferentes, uno para cada día del año incluidos los bisiestos. Allí no había tantos, supuso, pero de haberlo deseado el señor Santisteban se hubiera pasado mucho tiempo sin repetir la misma ropa.

Lentamente fue pasando el dedo índice de su mano derecha por los hombros de las chaquetas. Se detuvo a mitad del recorrido porque algo le había llamado la atención. Permaneció con el dedo apoyado en una prenda azul marino que pertenecía a un traje cruzado con los botones dorados. Comprobó que era la talla 48. Desanduvo el camino hasta detenerse ante un traje de alpaca de color gris perla con una chaqueta clásica de tres botones: era la talla 40. Cuatro tallas menos. Se cercioró de que los trajes habían sido confeccionados por el mismo sastre.

Paloma Santisteban lo contemplaba desde el vano de la puerta, dubitativa y extrañada. A su espalda se escuchaban las pisadas de los policías y los murmullos del médico.

—¿Podría usted decirme qué trajes son los más recientes? —inquirió el inspector.

La mujer penetró en el vestidor y recorrió la larga hilera de trajes, parándose para observar con más detenimiento algunos de ellos.

Entonces apareció el médico forense.

—Perdone que le moleste, Duarte —dijo desde la puerta del dormitorio—. Aquí ya he terminado, me gustaría llevarme al difunto.

—¿Hay algo que desee añadir a lo que ya me ha comentado antes, Ortolá?

—Nada. Me mantengo en lo que le he dicho, pero tras la autopsia seguro que podremos precisar con más detalle algunos datos, ¿verdad?

Se había dado media vuelta para regresar al despacho cuando el inspector salió del vestidor y lo detuvo.

—Un momento, doctor. —El aludido lo miró a los ojos y asintió—. Querría hacerle una última pregunta. —Le habló en voz baja, procurando que la mujer no escuchase sus palabras.

—Usted dirá.

—¿Es posible determinar, tras la autopsia, si se trata de un asesinato o de un suicidio?

El forense dudó unos segundos.

—En algunos casos, sí. Sin embargo, creo que aquí no va a revelarnos nada tan espectacular.

—Bien, eso es todo. Gracias.

—¿Levantamos el cadáver?

—¿Y el juez?

—Vino antes que usted.

—Entonces pueden llevárselo.

Desde la puerta del dormitorio, el inspector observó cómo dos enfermeros alzaban el cuerpo sin vida de Santisteban y lo colocaban en una camilla. El doctor Ortolá ya tenía el maletín en su mano y todos salieron lentamente de la alcoba.

—¡Inspector! —llamó la mujer.

Duarte regresó al vestidor. Paloma Santisteban estaba ante la hilera de trajes.

—A partir de aquí son más recientes, deben de ser de este año —dijo—. El resto tiene más tiempo.

—¿Está usted segura?

—Sí.

Paloma había marcado un grupo donde estaba el traje de la talla 40. Al principio Duarte pensó que quizás el señor Santisteban había engordado al envejecer; pero había sido al revés: en el último año había perdido cuatro tallas. Demasiadas.

Si alguien hubiera apostado que podía distinguir a las dos hermanas, no habría ganado. Paloma y Berta, las dos hijas solteras del señor Santisteban, eran idénticas. Sin embargo, como averiguó el inspector durante el interrogatorio, se llevaban casi dos años. Paloma era la mayor.

Ahora estaban todos en la biblioteca. El agente Camarasa tenía el cuaderno abierto, apoyado en una mesa baja, y, sentado en el sillón, tomaba notas de todo.

Tras descender de la habitación del difunto, el inspector reunió a todos en la biblioteca y comenzó con el interrogatorio. Fue breve porque nada se dijo más allá de lo que todos sabían y habían repetido con anterioridad: el dueño de la casa había sido hallado en su dormitorio con la garganta seccionada; la puerta tuvo que ser forzada para poder entrar porque el resto de accesos —ventanas y balcón— estaban cerrados y resultaba imposible valerse de ellos para acceder a la habitación.

—¿A quién se le ocurrió la idea de coger la escalera e intentar entrar por el balcón o por una ventana? —preguntó el inspector.

Las dos mujeres estaban sentadas una junto a otra y sus rostros casi idénticos mostraban unos labios finos y apretados, unos ojos diminutos y el mismo gesto de prepotencia y de fastidio. Al observarlas, el inspector no podía dejar de pensar en loros u otros pájaros exóticos, pero también le recordaban la silueta de un halcón y de otras aves de rapiña. Desde luego, no eran personas muy agradables ni en el aspecto, ni en el trato, ni en los modales.

—Creo que fue el señor Castillo quien lo propuso —dijo el mayordomo, que permanecía erguido y con la barbilla alzada. Hablaba siempre sin girar la cabeza, aunque su interlocutor estuviera a un lado.

Carlos Castillo era el secretario personal del difunto Santisteban. Le faltaba poco para tener cuarenta años y, a primera vista, tenía el aspecto de un tipo versátil y hablador, con buena disposición para conversar largo y tendido. Minutos antes había afirmado poseer el título de abogado. El millonario lo había contratado hacía más de cinco años para que no solo ejerciera como secretario, sino también como confidente y asesor en todos los negocios que Santisteban controlaba, que eran muchos y algunos bastante delicados.

—Me pareció una buena idea, inspector —dijo el señor Castillo. Era moreno y con el cabello muy corto, pero muy denso. Movía las manos con naturalidad y buen ritmo acompañando cada una de sus palabras. Quizás esta predisposición a sobreactuar con ademanes y gestos era lo que hacía que, aun no siendo excesivamente alto, apareciera como un hombre de buena presencia—. Me dije que la única posibilidad de comprobar que el señor Santisteban se encontraba bien era poder observarlo. La puerta estaba cerrada. Me pareció la mejor opción mirar por una de las ventanas o por el balcón. ¿Hice mal, inspector?

El aludido sonrió. Le caía bien, pero no tenía que dejarse guiar por la buena o mala impresión que transmitían los sospechosos. La subjetividad debía instalarse todo lo más lejos posible de sus consideraciones.

—Hizo bien, supongo. ¿Por qué no subió usted mismo?

Hubo unos momentos de duda e indecisión. El inspector observó que una de las hijas —ahora, juntas, no podía distinguirlas con precisión exacta— iba a decir algo, pero se contuvo. Carlos Castillo fue quien finalmente habló:

—Sufro de vértigo, inspector.

—El balcón no está tan alto.

—Lo suficiente para que me resulte imposible subir por la escalera. ¿Acaso no me cree?

—No he venido aquí a creerle o no creerle, señor Castillo. Estoy aquí para observar, recopilar datos y, luego, sacar conclusiones. En este momento de la investigación estoy en el segundo nivel: las conclusiones vendrán luego.

—Mientras Ricardo subía, yo permanecí a los pies de la escalera. Cuando alcanzó el balcón, lanzó un grito y bajó rápidamente. Fue entonces cuando decidimos que no había otra alternativa y que teníamos que derribar la puerta.

—¿Les costó mucho?

—No. Es una puerta vieja. Primero empujamos con el hombro tanto Ricardo como yo, pero, viendo que iba a ser difícil, decidimos echarla abajo a patadas.

El inspector sonreía. En las películas y en las series de televisión parece muy fácil forzar una puerta, pero no lo es en la realidad. Recordó cómo muchos años atrás se había lastimado el hombro intentándolo; desde aquel día siempre utilizaba los pies.

El interrogatorio continuó por los derroteros ordinarios y comunes hasta que la repetición de respuestas y la escasa originalidad de las preguntas terminaron por aburrir a policías y sospechosos. Además, eran casi las cuatro de la tarde y nadie había comido. El inspector sentía en el estómago un vacío que comenzaba a quejarse y a ronronear como un gato hogareño y meloso. Por suerte una llamada de teléfono vino a romper la monotonía.

—Es el agente Crespo, inspector —dijo Camarasa—. Ha preguntado por usted.

El inspector cogió el teléfono.

—Continúe usted con ellos y luego permita que vuelvan a sus habitaciones o donde quieran. Les recuerdo que no pueden salir de la casa ni abandonar la propiedad hasta que dejemos claro este desagradable asunto.

Con el teléfono móvil de Camarasa pegado a la oreja —porque el inspector se negaba a llevar ninguno de aquellos aparatos— abandonó la biblioteca y también la casa. Se apoyó contra el coche patrulla que todavía ocupaba la mujer policía.

—¿Qué desea, Crespo?

—Los laboratorios han localizado la arena de las uñas, inspector.

Por un momento no sabía muy bien a qué se estaba refiriendo el agente.

—¿Cómo dice?

—Le hablo de la muchacha, inspector, del cadáver de la secuestrada.

—Ya, sí.

—Le decía que ya sabemos a qué parte de la ciudad corresponden los restos de tierra que encontramos en las uñas de la joven, ¿no lo recuerda?

—Continúe, Crespo.

—Proceden de una zona al oeste de la ciudad, en la carretera de Andalucía. Tomás, el químico, dice que pondría la mano en el fuego y afirmaría que no hay equivocación posible. Asegura que los compuestos encontrados son característicos de ese paraje en concreto. ¿Y no sabe lo mejor, inspector? —Duarte iba a lanzar un improperio porque comenzaba a estar cansado de esperar a que el agente se decidiese a revelarle toda la información. Había tenido ya bastante con la meticulosidad de Camarasa, y, además, apretaba el teléfono tan fuerte que la oreja le sudaba—. Justo ahí, donde dice el del laboratorio, hay una urbanización.

—¡Arrea!

Fue un grito súbito que más se pareció a un acto reflejo. Una pequeña bandada de estorninos brincó y huyó de una de las acacias que delimitaban el jardín. El inspector siguió con la mirada el vuelo de las aves; sin embargo, las dos urracas permanecieron en la rama del roble expectantes.

—Escúcheme bien, Crespo. Aquí ya he terminado... por hoy. Voy a ir para allá, pero tengo que comer algo o me desmayaré, y cuando estoy inconsciente no suelo tener las ideas muy claras. Como son ya las cuatro y no creo que llegue a la comisaría antes de las siete... —dudó un instante—. Creo que será mejor que deje eso a un lado y mañana a primera hora nos acercaremos por allí, ¿le parece bien?

—Usted manda, inspector. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Cuando llegó a su casa, había comenzado a llover sobre la ciudad. El mal tiempo no tenía ningún deseo de abandonarlos. Estaba cansado y, además, infinidad de ideas se agolpaban en su cabeza: la muerte de Santisteban, la escalera apoyada en la fachada, la arena hallada en las uñas de la muchacha asesinada, el chándal rosa...

Tuvo suerte porque la buena de doña Concha le había dejado un poco de carne asada. En una nota breve pero repleta de faltas de ortografía le indicaba que únicamente tenía que calentarla. Encendió el microondas y luego comenzó a desvestirse y a ponerse el pijama. Cuando salió del dormitorio, la cena ya estaba lista.

Buscó una película en la televisión y la vio mientras cenaba. Como los descansos eran tan numerosos y tan largos, decidió regresar a la cama y empezar una nueva novela. De pie ante la librería ojeaba sus títulos. Noches atrás se había divertido con crímenes y misterios en pueblos ingleses; ahora cambiaría de registro. Nueva York era una buena ciudad para que los escritores pusieran a volar su imaginación. Repasó los títulos de Ellery Queen que se alineaban en los estantes: *El misterio del ataúd griego*, *El misterio de los hermanos siameses*, *El cadáver fugitivo*, *El misterio de la mandarina*. Se detuvo en *El misterio del zapato blanco*. Lo había leído varias veces, pero nunca dejaba de admirarse de los razonamientos de Queen.

—¿Conservan todavía alguna esperanza? —preguntó a Janney.

—En absoluto. Hace media hora que ha muerto; la rigidez cadavérica era ya pronunciada cuando la trajeron aquí.

—¿De qué ha muerto?

El cirujano levantó la cabeza. Sus labios temblaron.

—La han estrangulado.

En ese momento el inspector Duarte lo vio todo claro. Recordó los trajes en el vestidor del difunto señor Santisteban, los libros que se amontonaban en la mesita de noche, los medicamentos junto al vaso de agua y, sobre todo, las novelas de Ellery Queen que había repasado minutos antes. Claro que también podía ser una auténtica estupidez. No perdía nada por intentarlo. Mañana cerraría el caso.

Satisfecho y reconfortado, cerró el libro, apagó la luz y se durmió enseguida.

DESAFÍO AL LECTOR

Amigo lector:

*Si antes no conseguiste anticiparte al inspector Duarte,
ahora es el momento de resarcirte.*

*En este punto de la narración
dispones de los elementos y los datos indispensables
para resolver la muerte del señor Santisteban.
La atenta lectura del texto te dará la clave y las pistas
necesarias para adelantarte al detective.*

La mañana era horrible. Una fina y molesta llovizna se despararramaba sobre la ciudad. El clima era una locura: el día anterior había lucido un sol triunfal y picante, y ahora la lluvia limpiaba las calles y el ambiente. Desde la ventana del salón, al inspector Duarte le resultaba imposible distinguir entre la línea del mar y la del horizonte. Sobre las grúas del puerto el cielo semejava la panza gris de un boricua y los edificios más altos de la ciudad aparecían en medio de una ligera bruma que los convertía en ensañaciones. No era un buen día. Bajó los ojos y miró la avenida. Advirtió que no todos los viandantes se ocultaban bajo un paraguas, así que decidió que con la gabardina sería más que suficiente.

Refugiándose bajo los salientes de los balcones y las marquesinas de los comercios, el inspector Duarte había conseguido llegar hasta la Comisaría del Distrito 7 sin apenas mojarse.

Crespo ya lo esperaba en el despacho.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días..., por decir algo.

Parecía que el mal tiempo se hubiera adueñado también del edificio. En la comisaría solo se veían malas caras, rostros apáticos y malhumorados, gritos tras las puertas, carreras por los pasillos... La experiencia le decía que el clima influía mucho en el estado de ánimo de cualquier persona, y más en los policías porque su trabajo consistía en estar siempre en tensión y con los sentidos alerta, así que cualquier cambio en la rutina diaria, incluso la más mínima modificación, podía provocar un empeoramiento del humor y del carácter. Recordó que el mal tiempo se cernía sobre la ciudad, salvo la tregua del día anterior, desde hacía casi una semana: era lógico que la gente ya se estuviera poniendo nerviosa.

—¿Qué tal fue ayer el asunto del millonario?

—Muy bien.

—¿Me quiere decir que ya lo ha resuelto? ¿Quién lo mató? —preguntó el agente con vehemencia.

El inspector sonrió mientras colgaba la gabardina en la percha. Por un momento se quedó como petrificado, con los brazos en alto. Había olvidado la pipa en la mesa de la cocina. ¡Maldita sea! No eran solo el mal tiempo y la lluvia, ahora se añadía también la mala memoria: tuvo el presentimiento de que aquel iba a ser un día pésimo.

—Cada cosa a su tiempo, Crespo, no tenga prisa.

—¿Por qué no vamos a la mansión de Santisteban y detenemos a quien tengamos que detener? —insistió el otro, que aquella mañana parecía haberse levantado con ganas de acción.

—Tranquilícese, hombre. La paciencia es una gran virtud, ¿no lo recuerda? —respondió lentamente el inspector.

Se movía por el despacho lentamente. Crespo lo observaba un tanto extrañado, pero se abstuvo de decir nada: el inspector se estaba despidiendo de su oficina y de sus muebles, de los archivadores repletos de éxitos y, también, por qué no decirlo, de algún que otro fracaso y alguna metedura de pata, como aquella vez en que detuvieron a un hombre acusado de asaltar una joyería y luego se dieron cuenta de que era ciego y, por tanto, no había podido romper la luna, salir huyendo, subir a un coche y conducirlo hacia el barrio del puerto. Detuvieron al verdadero culpable tres días más tarde, cuando intentó vender la mercancía; claro que para entonces ya eran el hazmerreír de la prensa local.

—Lo primero es lo primero. —El inspector todavía no se había sentado y seguía recorriendo lentamente la habitación, repitiéndose que aquella buscada lentitud en sus maneras y en sus gestos tal vez funcionase como un sortilegio para ahuyentar la mala suerte—. ¿No me dijo ayer por la tarde que el laboratorio ya había localizado el lugar de donde procedía la arena hallada en la uña de la niña?

Hizo la pregunta y se detuvo ante la pequeña y estrecha librería con puertas de cristal. Junto a algunos tomos de Derecho Penal y algunos códigos que hacía años que no revisaba —varios de ellos no habían sido abiertos jamás—, destacaba media docena de trofeos y placas conmemorativas: una muestra bastante escasa de los éxitos obtenidos y que la ciudad y el Departamento de Policía se habían dignado reconocer y agradecerle.

—Sí, no está muy lejos. En la carretera del interior, antes de llegar a la montaña. ¿Vamos?

El inspector asintió, pero no se movió: continuaba observando las placas que había tras el cristal de la librería.

—¿Y qué pasa con el asunto de Santisteban? —inquirió Crespo, que parecía empeñado en visitar la lujosa mansión del empresario.

—¿Ha llegado ya el comisario?

—No. Suele venir un poco más tarde.

—Entonces no se preocupe usted por lo de Santisteban. Ya le he dicho que la cosa está clara y que no hay prisa. Créame si le aseguro que el culpable no se moverá de la casa.

Crespo se encogió de hombros y comenzó a ponerse su abrigo.

—Ayer ya di órdenes para poder disponer de un coche patrulla.

—¿No cree que será mejor no llamar mucho la atención? —comentó el inspector—. ¿Ha traído usted el suyo?

Ambos sabían que era una pregunta retórica porque Crespo vivía demasiado lejos de la comisaría como para venir andando.

Durante todo el viaje no hubo manera de poderle sonsacar nada. Crespo lo intentó de todos los modos y las maneras imaginables, mas el inspector se parapetó en un silencio inquebrantable. Le hubiera gustado dar unas chupadas a su pipa porque eso le habría ayudado a reflexionar un poco, a calmar la espera, a olvidarse de la conducción demasiado rápida y arriesgada de Crespo, pero sobre todo a pensar en las horas que le quedaban para huir de la ciudad y refugiarse en Apis.

—Esta mañana tiene usted mala cara, inspector. ¿No ha dormido bien?

—He dormido perfectamente, Crespo. Gracias por preocuparse por mi salud, pero le aseguro que últimamente suelo dormir como un niño pequeño. Además, he de decirle que antes de cerrar los ojos conseguí averiguar la verdad sobre los hechos de la mansión de Santisteban. Y eso hizo que mi sueño fuera todavía más relajado y más tranquilo...

—Pues yo le veo muy mala cara. Y no suelta prenda. Ya sé que no quiere revelarme la verdad sobre la muerte del millonario, pero es que ni siquiera habla del tiempo.

—¿Del tiempo, Crespo? No hay mucho de qué hablar: es malo ¡y ya está! Lo que pasa es que he olvidado traer la pipa... Eso es lo que me pasa.

El agente soltó una carcajada que hizo vibrar el cristal de las ventanillas. El rostro del inspector devino más serio y triste, las arrugas —tan profundas como los surcos de labranza— se remarcaron en la frente y sus labios dibujaron una curva descendente. No era para reírse, no, pero el borde de Crespo lo hacía solo por chincar y fastidiar, y estaba disfrutando de lo lindo.

—Creo que será mejor que deje ya de fumar, inspector. Tómese este olvido como una señal para abandonar el tabaco. Es ya usted muy mayor como para ir tonteando, ¿no le parece? ¡La salud es lo primero!

—Fumo muy poco. Además, los fumadores de pipa no nos tragamos el humo.

—Pero fuma, inspector, fuma. Y no se tragará el humo al aspirar, pero se lo tragará una vez expulsado. Menudas nubes arma usted. Además, no tengo que recordarle, porque tiene edad como para ser mi padre, que el humo no es nada bueno. Las pipadas producen cáncer de labio, lo han dicho en un documental de la tele.

Hubo un momento de silencio en el que solo se oyó el repiqueteo de la lluvia sobre el capó y el techo del coche. Los limpiaparabrisas silbaban al recorrer el cristal.

—¿Falta mucho para llegar? —El inspector deseaba cambiar de tema, pero su compañero únicamente ansiaba cubrir de sal la herida abierta.

—No, casi estamos. Pero no cambie de tema, inspector, que lo conozco. Le estaba diciendo que ya tiene edad como para ir dejando el tabaco.

—Mire, Crespo, si promete callarse y no decir nada hasta que llegemos a la urbanización, le aseguro que intentaré dejar de fumar. ¿Le parece a usted bien?

—Intentarlo es poco, ¡tendrá que dejar de fumar!

De nuevo el silencio cubrió el coche y a sus ocupantes. Un cartel enorme les indicó que para llegar a la urbanización Las Malvas tendrían que abandonar la autovía por la que circulaban y tomar la próxima salida.

—Parece que ya estamos, inspector.

Este cabeceó en señal de asentimiento. Apenas llovía ya y solo de vez en cuando los limpiaparabrisas se ponían en funcionamiento.

El automóvil había tomado la salida señalizada y ahora dejaba atrás la autovía y se adentraba en una zona de bosque. La visión de pinos, encinas y la silueta alargada y puntiaguda de algún que otro chopo les hizo olvidar que la ciudad, con su asfalto y su tráfico, no estaba tan lejos.

Tras abandonar la carretera principal, el automóvil se adentró por caminos deficientemente asfaltados, sembrados de innumerables baches y charcos, con cunetas cubiertas de hierbas y matorrales que parecían querer conquistar el pavimento. No habían recorrido ni dos kilómetros cuando un cartel con letras verdes sobre un fondo blanco les anunció que estaban entrando a la urbanización Las Malvas.

—Como ya le comenté, la zona está alejada del mundanal ruido. Muy bien protegida para realizar... —Crespo no supo seguir y cambió de tercio—. Ayer por la tarde, después de recibir el informe del laboratorio, hice mis averiguaciones.

Daniel Duarte permanecía con la vista fija en el paisaje: varias calles largas y anchas, salpicadas de espaciosos chalés rodeados por jardines y setos, por pinos, plátanos y moreras con las ramas desnudas. El espejismo de un lugar idílico y rural a pocos minutos del ajeteo de la ciudad. Crespo continuó:

—Aquí vive gente acomodada que disfruta con la ilusión de creer que están a mil kilómetros del jaleo de la ciudad. Pero como no hay colegio ni centro médico, es de suponer que por las mañanas la urbanización estará medio vacía. —El automóvil recorría las calles lentamente. Apenas encontraron media docena de coches estacionados, varias casas con las luces encendidas, un parque solitario donde los columpios metálicos relucían bajo la llovizna—. La urbanización fue construida hace unos diez años... ¿Adivina por quién?

El inspector no dijo nada y se limitó a negar con la cabeza. Crespo sonreía.

—Promociones y Construcciones Navarro.

—¡Vaya! —Le había sorprendido tanto que, por un momento, había dejado de echar de menos el humo y el aroma de su pipa.

Era una casualidad demasiado escandalosa como para creer en las casualidades. Alguien había secuestrado, ocultado y asesinado a la muchacha en una urbanización que, muchos años atrás, había edificado la empresa de su padre. El instinto y la experiencia le dijeron que Crespo no andaba nada errado: si querían resolver el asesinato, habían ido al lugar correcto.

—Desde luego no puede ser tanta casualidad. —Duarte percibió que su compañero estaba eufórico, y se alegró—. Como ya le he dicho, hice unas visitas, realicé unas preguntas y fui recabando datos que me parecen muy interesantes. Ayer por la tarde visité el registro y el ayuntamiento, cuando usted estaba en la mansión de Santisteban. —Había un tono de reproche en las palabras de Crespo, pero el inspector fingió no captarlo.

—Buen trabajo.

—Me dieron la dirección de la promotora. Pertenece a Julián Navarro, claro. El padre de la pobre chica es el dueño de un buen puñado de empresas. Tiene sus oficinas en el barrio de El Llano. En el registro me dijeron que era una de las primeras promociones que había construido hacía más de diez años. Me personé allí y no pusieron ningún problema cuando les dije que estaba a cargo de la investigación del asesinato de Mónica Navarro. Fue mencionar ese nombre y todas las puertas se me abrieron. La gente está muy nerviosa, inspector, quieren la cabeza de ese criminal en una bandeja. —El inspector asintió y Crespo continuó—. En definitiva, que, aunque ahora parezca un pueblo fantasma, me aseguraron que casi todos los chalés están habitados: algunos por sus propietarios, otros los ocupan inquilinos que pueden permitirse pagar un alto precio por el alquiler.

Crespo detuvo el automóvil junto a la acera, sobre un lecho de hojas secas y podridas y bajo la sombra raquítica de las ramas desnudas de un considerable plátano. Sacó del bolsillo superior de su camisa una hoja que desdobló lentamente. Duarte solo pudo apreciar unas palabras garabateadas; el agente tenía tan mala caligrafía que no había manera de poder entender nada.

—Según me dijeron, únicamente hay un par de viviendas que permanecen gran parte del año cerradas. Aquella es una. —Y Crespo señaló un edificio de dos plantas rodeado de un jardín con el césped alto y descuidado, medio oculto bajo una alfombra de hojas secas—. Es propiedad de una viuda que solo la utiliza durante el verano. Se llama Consuelo Ibáñez.

—¿Muy mayor?

—Me dijeron que ellos solo la habían visto un par de veces, cuando ella y su marido compraron el chalé al principio de construir la urbanización. No supieron decirme más. Tal vez viva en la ciudad o quizás sea de otro sitio... No sé.

El automóvil reanudó su marcha deslizándose lentamente por las largas calles desiertas. A Duarte le costaba imaginar que durante los meses del verano y quizás también en primavera aquello cobrara vida. Bajo la llovizna otoñal y el frío húmedo e incómodo estaba más inclinado a pensar que aquellas calles y aquellos jardines nunca serían pisados por niños alegres y alborotadores con sus gritos y sus carreras, con sus juegos y sus bicicletas. Volvieron a pasar por el parque desierto y el chirrido metálico de un columpio que se balanceaba mecido por una ligera brisa le trajo a la memoria, de nuevo, la imagen del chándal rosa de la muchacha. Cada vez tenía menos dudas: aquella urbanización —con su tranquilidad y su abandono otoñal e invernal, con las casas separadas considerablemente entre sí, delimitadas a veces por verjas, barreras de setos o muros de piedra— era un lugar idóneo para mantener secuestrada a una muchacha... y luego asesinarla con un tiro en la nuca. ¡Cómo le hubiera gustado poder morder la boquilla de su pipa!

Se detuvieron ante una casa de una sola planta. También aquí el jardín se mostraba abandonado. El viento y la lluvia habían volcado unas pequeñas estatuas que en otro tiempo representaron a unos gnomos gordos, sonrientes y multicolores: algunas estaban rotas y todas mostraban unos colores desvaídos, castigados por la intemperie.

—Esta casa pertenece a una familia de Madrid. Un matrimonio con dos hijos pequeños. La compraron hace cosa de cuatro años, cuando los niños eran todavía unos mocosos. Vienen durante el verano y también aprovechan algunos puentes.

El inspector cabeceaba mientras escuchaba las palabras de Crespo. El chalé de la viuda era el más apropiado. No imaginaba a una familia con dos niños de seis o siete años secuestrando a una adolescente a la que ocultaban durante varias semanas y luego terminaban matando de un tiro en la cabeza. Cosas más extrañas había visto, por supuesto, pero esta vez estaba seguro de que la casa que tenían que vigilar —y quizás registrar, si podían obtener una orden del juez lo antes posible— era la otra.

—¿A usted qué le parece, agente?

Crespo permaneció unos segundos en silencio. De cuando en cuando, el limpiaparabrisas barría el cristal.

—Yo creo que la muchacha estuvo aquí, inspector. Solo hay que echar un vistazo a la urbanización para comprender que es un sitio excelente para un trabajo así.

—También yo lo creo. ¿Pero dónde?

—Apostaría mi paga de navidad a que estaba en la casa que vimos antes, la de la viuda.

El inspector sonrió. Siempre supo que su compañero era un muchacho inteligente y, cuando lo demostraba, un soplo de satisfacción invadía a Duarte: en cierto modo era consciente de que, al llevarlo a su lado durante más de cinco años, había contribuido a desarrollar y mejorar esa inteligencia innata. Se sentía orgulloso y no le importaba mostrarlo.

—Dentro de unos días, cuando me vaya, Crespo... Voy a dejar en la comisaría a un buen policía.

El aludido se sonrojó de golpe y miró por la ventanilla, evitando tener que enfrentarse con los ojos chispeantes y la sonrisa de satisfacción del inspector.

—Hay que averiguar más cosas sobre esa viuda... ¿Cómo se llamaba?

—Consuelo Ibáñez.

—Me parece que está usted en lo cierto. Intente averiguar todos los datos que pueda sobre ella, telefóne donde crea que haga falta y hable con quien lo necesite. El caso tiene prioridad absoluta. —Hubo una pausa en la que el agente dejó de mirar por la ventanilla y se encaró al inspector. Este concluyó—. Mañana me voy, Crespo, y no me apetece irme sin haber atrapado a ese canalla.

El coche se puso de nuevo en marcha. Cruzaron la urbanización y pronto accedieron a la carretera delimitada por el bosque.

—¿Quiere que vayamos a la mansión de Santisteban?

Crespo dio un respingo, aunque no soltó el volante.

—¿No vamos a la comisaría?

—Después, todavía es pronto. Primero me gustaría ir a la casa de Santisteban.

—¡Tela marinera! —exclamó Crespo—. ¡Vaya pedazo de casa!

El coche había traspasado la verja y se acercaba a la lujosa mansión de don Lucio Santisteban.

—Está forrado, ¿eh, inspector?

—Ahora lo están sus hijas y quizás su secretario. Él —puntualizó Duarte— está muerto.

El vehículo se detuvo ante la fachada principal, junto a un coche patrulla. Ya no quedaba ningún rastro de ambulancias ni de policías. Al inspector le extrañó no encontrar el enjambre de periodistas y fotógrafos que habría esperado, dada la relevancia del fallecido. Pero enseguida recordó que la noche anterior no habían aparecido noticias del suceso en el telediario: Santisteban era un hombre influyente y a buen seguro que los suyos habían empleado sus contactos y su poder para acallar el peliagudo asunto, al menos hasta que el misterio de su muerte se hubiera dilucidado.

Poco después de salir de la urbanización Las Malvas, el inspector le había pedido el teléfono a Crespo para contactar con el agente Camarasa. Las órdenes fueron precisas y breves: debía reunir a todos en la biblioteca.

Duarte descendió del coche y volvió a sentirse en Apis. Era una sensación que se repetía: el silencio de la naturaleza —contradictoriamente plagada de sonidos— actuaba como un acicate para que el viejo inspector pensase en las pocas horas que le quedaban para escapar de la ciudad y de sus incomodidades. Invirtió unos segundos en contemplar los árboles, la mayoría de ellos desnudos, que rodeaban la suntuosa propiedad. Las urracas seguían en el mismo lugar, erguidas sobre la rama del roble, girando levemente sus cabezas y moviendo sus fuertes picos, como dos centinelas que aguardasen la más mínima señal para salir volando y dar la voz de alarma.

—Si Camarasa me ha hecho caso, estarán ya esperándonos. —Se volvió hacia Crespo, que continuaba de pie junto al coche, con la boca abierta y el labio inferior colgando, alhelado ante la grandiosidad del edificio y la belleza del entorno—. Oiga, Crespo, espabile, tenemos que entrar. Mientras hablo yo con ellos, usted busca un teléfono y llama a la comisaría o donde quiera... Averigüe lo que pueda sobre esa tal Consuelo Yáñez...

—Ibáñez, inspector —corrigió el detective—. La viuda se llama Consuelo Ibáñez.

—Pues eso...

Duarte no se había equivocado. Las dos hijas, el secretario y el mayordomo esperaban en la biblioteca. Camarasa los había reunido y ahora aguardaban impacientes, aunque procurando no mostrar su nerviosismo. Cuando el inspector cruzó la puerta, sintió que el ambiente era tan tenso como las cuerdas de un violín. Debía ir con mucho cuidado porque si apretaba más las clavijas podía romper el instrumento, y entonces de nada le iba a servir.

—Buenos días a todos —empleó para saludar un tono de voz afable.

Las dos hermanas permanecieron en silencio y se limitaron a mover ligeramente la cabeza. Por un instante le recordaron a las dos urracas que había visto entre los árboles: no eran mucho más guapas. Continuaba sin poder diferenciarlas con total seguridad.

—Hola, inspector —se adelantó Carlos Castillo y le tendió una mano, que Duarte estrechó—. El agente Camarasa nos ha comentado que deseaba hablar con todos nosotros. Aquí nos tiene. ¿Se sabe ya algo más sobre la trágica muerte del señor Santisteban?

—Sí, precisamente deseaba hablar con ustedes... o, mejor dicho, deseaba hablar y que ustedes me escucharan.

Entonces advirtió Duarte que había también una mujer a la que no había visto en su anterior visita. A juzgar por su aspecto, debía de tratarse de una criada más. Estaba de pie junto al mayordomo, pero se mostraba tímida y recelosa. Mantenía el rostro agachado y la vista fija en el suelo. Semejante actitud vergonzosa contrastaba sobremanera con el envaramiento del mayordomo y la arrogancia de su porte y de sus gestos. El agente Camarasa advirtió las dudas y el azoramiento del inspector y se le acercó:

—Se llama Encarna —le dijo en un murmullo inaudible para el resto—. Es la cocinera.

—¿Estaba ayer?

—No, ayer pidió el día libre. Su madre está en el hospital.

El inspector asintió y su subordinado volvió junto al sofá. El señor Castillo aguardaba una respuesta que Duarte parecía haber olvidado.

—No he hablado con el forense, la verdad —dijo ante la sorpresa de todos.

Una de las hijas hizo ademán de hablar, levantó la mano y arqueó las cejas; sin embargo, se arrepintió y volvió a retrepase en el sofá, junto a la hermana.

—Esta mañana he tenido que atender otro asunto. Voy a ser sincero con ustedes: no me he acordado de llamar al doctor Ortolá para preguntarle los resultados de la autopsia.

Las palabras de Duarte habían ido tensando demasiado la cuerda y, finalmente, el secretario saltó.

—Espero que no se moleste, señor inspector —dijo el joven—, pero no veo, en lo que se desprende de sus palabras, ningún hecho de tal importancia que tenga la necesidad de repetirlo insistentemente. Todo lo contrario —dudó—, yo diría que es más bien un caso de negligencia que, además, usted no tiene vergüenza en admitir. Un caso de desinterés manifiesto hacia la muerte del señor Santisteban y, por lo tanto, de ofensa hacia su familia.

Bastaba con escucharlo durante unos minutos, observar cómo gesticulaba, advertir los hoyuelos que aparecían en sus mejillas cuando sonreía para comprender que aquel tipo tenía mucha labia y la capacidad de convencer a un esquimal para que comprase un frigorífico. En cambio, Duarte oyó las palabras del secretario sin inmutarse.

—Nada de eso, señor Castillo —dijo—. Lo que quería decirles es que no me he preocupado de la autopsia porque estoy convencido de que ni es relevante ni va a aportar ningún dato de suma importancia. Es más, puedo asegurarle que, en este momento de la investigación, no es de ninguna utilidad para resolver la muerte de don Lucio Santisteban.

—¿Quiere usted decirnos que ya sabe quién mató a mi padre? —preguntó una de las hijas.

—Señorita Santisteban... —dudó el inspector.

—Berta.

—Verá, Berta, la respuesta a su pregunta es sí... y no.

Incluso Camarasa, que había permanecido todo el tiempo en silencio, expectante, algo aburrido y cansado, dio un respingo y puso unos ojos como platos. Paloma Santisteban se levantó del sofá de un brinco, como impelida por un resorte invisible.

—¡Déjese de bobadas, inspector! No creo que sea este un buen momento para tenernos a todos sobre ascuas. Es mi padre quien ha muerto, y él y todos nosotros merecemos un mínimo de respeto.

—No fue mi intención ofenderla a usted ni a ninguno de los aquí presentes. —Carraspeó y recordó su pipa. ¡Lo que hubiera dado por tenerla a mano, aunque fuera apagada!

—Entonces no comprendo nada —dijo el señor Castillo.

—Pues es bien sencillo —continuó el inspector—. El señor Santisteban se suicidó.

Había esperado una nueva explosión de recriminaciones y de protestas, pero en cambio todos enmudecieron de golpe, como si un extraño virus les hubiera sellado la boca de sopetón. El silencio tendió una sábana sobre la biblioteca. La cocinera levantó por fin la cabeza y miró al inspector sorprendida. Duarte advirtió que era joven y hermosa, con unos ojos castaños que le recordaron a su difunta esposa.

—Lo imaginaba —dijo Berta, y dejó caer su espalda contra el respaldo del sofá, como si por fin descansara tras aligerarse de un gran peso.

—¡Berta! ¿Tú también te crees ese cuento chino del suicidio? —le recriminó la hermana.

—Sí, por supuesto... Piensa un poco. Si tú no lo has matado ni yo tampoco... ¿Acaso pensabas que habían sido Carlos o Ricardo o incluso la pobre Encarna? ¡Por Dios, Paloma!

—¿Pero dónde está el arma? —insistió la aludida.

Los demás permanecían en silencio, siguiendo el cruce de palabras entre las dos mujeres como espectadores de un partido de tenis.

El inspector tosió para llamar la atención.

—Vamos a dejar la cuestión del arma y de su desaparición para el final, ¿les parece bien? —Nadie puso ninguna objeción y Duarte continuó—: Hubo tres detalles que llamaron poderosamente mi atención. Lo cierto es que, observados individualmente, carecen de importancia, podríamos decir que son meros hechos anecdóticos. Sin embargo, cuando cogemos esos detalles y los analizamos conjuntamente... ¡Bueno! Entonces el misterio de la muerte del señor Santisteban toma un cariz bien distinto.

»En primer lugar, me llamaron la atención los gustos literarios del difunto. Sobre la mesita de noche encontré una serie de libros que, es de imaginar, su padre leía antes de conciliar el sueño. Es una excelente costumbre que también yo practico. Allí encontré novelas, revistas de divulgación, tratados de economía...

—¿Y qué hay de extraño en eso? —interrumpió el secretario.

—Por favor, señor Castillo, le ruego que no me interrumpa. Gracias. No he terminado. Junto a estas lecturas había también un libro de medicina. He aquí el primer elemento que, deben admitirlo, desentona un poco con el resto. ¿Quién se lleva a la cama un manual de medicina? Y además uno muy voluminoso, grueso, incómodo para sostenerlo en vilo o apoyarlo en el regazo. Claro que si el señor Santisteban hubiera sido doctor..., pero ¿lo era?

—No, claro que no —se apresuró a responder Paloma Santisteban—. Mi padre nunca realizó estudios universitarios. Heredó de la familia una pequeña fábrica de calzado y luego tuvo que trabajar mucho y muy duro hasta convertirse en lo que era: una de las personas más importantes de esta ciudad.

—Bien, he aquí el primer hecho que podríamos denominar «anormal»: el libro de medicina, el denso tratado que el difunto lee, o al menos consulta, porque, les recuerdo, tiene un marcador entre sus hojas.

»El segundo hecho no es, por sí solo, nada extraño: el consumo de somníferos y de calmantes. Encontré algunos frascos en la mesilla y también en el armario del cuarto de baño. —Beatriz iba a interrumpir, pero el inspector la detuvo con un gesto—. Por supuesto, cualquier persona con una receta médica puede comprar estos fármacos y tomarlos. Pero si a ese consumo de analgésicos se le añade la lectura o consulta de un tratado de medicina... Bueno, entonces, como ya les dije, el asunto comienza a cobrar otro cariz, ¿no les parece? Tan pronto como vi juntos el libro y los medicamentos, me dije que o bien el difunto estaba muy enfermo o bien se encontraba muy preocupado.

Hizo una pausa esperando que alguien interviniese, pero nadie habló. Por primera vez en su vida se sentía como uno de aquellos personajes novelescos que tanto admiraba: los sospechosos reunidos en la biblioteca, el investigador —profesional o aficionado— relatando los hechos, describiendo las pistas, revelando los errores del asesino que le habían llevado a deducir y reconstruir la solución final del enigma. Aunque esta vez no hubiera técnicamente ningún asesino.

—Y ahora viene el tercer elemento, la tercera pista que detecté y que me sirvió para corroborar mi teoría. Lo cierto es que sin ella los dos hechos anteriores bien pueden ser descritos como anecdóticos, tal vez algo peculiares, pero nunca determinantes, puesto que podría darse el caso de que el señor Santisteban fuera un hipocondríaco, un hombre muy obsesionado por su salud. Sin embargo, cuando entré en el vestidor, supe que la preocupación del difunto no era gratuita y que, si estaba inquieto hasta el extremo de no poder conciliar el sueño con normalidad, era porque se encontraba muy enfermo.

—¿Nuestro padre? —inquirió Paloma.

—Sí.

—¡Imposible! No diga más tonterías, inspector. —La mujer estaba enfadada—. ¿Nuestro padre estaba enfermo de gravedad, según usted, y nosotras no sabíamos nada, no habíamos advertido ninguna cosa rara, algo que se saliese de lo normal? ¿Y desde cuándo, siempre según sus teorías, claro... y desde cuándo estaba enfermo?

—No soy doctor, señorita, pero una persona que pierde cuatro tallas en menos de un año... No es muy arriesgado afirmar que esta persona no está sana, que le ocurre alguna cosa. Cuando vi los trajes de su padre y aprecié el brusco descenso de tallas, supe que, si sumaba este dato a la ingestión de calmantes y a la consulta de manuales de medicina, la solución caía por su propio peso.

De nuevo el silencio, como si todos los presentes necesitasen masticar lentamente aquellas palabras para comprenderlas, para poder extraerles todo el sentido. Súbitamente, el mayordomo se derrumbó y rompió a llorar. Era una imagen tan patética como conmovedora: tieso como un huso, sollozaba y derramaba unas lágrimas gruesas que resbalaban por sus mejillas. No hizo ningún intento por cubrirse el rostro o limpiarse los ojos.

—El señor inspector está en lo cierto —las palabras del mayordomo se oyeron cribadas por el llanto—. Estaba enfermo, señoritas, muy enfermo. Se negaba a visitar a un especialista porque no quería escuchar lo evidente, porque se resistía a admitir que aquello le estuviera sucediendo a él: cáncer... —Miró a las dos mujeres levantadas en el sofá, asombradas ante tamaña revelación—. Ya saben ustedes cómo era: tozudo, firme, obcecado en sus decisiones. Cada día le costaba más trabajo sentarse, caminar, comer... Imagino que hasta respirar sería un suplicio diario. Los dolores eran cada vez más fuertes y más frecuentes, y los calmantes apenas podían atenuar ya el dolor. A un hombre como su padre, tan engeído, tan orgulloso..., le costaba admitir que algo invisible pudiera vencerlo. Me hizo prometer que no hablaría, que no contaría nada sobre su enfermedad y su estado, que no diría nada a nadie.

—¿Por qué? —preguntó Duarte.

—Tal vez yo pueda responderle, inspector —intervino el señor Castillo—. Aunque ya jubilado y teóricamente retirado de los negocios, el señor Santisteban era la cabeza visible de una gran empresa, de un *holding* formado por muchos negocios y muchas firmas. Incluso el rumor de alguna debilidad hubiera influido negativamente, sin duda, en el funcionamiento del negocio. Piense que muchas de estas empresas cotizan en Bolsa.

—Esta mañana, al ver que no abría, me temí lo peor —continuó el mayordomo cuyas lágrimas seguían resbalando por las mejillas confirmando la ley de la gravedad—. Supuse que había muerto, que había descansado al fin de sus muchos padecimientos. Pero cuando lo vi en el suelo, en aquella postura tan extraña y sobre un charco de sangre. ¡Se suicidó, no pudo aguantar más!

Entonces se encogió y se cubrió el rostro con las dos manos. Camarasa lo ayudó a sentarse y la joven cocinera lo abrazó y comenzó a consolarlo acariciándole la espalda, pasándole una mano por el cuello y el cabello blanco y escaso. Duarte pensó que quizás existía algún parentesco entre aquellas personas.

—¿Y el arma? —preguntó Paloma, quien se mantenía firme en sus convicciones. Ni las palabras ni el derrumbamiento del mayordomo parecían haberla afectado lo más mínimo.

El inspector no respondió. Cruzó la estancia por detrás del sofá y de los sillones. Se detuvo ante la ventana.

—Después de lo que les he dicho, creo que coincidirán conmigo —miró detenidamente a Paloma—, incluso usted, señorita, en que su padre tenía sobrados motivos para suicidarse. Las palabras del mayordomo han venido a confirmar lo que yo ya había deducido.

»De todos modos, hay que tener en cuenta otra obviedad: la habitación estaba cerrada y nadie pudo entrar ni salir sin el consentimiento del señor Santisteban. Encontraron ustedes la puerta cerrada desde el interior y también las ventanas que, además, están protegidas por unas rejas cuya fortaleza yo mismo comprobé. El balcón era la única grieta (si se me permite la expresión) en esta habitación herméticamente cerrada: las puertas estaban abiertas, pero resultaba a todas luces imposible utilizarlo como entrada o salida, pues lo protegía una sólida reja, la llave de cuyo candado, además, hace cinco años que desapareció. Si el señor Santisteban está muerto y ninguna otra persona pudo entrar o salir de esa habitación, llegamos a la conclusión de que únicamente él mismo hubo de matarse. —Miró a las dos mujeres que, todavía sentadas en el sofá, giraban ahora el cuello para poder observarlo—. Su padre se suicidó: no existe otra solución que contenga todas las pruebas que les he referido.

—Debo insistir en que no se ha encontrado ningún arma —recordó Paloma. Su hermana asentía en silencio—. Ni en la habitación ni cerca de la casa.

El inspector abrió la ventana y un soplo de aire fresco inundó la estancia. Una de las mujeres se removió en su asiento, como si un escalofrío hubiera recorrido su delgado cuerpo. El mayordomo alzó el rostro por encima de las manos y la cocinera dejó de acariciarlo. Todos miraban no a la ventana ni al inspector Duarte, sino a un lugar todavía impreciso hacia el que el viejo policía señalaba.

—El arma del suicidio no está ni en la alcoba ni cerca de la casa. Cuando llegué ayer a la finca, me llamó la atención un par de urracas que me observaban desde la rama de uno de aquellos árboles. Mientras que otros pájaros volaban de un lado a otro, la pareja de urracas permaneció durante todo el tiempo en el mismo lugar, expectante. Es conocida la afición que tienen estas aves por recoger y esconder todo objeto brillante.

»Yo lo veo del siguiente modo: ayer por la mañana, quizás antes de que amaneciese, don Lucio Santisteban decidió poner fin a su vida. Tal vez estaba cansado de sufrir o quizás no quería, al agravarse la enfermedad y hacerse evidente, suponer una carga para ustedes. No lo sé, no soy psicólogo ni médico, me limito a extraer conclusiones de los hechos que observo. Como les decía, tomó la decisión y empleó su navaja de afeitarse. No escribió ninguna nota de despedida; tampoco puedo afirmar

la razón de ello. Lo que es evidente es que el señor Santisteban se cortó el cuello y la navaja cayó al suelo. El balcón de su habitación está orientado hacia el este, así que, cuando salió el sol, el filo del arma brilló y llamó la atención de los pájaros. Una o las dos urracas entraron cegadas por el objeto que relucía con fuerza y una robó con su pico el arma del delito. Quizás el difunto pensó que, al ser hallado en una habitación cerrada, nadie sospecharía, nadie podría confundir su suicidio con un asesinato. Tal vez esos fueran el motivo y la razón por los que no escribió ninguna nota de despedida. Sin embargo, no tuvo en cuenta ni la reja ni el comportamiento de las urracas que anidan frente al balcón. El misterio fue tan solo un cúmulo de coincidencias... Imagino que el arma del crimen habrá que buscarla en el roble donde esos pájaros avariciosos tienen su nido.

Media hora después, el mayordomo descendía de la escalera que había apoyado contra uno de los robles. En su mano derecha relucía la navaja de afeitar manchada de sangre.

—¡Hay que ver, inspector! —exclamó Crespo.

Daniel Duarte le había relatado todos los hechos y pormenores, las pistas y coincidencias que habían convertido el suicidio de Lucio Santisteban en un misterio enrevesado. El agente, al volante del coche que se alejaba de la mansión, escuchó todo el relato del inspector y, conforme este iba refiriendo y comentando los detalles, no dejaba de sorprenderse.

—¡Es usted un fenómeno, inspector! —exclamó de nuevo—. Hay que ser muy observador para poder llegar a una conclusión como esa y, además, ¡acertar!

—También podía haberme equivocado; pero, cuando estuvo claro y fue evidente que el difunto se había suicidado, la única solución posible para la desaparición del arma era esa, por difícil que pareciese. Sherlock Holmes ya lo dijo en una ocasión: «Cuando se ha eliminado todo lo posible, la verdad está en lo que queda, por muy improbable que sea».

—¡Vaya! —se asombró Crespo—. ¡Qué memoria!

Habían dejado ya la carretera secundaria y los caminos sembrados de charcos y cubiertos de barro. El automóvil discurría ahora por la autovía, camino de la ciudad y de la comisaría.

—Cuando les cuente la historia a los muchachos, no se lo van a creer. ¡Dos pajarracos casi nos amargan la vida! ¡Lo que hay que ver! —Crespo había disfrutado con cada palabra del inspector Duarte y ahora imaginaba cómo el resto de la comisaría se quedaría boquiabierto cuando escuchara la solución—. ¿Y cómo se le ocurrió una cosa así?

Duarte miraba distraído el paisaje. La lluvia había firmado una tregua.

—Fue ayer por la noche y de casualidad. Estaba buscando un libro para llevarme a la cama. ¿Le he dicho lo que me gusta la novela policiaca?

—Muchas veces.

—Pues bien, recorría los títulos de la estantería buscando uno que me apeteciese y cuando me di de bruces con *El cadáver fugitivo* lo vi todo claro. Es una vieja novela de Ellery Queen, ¿le suena?

—Ni lo más mínimo... Verá, inspector, a mí es que eso de leer... pues no me gusta mucho, ¿sabe? Me aburre, la verdad, prefiero otras cosas.

El inspector se encogió de hombros. Hubo un tiempo, años atrás, en que esa actitud hacia la lectura y los libros le llegaba a enfadar, no soportaba que alguien pudiera afirmar que los libros eran aburridos. ¡Absurdo! Por supuesto los había pesados y aburridos, auténticos peñazos, pero la gran mayoría no lo era. Contrariamente a la televisión —donde la posibilidad de elegir era limitada—, los libros ofrecían un abanico de elecciones casi infinito. Miles, cientos de miles, millones de lecturas diferentes en las que resultaba imposible no encontrar una novela, un poema, una pieza teatral que no fuera del agrado de uno. Pero eso era antes: hacía ya un tiempo que había decidido no molestarse; quien no leyese, él se lo perdía. Sintió cierta lástima por Crespo, pero se cuidó mucho de decirlo porque sabía que no serviría de nada.

—No importa. Voy al grano. En esa novela, *El cadáver fugitivo*, sucede lo mismo que aquí: un señor se suicida con una navaja de afeitar, pero no encuentran el arma. Al fin resulta que una urraca la robó. Cuando ayer por la noche vi el libro y recordé las urracas que había observado en el jardín de la casa... Sumé dos y dos y, obviamente, el resultado fue cuatro.

Las palabras de Duarte habían picado la curiosidad del detective.

—¿Y ese título tan misterioso? —preguntó—. *El cadáver fugitivo*...

—Bueno, si mal no recuerdo, sucede que, cuando se llevan al difunto al depósito de cadáveres para realizarle la autopsia, desaparece por el camino, alguien lo roba.

—Y eso, ¿por qué?

El inspector Duarte esbozó una sonrisa pícaro, de viejo zorro conocedor de todos los trucos y artimañas.

—Pues esa parte de la novela no la recuerdo —mintió—, no sé por qué hacen desaparecer al cadáver. Si quiere se la presto y la lee.

El agente se encogió de hombros.

—Bueno... —dijo sin convicción.

De lo que sí estaba convencido el inspector Duarte es de que jamás contaría a nadie el final de ningún libro: si querían saberlo, tendrían que averiguarlo por sí mismos. Tal vez no fuera una buena manera de incentivar la lectura, pero no se le ocurría otra mejor.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló. Luego, decidieron detenerse en un área de servicio donde comer alguna cosa. Era casi mediodía.

—Solo hemos hablado de las urracas y del muerto —dijo el inspector cuando ya había comenzado a morder media tostada cubierta de tomate y aceite—. ¿Qué ha averiguado sobre la viuda y la urbanización?

Crespo tenía la boca llena y tuvo que masticar y tragar antes de poder hablar.

—Cada vez estoy más convencido de que esa casa es nuestra mejor opción —dijo, y luego se refrescó con un trago largo de cerveza sin alcohol—. Llamé a la comisaría y también, de nuevo, a la empresa de Navarro que construyó y vendió los chalés de la urbanización.

El local estaba semivacío. Un par de camioneros almorzaban en la barra, en silencio, atentos a un programa donde entrevistaban a famosos que casi nadie conocía. En una mesa, más al fondo y de espaldas a las tonterías que salían del televisor, una pareja hablaba en susurros, ambos sonreían y, de cuando en cuando, entrelazaban sus manos por encima de la mesa: se les veía felices y eran jóvenes.

—No he querido decírselo en el coche —continuó Crespo—, pero, cuantos más datos conozco de esa tal Consuelo Ibáñez, más me convengo de que es nuestra sospechosa número uno.

—Ni siquiera la hemos visto, Crespo. Tampoco hay que precipitarse —le recordó el inspector—. Además, ¿cuántos años tiene? Si pasa de ochenta, creo que podemos descartarla, ¿no le parece?

Crespo se bebió la cerveza de un trago largo e intenso. Al dejar el vaso en la mesa chasqueó los labios y con la punta de la lengua se limpió la espuma blanca que los decoraba. Se le veía satisfecho y Duarte sabía por experiencia que aquella expresión era el anticipo de una gran noticia. No era mal policía Crespo, no, aunque no le gustasen los libros.

—No creo que podamos descartarla, inspector. Es una mujer relativamente joven: tiene sesenta y tres años y quedó viuda hace ocho. ¿Adivina cómo perdió a su esposo?

El inspector se encogió de hombros y aguardó. Le había gustado que Crespo no la considerase una vieja: él tenía la misma edad.

—Sufrió un accidente laboral: se llamaba Jacinto Muñoz, era un albañil experimentado y respetado. Tenía cincuenta y siete años cuando murió. Según me han dicho en la empresa en la que trabajaba, cayó desde un octavo piso y, bueno, puede imaginar cómo quedó.

—¿Habló con la empresa?

—No me fue difícil, inspector. Aquí viene lo bueno: trabajaba para Promociones y Construcciones Navarro.

El inspector necesitó unos segundos para analizar la información. ¡Demasiada casualidad! El marido de la viuda trabajaba en una de las empresas de construcción del padre de la niña secuestrada y asesinada. Cada vez creía menos en las casualidades.

—Y no sabe lo mejor —insistió Crespo, que estaba eufórico mientras daba cuenta de la información que había recabado—. La viuda denunció a la empresa por negligencia. Según ella, no cumplía los requisitos mínimos de seguridad y por eso se mató su marido. El pleito salió dos años más tarde; la mujer lo perdió. Navarro tenía más dinero, por tanto, más y mejores abogados. Ella recurrió. Ha ido pasando de un tribunal a otro, recurriendo la sentencia una y otra vez... Hace medio año el Tribunal Superior de Justicia zanjó la cuestión y dio la razón al empresario, así que la pobre mujer se quedó con dos palmos de narices y la indemnización, poca o mucha, se perdió por el camino en manos de abogados y juristas.

El inspector apoyó el codo en la mesa y se acarició el mentón. No era un mal motivo, desde luego: la mujer, despechada, sin marido y sin dinero, había optado por

coger la senda del medio y pagar al empresario con la misma moneda. «Ojo por ojo...» y todo eso de la ley del talión. Siempre se sorprendía de que una sociedad que generalmente se jactaba de su ignorancia sobre temas bíblicos continuara acudiendo al libro sagrado, trayéndolo a colación para justificar sus actos; era como si la religión formara parte del tejido genético de cada uno, de sus instintos más atávicos. «Justos por pecadores», se dijo. Lo peor de todo es que la pobre muchacha nada sabía de los asuntos de su padre. En muchas ocasiones la vida era demasiado cruel.

—No está mal, Crespo, nada mal... ¿Pero usted cree que una mujer de más de sesenta años puede secuestrar a una muchacha y luego matarla a sangre fría?

Crespo levantó la mano para llamar la atención del camarero.

—¿Quiere tomar algo más, inspector?

—Un poleo menta.

—¡Un café y un poleo! —gritó Crespo para hacerse oír—. Verá, la mujer es viuda, pero no está sola. Tiene un hijo de más de treinta años, soltero...

Las voces de la mesa próxima subieron el volumen y por un momento el inspector Duarte no pudo escuchar a Crespo. Arrugó el ceño y entornó los ojos para concentrarse mejor.

—Eso es otra cosa —y no dijo más porque en ese momento llegaba el camarero con dos tazas humeantes.

No hubo suerte. Los dos policías permanecieron en su coche durante toda la tarde, pero nadie se acercó ni salió de la casa. Al llegar a la urbanización, Crespo descendió del vehículo, cruzó el jardín y llamó al timbre. Nada. Lentamente dio la vuelta a la vivienda mirando a través de las ventanas, pero todas tenían los postigos cerrados y el detective no pudo averiguar el aspecto de la casa.

Durante las más de tres horas que pasaron dentro del coche, el inspector lamentó mil veces no haber traído su pipa; lamentó también no tener ningún libro a mano, porque la conversación con Crespo pronto consumió todos los temas razonables y acabó por languidecer y morir.

—Aquello que dijo hace un rato sobre Sherlock Holmes...

—¿Sí?

—«Elemental, querido Watson» —citó Crespo—. Una vez leí o escuché, ya no lo recuerdo, que esa famosa frase solo aparece en las películas, que nunca la dijo Holmes en sus novelas.

—No es cierto, la frase aparece también en los cuentos que protagonizó.

—¿Sí? ¿Dónde?

El inspector dudó un momento, buscó entre los vericuetos de su memoria sin éxito y se encogió de hombros.

—Pues no lo sé, Crespo. No lo recuerdo, pero la frase la pronuncia Holmes, créame.

De cuando en cuando, el agente ponía el coche en marcha y daba una vuelta por las otras calles. Se apreciaban algunos vehículos que antes no estaban, se distinguían luces encendidas tras las ventanas que minutos atrás habían estado completamente a oscuras, continuaba sin haber rastro de niños jugando en las aceras o los jardines, los columpios del parque permanecían desiertos... El aburrimiento y la noche los iba venciendo.

—¿Y no hay ningún número de teléfono donde localizar a la mujer? —preguntó el inspector por enésima vez.

—No.

Y ahí concluía la conversación. Por suerte no llovía y uno de los dos podía salir del coche a estirar un poco las piernas o a mear contra un árbol, pero hacía demasiado frío y el viento estaba cargado de humedad.

—Si nos vamos ahora, estaremos en la comisaría a las siete —comentó Duarte—. Tendré tiempo para hacer el informe sobre el caso Santisteban.

Crespo no respondió. Bruscamente puso el motor en marcha y dejaron atrás la urbanización Las Malvas.

Cenó una ensalada de tomate con aceite y un poco de pan con queso. Después se entretuvo vaciando la librería y metiendo en cajas todos los volúmenes. Fue un trabajo relajante que le sirvió para desconectar completamente del caso. Cogía un libro y, antes de guardarlo en la caja, lo hojeaba rápidamente. Había leído la inmensa mayoría, algunos incluso varias veces, y le gustaba detenerse y contemplar los títulos, intentar recordar el momento exacto del pasado en que lo había leído por primera vez: dónde estaba entonces, qué hacía, si Pilar todavía vivía o no. En ocasiones recordaba un pasaje de la novela y comenzaba a buscarlo entre las páginas: si lo hallaba, sonreía satisfecho tras releerlo y disfrutarlo; si no conseguía encontrarlo, tampoco se preocupaba mucho: dejaba el libro en la caja y cogía otro. Junto a las novelas de Dickson Carr y Ellery Queen se alineaban las de Berkeley, casi medio centenar de Agatha Christie, todo el padre Brown y algunos títulos más de Chesterton, Doyle, Endhard, media docena de Stanley Gardner —a pesar de que no le gustaba mucho—, las cinco novelas de Hammett y varios volúmenes de sus relatos. Y así hasta Rodolfo Walsh y Colin Wilson, los últimos por orden alfabético.

Lenó cinco cajas de madera que Enrique, el frutero que tenía la tienda al final de la calle, le había dado. Calculó que habría guardado alrededor de ciento cincuenta novelas. Todavía le quedaban cuatro estantes por vaciar —se había detenido en Ngaio Marsh—. No pretendía llevarse de golpe todas sus pertenencias a Apis. Había decidido que únicamente cargaría el coche, un viejo Renault Laguna, con la ropa necesaria para unas semanas y, por supuesto, con sus queridos libros. Después, cuando dispusiera de más tiempo, realizaría algún que otro viaje a la ciudad y terminaría por llevarse el resto de su ropa y las novelas que quedasen. Y nada más: ningún mueble, ningún plato o cubierto, nada de aquellos objetos inútiles y molestos que tanto le gustaban a su esposa y con los que solía decorar cada rincón de la casa, cubrir cada mueble, llenar cada armario.

En Apis tenía una casa con todo lo necesario, salvo un televisor. Durante unos días estuvo dándole vueltas a la conveniencia o no de transportar su viejo aparato hasta el pueblo o comprar uno nuevo. Finalmente decidió que lo dejaría en la ciudad y no adquiriría ninguno: si con el tiempo lo echaba de menos, nada costaría llevárselo.

Se lavó las manos antes de acostarse y se sorprendió de que los libros acumulasen tanta suciedad invisible. *El misterio del zapato blanco*, del que había leído ya más de la mitad, lo esperaba en la mesilla de noche.

—¿Y bien? —dijo Sampson—. Esos dos elementos no estaban fálto de interés, en verdad; pero ¿cómo pueden servir de base a una acusación?

—¡Esperen! —saltó Ellery—. Consideremos primero los zapatos: tenemos el lazo roto, el esparadrapo sobre el lazo y las lengüetas dobladas hacia el empeine. A primera vista, la explicación parece elemental: el lazo roto testimonia un accidente; el esparadrapo, una reparación; ¿qué significan las lengüetas?

El inspector Duarte sonrió y cerró el libro. Sabía qué significaba la extraña posición de las lengüetas dobladas sobre el empeine del pie, dentro del zapato. Comprobó que faltaban poco más de veinte páginas para terminar la novela. Estaba cansado y era tarde. Mañana terminaría el libro; o quizás no, porque ya había recordado la solución final y el nombre del asesino. Comenzaría otro.

Al fin, el último día.

Daniel Duarte se dio una ducha rápida y se afeitó. Desayunó contemplando los tejados de la ciudad y la silueta de los edificios a lo lejos, junto a la línea de la playa. El viejo inspector se sentía igual que el día anterior, no había apreciado ninguna diferencia. Ese detalle lo defraudó un poco, pues alguna vez había imaginado que la última jornada de trabajo tendría el aspecto de algo nuevo y desconocido; sin embargo, al pensarlo detenidamente mientras se bebía el vaso de leche tibia, supo que no había razón alguna para ello. ¿Acaso era de esperar que el sol brillase de un modo diferente?, ¿o que una orquesta interpretara alguna famosa pieza bajo su ventana para celebrar su jubilación? Tonterías. Excepto los muy cercanos, nadie en aquella ciudad sabía que Daniel Duarte, inspector de policía y destinado en la Comisaría del Distrito 7, iba a comenzar su última jornada laboral. «Nos creemos tan importantes e imprescindibles que estamos convencidos de que los demás no podrían vivir sin nosotros —pensó el viejo inspector—. Somos unos tontos engreídos».

Por suerte ya no llovía. El cielo encapotado había desaparecido y ahora, aunque todavía persistían algunos oscuros penachos de la noche, se podía apreciar un cielo azul libre de nubes. Sería una hermosa jornada.

Cuando llegó a la comisaría, Crespo lo esperaba impaciente. Había invertido más tiempo en llegar porque se había ido entreteniendo ante cada escaparate, contemplando las fachadas de los edificios, las largas avenidas que, poco a poco, iban llenándose de tráfico, de ruido y de humo, el rostro de algunas personas de nombre desconocido, pero con las que solía cruzarse casi diariamente. Se despedía de la ciudad. En verdad nunca la había amado, pero tampoco era tan desagradecido como para repudiarla u odiarla. En ella había vivido más de cuarenta años —fue su primer (y único) destino tan pronto como salió de la Academia—; en el parque de la Playa había conocido a Pilar una tarde de verano; los dos habían compartido el crecimiento y la transformación inexorable de las calles, de la fisonomía de las aceras y los edificios, el paso de las modas y los gustos; allí habían comenzado a envejecer hasta que la muerte interrumpió de golpe el caminar sosegado y lógico de su existencia.

—Buenos días.

—Buenos días, Crespo. Hoy hace un día precioso, ¿no se lo parece?

Los dos policías se entretuvieron unos minutos comentando las gentilezas del buen tiempo, la energía que el sol transmitía a las personas tras los días de lluvia.

—Por cierto —dijo el agente—, acabo de hablar con el doctor Ortolá.

—¿Y bien?

—Tenía usted razón. —Crespo sonrió y advirtió en la mirada del viejo inspector una chispa de orgullo—. Santisteban tenía cáncer de páncreas, en un estado muy avanzado, incurable ya.

El inspector asintió en silencio. Tampoco era para alegrarse: cuando una persona decide poner fin a su vida es porque está muy desesperada.

—Cambiando de tema. He pensado que podríamos volver a la urbanización y probar suerte otra vez. Si usted no quiere venir, no se preocupe, se lo diré a Camarasa.

—¿Por qué no iba a querer? —preguntó el inspector extrañado.

Crespo se sonrojó y dudó antes de responder.

—Es su último día de trabajo, señor. A lo mejor hoy le apetece descansar, terminar de recoger sus cosas, despedirse de los compañeros... No sé, simplemente había pensado que al ser el último día...

—¡Por Dios! —exclamó Duarte interrumpiendo las palabras temblorosas de su subordinado—. Mi jornada termina esta tarde. ¡Parece que esté deseando que me marche ya! ¡Venga, vámonos!

Tuvieron suerte. Acababan de estacionar el coche junto a la acera y, antes de que Crespo descendiese y llamase al timbre, un todoterreno azul marino los sobrepasó y se detuvo ante el chalé. El inspector, que esta vez sí había traído su pipa y la tenía entre sus dientes, se incorporó en su asiento para ver con más claridad el vehículo. Ninguno de los dos habló: permanecieron unos segundos expectantes, silenciosos, con los nervios en tensión. Rezaban por que fuera una mujer la que descendiese del coche. Sin duda sus plegarias hicieron efecto: tras parar el motor, se abrió la puerta y una mujer bajó del todoterreno. A juzgar por el cabello blanco y la escasa agilidad de sus movimientos, Duarte juzgó que tendría su edad. Observaron los ademanes lentos de la anciana mientras abría el inmenso maletero del vehículo y comenzaba a descargar el equipaje. Solo entonces los dos policías se apearon y se aproximaron.

—Buenos días, señora —saludó Duarte.

—Hola —dijo ella.

No parecía estar sorprendida de la presencia de dos extraños en aquel lugar y a aquella hora de la mañana. Había sacado dos maletas y una bolsa de deporte de color marrón. Les sonreía y esperaba que los dos hombres continuasen hablando.

—Desearíamos hacerle un par de preguntas —rogó Crespo—. Será solo un momento, de verdad. Prometemos no molestarla mucho.

La mujer permanecía callada, expectante. Sus ojos recorrían las figuras y los rostros de los hombres. Cerró el maletero, sacó las llaves que había guardado en el bolsillo de una rebeca gris y activó el cierre centralizado. Las luces del vehículo parpadearon fugazmente y sonaron los seguros de las puertas.

—¿Por qué? ¿Quiénes son ustedes? —Ahora miraba recelosa a través de sus gafas. Había fruncido el ceño.

Crespo dibujó en sus labios la mejor de sus sonrisas.

—Somos policías, señora. —La mujer dio un respingo—. Serán solo unos minutos. Simple rutina.

—¿Sucedo algo?

Duarte supo que se había puesto nerviosa. También él hubiera actuado de ese modo si dos policías lo hubiesen asaltado en la calle con la pretensión de hacerle preguntas. Quiso calmarla.

—Verá, señora Ibáñez —dijo, y percibió un gesto de sorpresa en la mujer al oír su apellido—. Es muy importante hacerle algunas preguntas.

—¿Cómo saben quién soy? —Miraba alternativamente a uno y otro.

—Hemos hecho algunas averiguaciones... Es usted Consuelo Ibáñez, ¿verdad?

—¿Qué he hecho? ¿Qué ha sucedido?

Duarte hizo un gesto a su compañero y cogieron sendas maletas.

—Será mejor que entremos, señora Ibáñez —sugirió el inspector.

Los dos hombres comenzaron a andar hacia la casa y la anciana los siguió con la bolsa de deporte. Durante el corto trayecto hasta la puerta nadie dijo nada.

—¿Les importa enseñarme sus credenciales?

—Cómo no, está usted en su derecho —respondió Crespo.

Dejaron las maletas junto a la puerta y buscaron sus carteras. Ante la visión de las placas de identificación, la mujer asintió y abrió la puerta.

—Les ruego que me perdonen porque acabo de llegar. —Ahora su voz sonaba más tranquila, como si el frescor que emanaba del interior de la vivienda la hubiera relajado—. Lo cierto es que llevo mucho tiempo fuera... —Hubo unos instantes de duda, como si calculase mentalmente—. Creo que tres meses, o quizás más. Estuve aquí la última semana de agosto y desde entonces ya no había vuelto más. Tendrán que perdonar toda la suciedad. ¡No pueden imaginar ustedes cómo se ensucia una casa cerrada! —Los tres ya estaban dentro. La mujer iba delante abriendo puertas, pulsando interruptores, encendiendo luces—. Dejen ustedes las maletas aquí. —Les indicó un lugar junto a un paragüero, en la entrada—. Muchas gracias. Han sido muy amables ayudándome a entrarlas. Si quieren, pueden pasar al salón. Si no les molesta mucho el polvo, claro. Siéntense, por favor, todos estaremos más cómodos y así podrán explicarme por qué soy tan importante para la policía.

El salón era una estancia amplia y confortable poblada de muebles: media docena de sillas en torno a una mesa; un sofá y dos sillones alrededor de otra mesilla más baja; una pecera que ocupaba casi media pared y donde se podía apreciar la alegre danza de algunos peces dorados, otros rojos y varios con rayas negras; sobre un mueble de madera oscura, un televisor con la pantalla cubierta de polvo. Cuando Duarte y Crespo se sentaron en el sofá, se levantó una polvareda que, durante unos segundos, flotó en el aire y los cubrió. La mujer volvió a pedir disculpas.

—No se preocupe, señora —dijo Crespo—. Lo entendemos perfectamente.

—Si saben ustedes mi nombre, es porque tienen algo importante que decirme, ¿verdad?

La anciana se había sentado en una silla, junto a la pecera. Duarte optó por quitar seriedad al asunto.

—Fue la agencia que le vendió el chalé quien nos facilitó sus datos. Queríamos saber cuántas casas estaban deshabitadas durante los meses de otoño e invierno, principalmente.

—¿La quieren alquilar? —preguntó la mujer, y luego sonrió.

Sin embargo, Duarte permaneció impassible con la vista clavada en los ojos claros de la anciana.

Las ventanas se hallaban cerradas y las cortinas corridas. La luz de la lámpara, la acumulación de muebles y el polvo que los cubría y flotaba en el ambiente creaban en la estancia una sensación agobiante y opresiva.

—Señora Ibáñez —había decidido ir directamente al grano, sin circunloquios innecesarios—, suponemos, o mejor, estamos convencidos de que Mónica Navarro fue asesinada en esta urbanización después de haber estado secuestrada durante casi un mes.

Fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor y el silencio se hubiese desplomado de golpe sobre la estancia. La mujer se removió en la silla y Duarte advirtió un brillo de nerviosismo en sus ojos.

—¿Mónica Navarro?

—Sí, la muchacha que fue secuestrada. Imagino que habrá oído hablar de ella, ¿verdad?

—Sí, sí, claro. En la televisión, en los periódicos... Pobrecita. La encontraron hace unos días, ¿verdad? Pobrecita —repitió.

—En sus uñas tenía restos de tierra —ahora fue Crespo quien tomó la palabra—. De una tierra que, según los informes del laboratorio, solo se encuentra en esta parte de la ciudad. Es más, estamos convencidos de que la muchacha permaneció oculta en una de las casas de esta urbanización.

—¿Y vienen ustedes a mi casa? —Consuelo Ibáñez se alteraba conforme iba hablando—. ¿Creen que estuvo secuestrada aquí? ¿De todos los chalés de la urbanización, precisamente en el mío? ¿Por qué?!

El inspector carraspeó antes de tomar la palabra.

—No estamos acusándola de nada. Simplemente estamos informándola de ciertos datos relativos a la investigación. Además, le recuerdo que ha sido usted misma la que nos ha invitado a entrar. No teníamos intención de registrar su casa...

—No encontrarán nada —interrumpió la señora Ibáñez. De un salto se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia de un lado a otro.

Los dos hombres cruzaron miradas de complicidad. Era lógico que una persona se pusiera nerviosa ante la presencia y las preguntas de la policía, pero quizás no tan nerviosa...

—¿Creen ustedes que una mujer de mi edad, con mis achaques, con mi salud..., creen que yo puedo secuestrar a una muchacha y luego matarla? ¿Es eso lo que están diciendo? ¿Me acusan de matarla? ¿Qué clase de monstruo piensan que soy? ¿Acaso me creen capaz de cometer una barbaridad así, de matar a una niña a la que no conozco de nada?

El inspector Duarte se puso en pie lentamente y, con una mirada de complicidad, obligó a Crespo a hacer lo mismo.

DESAFÍO AL LECTOR

Querido lector:

*Tienes una nueva oportunidad para demostrar que eres tan listo
como el inspector Duarte (o más).*

*En este punto de la narración
dispones de los elementos y los datos indispensables
para resolver el secuestro y asesinato de la joven Mónica.*

—Señora Ibáñez —dijo el inspector en un tono de voz que pretendía ser amistoso—, le repito que no tenemos intención de acusarla de nada. Le ruego que, por favor, se tranquilice. Estamos aquí para hacerle preguntas; pero no solo a usted, sino también a todos sus vecinos —mintió Duarte—. Casualmente ha llegado al mismo tiempo que nosotros y hemos decidido comenzar por usted.

Consuelo Ibáñez pareció tranquilizarse tras escuchar aquellas palabras. Seguía de pie, pero al menos ya no caminaba nerviosamente de un lado a otro.

—Solo le haremos unas preguntas muy cortas y muy simples, y luego continuaremos con nuestro trabajo. Tenemos que interrogar a todos los que viven en esta calle, aunque no podemos entretenernos mucho.

—Bien, lo siento, señor policía, pero me he puesto nerviosa. Lo siento...

—¿Ha visto algo fuera de lo normal durante los últimos días? —preguntó el agente Crespo—. ¿O quizás ha escuchado algún sonido «extraño»? Sabrá que a la joven la mataron de un disparo.

—No. No sé... Ya les he dicho que acabo de llegar, que no había estado aquí desde finales de agosto. —Al comprender que ninguno de los dos policías la iba a interrumpir, la mujer continuó—. He sabido lo del secuestro por los periódicos, la radio, la televisión... —Señaló el aparato completamente cubierto de polvo—. No puedo decirles nada más porque no he estado aquí.

—Es suficiente —zanjó el inspector—. ¿Esta casa tiene un sótano?

—Sí. Mi hijo lo utiliza para sus cosas. Es muy manitas, ¿saben?, le gusta mucho la carpintería. ¿Han visto la valla de madera que rodea el jardín? Pues la hizo él.

—¿Nos permite echarle un vistazo, señora Ibáñez?

La aludida dudó. No estando su hijo, no se atrevía a dejarlos entrar. Luego calló, como si hubiese recordado alguna cosa importante.

—¿Tienen una orden de registro? —preguntó azorada.

Crespo sonrió y negó con la cabeza. Entonces tendrían que esperar a que llegase su hijo. Ella tampoco bajaba mucho, porque Luis, su hijo, se molestaba si le tocaban sus cosas.

—¿Vendrá hoy? —preguntó el inspector.

—No creo. Vivimos en Toledo, ¿sabe? Yo me he venido antes porque quería limpiar un poco la casa. Él está trabajando y vendrá mañana por la mañana, o esta noche, pero muy tarde. ¿Quieren ustedes volver mañana? Seguro que él no pondrá ningún inconveniente en enseñarles sus cosas. Yo no me atrevo a hacerlo porque lo conozco y sé que es muy reservado, que no le gusta que la gente desordene sus herramientas.

Crespo estaba un poco cansado y cambiaba de postura con frecuencia para no cargar el peso siempre sobre la misma pierna. No comprendía adónde quería llegar el inspector. Era evidente que nadie había habitado la casa durante mucho tiempo. Iba a darle un codazo disimuladamente para indicarle la salida, cuando las palabras de Duarte lo sorprendieron.

—Está mintiendo, señora —dijo el inspector; pero la acusación sonó neutra, sin aspavientos ni estridencias: eso fue lo que más asombró a Crespo—. La muchacha secuestrada estuvo aquí, en esta casa... Quizás en ese sótano que tanto se resiste a mostrarnos.

La mujer palideció. Crespo percibió cómo, súbitamente, los ojos de la anciana se llenaban de lágrimas. Miró entonces al inspector y sintió que la rabia y el odio que este había estado intentando ahogar bajo el humo de su pipa afloraban ahora de golpe, aunque de un modo lento y sosegado, como se desparrama y se vierte el agua de una fuente al llenarse el pilón. Comprendió que la presencia del viejo policía —erguido, con las manos en los bolsillos de su gabardina, con la mirada fija en el rostro asustado de la mujer, con la pipa apagada balanceándose en el cuenco de su mano— se convertiría en un sueño o una pesadilla que cada noche fustigaría a la anciana cuando cerrase los ojos.

—Inspector... —comenzó a decir el agente, pero no supo continuar porque inmediatamente la voz del viejo Duarte se alzó sobre la suya y lo obligó a callarse.

—La llegada con el coche hace unos minutos era un modo de evitar sospechas. Nos ha mentado, señora Ibáñez. Si esta casa ha estado cerrada durante tres meses, ¿cómo es posible que los peces estén todavía vivos sin nadie que los alimentase? ¿Cómo es posible que el agua de la pecera esté completamente limpia? Tan limpia y cristalina que podemos apreciar, incluso, el color de los peces. Usted miente, señora mía.

Y entonces, ante el asombro de Crespo y la mirada afilada del inspector, la mujer no dijo nada y rompió a llorar.

El inspector Duarte redactaba lenta y detalladamente el informe sobre la detención de Consuelo Ibáñez. Unas horas antes, la imagen de la mujer —derrotada, con las mejillas pálidas surcadas por regueros de lágrimas, con el rostro desencajado— entrando a la comisaría custodiada por los dos policías había llenado de asombro a todos los que la habían contemplado. El comisario Ordóñez salía entonces de su despacho y se quedó boquiabierto en medio del pasillo con la mano todavía en el pomo de la puerta, convertido en una estatua de sal por haber incumplido un mandato divino.

Mientras escribía, recordó el silencio que se produjo en la amplia sala cuando los tres aparecieron por la puerta: los murmullos callaron de golpe y el tecleo de los ordenadores cesó instantáneamente. No era para menos, porque no resultaba muy normal que la abuelita de Caperucita Roja apareciese vigilada por dos perros de presa como Crespo y Duarte, y además reglamentariamente esposada. Ahora estaban interrogándola —una tarea que al viejo inspector nunca le había gustado y que, por ser su última tarde en la comisaría, había preferido evitar—; así que esperaba que en breve la mujer aportase los datos que permitirían cerrar definitivamente la investigación. La investigación, sí; pero no el recuerdo ni la herida.

Concluyó la redacción del informe y salió al pasillo. Se cruzó con un agente que venía de los aseos y se atacaba los faldones de la camisa.

—Oiga, muchacho —lo llamó, y el aludido se puso colorado como si lo hubieran cogido cometiendo una travesura—. ¿Podría hacerme un favor, agente?

Asintió sin decir palabra. Conocía a aquel hombre y muchas veces había oído hablar de sus éxitos.

—Como estoy seguro de que pasará por delante del despacho del comisario, ¿sería tan amable de entregarle estos papeles? —Le tendió el informe y el otro lo tomó. Asentía constantemente, pero no hablaba. Duarte conoció en el rostro de su mudo interlocutor el signo inequívoco del respeto y, quizás, también del temor—.

Muchas gracias, joven.

—Lo haré, señor —balbuceó, y se alejó rápidamente.

Cuando quince minutos después el comisario Ordóñez entró en el despacho, Duarte había empezado a llenar ya la segunda caja con fotografías y alguna que otra placa conmemorativa.

—Le devuelvo su informe, Duarte —dijo el comisario agitando los papeles y dejándolos sobre el escritorio—. Un trabajo excelente, sí, señor. He de felicitarle... Hace unos minutos que he hablado por teléfono con el señor alcalde y me ha dicho que le comunique cuánto le debe esta ciudad, que le dé las gracias por su trabajo.

El inspector sonrió. Sabía cuándo las personas mentían y ahora su jefe lo estaba haciendo. No le cabía en la cabeza que el alcalde hubiera llamado expresamente para felicitarlo. Conocía demasiado bien a los políticos como para saber que nunca hacían nada de lo que no pudiesen extraer beneficios. Imaginó que habría sido el propio comisario quien se habría inventado el agradecimiento del alcalde. Le daba igual: dentro de unas horas dejaría su placa en el despacho del comisario, guardaría en la pistola en la armería y se convertiría en un hombre libre, sin horario, sin obligaciones. Un hombre anciano, pero libre.

—Será mejor que el informe que ha redactado a mano lo pase a ordenador antes de archivarlo —sugirió el comisario.

Recordó Duarte que su superior había insistido en ello muchas veces, ¿cómo había podido olvidarlo? Sabía la respuesta: tenía ya la cabeza en otro sitio, estaba deseando que fueran las ocho de la tarde para despedirse de todos.

—Ha sido un error, comisario. No se preocupe, ahora mismo lo paso al ordenador —se excusó.

—No, no, tranquilo, Duarte. No hay prisa. Por hoy ya está bien. Continúe usted recogiendo sus cosas y, si necesita ayuda, no tiene más que pedírmelo. Después, Crespo, cuando venga, podrá escribirlo en un santiamén.

El agente siempre cargaba con el trabajo más desagradable.

—Por cierto, ¿dónde está? —preguntó Ordóñez.

El inspector se encogió de hombros. No lo sabía. Tal vez estuviera en la sala de interrogatorios, pero no podía asegurarlo. Cuando el comisario salía, Crespo irrumpió en la habitación.

—Buenos días, comisario. Hola, inspector.

Crespo venía jadeante y por la expresión de su rostro —que tan bien conocía Duarte— resultaba evidente que era portador de nuevas noticias.

—Hemos interrogado a la mujer. La verdad es que tampoco ha sido necesario apretarla mucho: se ha derrumbado enseguida y ha confesado.

—¿Ella la secuestró y la mató?! —exclamó el comisario. Estaba alegre, pero también sorprendido al recordar el rostro angelical de la anciana.

—Ya saben que tiene un hijo. Lo hicieron entre los dos.

—¿Y les ha dicho por qué? —quiso saber Duarte.

—Según sus palabras, quería que Navarro supiera qué significa perder a un ser querido, quería que experimentara el dolor y la angustia ante un hecho tan cruel.

Por un momento nadie dijo nada. A lo largo de sus vidas, los tres hombres habían escuchado testimonios de asesinos que tenían menos motivos para cometer un crimen.

—¿Cree usted que está arrepentida? —quiso saber el comisario Ordóñez.

El inspector había reanudado su tarea e iba llenando una caja de cartón con fotografías y con unas carpetas de documentos. Crespo tardó en responder.

—La verdad es que no lo sé, señor comisario. A mí no me lo parece, pero ella tampoco ha dicho nada que no imagináramos ya: cuando secuestraron a la muchacha la llevaron a la casa. La tenían oculta en el sótano y cada cuatro días la subían a la vivienda para que se duchase.

—¿Y el dinero? —inquirió Duarte.

—Eso es lo más extraño. Asegura que nunca pidieron ningún rescate, que tenían pensado matarla desde el primer momento, que no era el dinero lo que iban buscando. Su hijo la ayudó. Hace unas semanas, una noche, se cercioraron de que los vecinos o estaban durmiendo ya o no estaban. Entonces la sacaron al jardín. Fue el hijo quien apretó el gatillo y arrojó el cadáver al vertedero municipal.

—¿Y por qué no la mataron el mismo día que la secuestraron? Incluso podían haberla asesinado en el polígono —preguntó el comisario.

—Según la mujer, su intención era hacer sufrir al señor Navarro, que se obsesionase con la ausencia de su hija, que no pudiera dormir ni vivir esperando todos los días una llamada que nunca iba a llegar... Personalmente creo que la mujer disfrutó con ello, a pesar de su aspecto de abuelita encantadora y dulce. Quizás ella no apretó el gatillo, pero lo tramó todo, se regodeó acrecentando el sufrimiento de la muchacha y de sus padres.

—Un lobo con piel de cordero —puntualizó Duarte—. ¿Se sabe ya algo del hijo?

—Nada. Estamos buscándolo y hemos alertado a todas las patrullas. También hemos dado aviso a los aeropuertos y a las estaciones de tren. Las carreteras están vigiladas. Quizás tardemos dos o tres días en cogerlo, pero terminaremos echándole el lazo, seguro.

Crespo apuró su cerveza sin alcohol y dejó el vaso vacío junto al plato de ensalada. Duarte bebió un pequeño sorbo de su vaso de vino.

—¿Le he dicho ya que le voy a echar mucho de menos, inspector?

El Restaurante Armando estaba abarrotado. Habían encontrado mesa de pura chiripa. Ahora estaban ya en el segundo plato —unas chuletillas de cordero con patatas y un huevo frito— y apenas habían intercambiado cinco o seis palabras.

Ante el mutismo del inspector, Crespo repitió la pregunta. Esta vez Duarte se encogió de hombros antes de hablar.

—Sé que quiere usted que me emocione, imagino que desea convertir este momento, esta última comida juntos, esta despedida, en un recuerdo entrañable e inolvidable. No se canse, amigo Crespo: nunca habrá palabras suficientes para poder expresar cuánto lo voy a echar de menos.

No habló más, porque sintió cómo la comida que ya había ingerido se iba convirtiendo en una bola enorme que luchaba por salir al exterior. Tal vez, de continuar hablando, las lágrimas se desbordarían, así que calló, bebió un nuevo trago de vino y siguió comiendo, masticando cada bocado lentamente, acompasando la respiración a un ritmo que pudiera tranquilizarlo y sosegarlo.

Media hora después pidieron la cuenta y el inspector no consintió que Crespo pagara su menú.

—Lo invito yo, Crespo. Nunca me ha dejado, pero hoy no me lo va a negar.

—¡Inspector, inspector, salga, pronto, tenemos un problema!

Cuando Crespo irrumpió en el despacho, eran más de las siete. Duarte estaba ya terminando de llenar la última caja con el contenido de los cajones de su escritorio: caramelos de café, bolsas de tabaco de pipa, un puñado de escobillones y raspadores, bolígrafos, clics, una petaca vacía, cajas de grapas y una grapadora, recortes de cartulina que servían de puntos de lectura, un fragmento de hilo de alambre que no sabía muy bien para qué podría servirle ni por qué lo había conservado, ni siquiera recordaba cómo había ido a parar allí. Los cajones eran un almacén minúsculo donde el inspector había amontonado un sinfín de objetos cuyo origen había terminado por olvidar.

—¿Qué ocurre?

Pero ni Crespo pudo responder ni el inspector tuvo tiempo de salir al pasillo. La mujer entró en el despacho como un torbellino.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Necesito ayuda! ¡Ya, urgentemente! —Hablabla entre jadeos, pero su voz sonaba clara—. ¡Por favor, tienen que venir! —Dio media vuelta y salió de nuevo al pasillo.

—¿Dónde hay que ir, señorita? —preguntó Crespo y, sin esperar respuesta, corrió en pos de la mujer.

Los dos policías y la mujer caminaban a paso rápido por el pasillo. Duarte no podía seguirlos y, al mismo tiempo, ponerse su gabardina. ¿No iba a tener ni un minuto de descanso? Para ser el último día de trabajo, iba a aprovecharlo hasta el último segundo. Tampoco tenía motivos para extrañarse porque toda la semana había sido una auténtica locura: el descubrimiento del cadáver de Mónica Navarro; las mentiras de Reinosa al pretender acusar a su secretario de un crimen que nunca había cometido; la extraña muerte del señor Santisteban que había resultado ser un triste suicidio; la detención de la mujer... ¡Menuda semanita! Y para terminar: ¡la guinda del pastel! A saber qué le pasaba a aquella muchacha que hablaba como una loca, movía los brazos sin parar y daba unas zancadas que nadie podía seguir. No debía de tratarse de nada bueno. Faltaba menos de una hora para concluir su jornada, para terminar una vida laboral que duraba casi cuarenta años... Ya lo decían los aficionados taurinos: «Hasta el rabo, todo es toro».

Crespo y la joven caminaban unos metros delante de él, así que el inspector solo alcanzaba a escuchar retazos sueltos de las palabras de la mujer. En otra ocasión esa sensación de impotencia lo hubiera irritado; sin embargo, había tenido la previsión de guardar su pipa y una bolsa de tabaco en uno de los bolsillos de la gabardina.

La muchacha era muy bonita, y su cuerpo delgado y atlético todavía resultaba más atractivo bajo un llamativo vestido estampado, de colores primaverales, con el vuelo por debajo de las rodillas. Al caminar se balanceaba ostensiblemente y sus zapatos de medio tacón, de un rojo reluciente, acompañaban su ritmo. Crespo había sacado su móvil del bolsillo y hablaba sin detenerse. Preguntó algo a la muchacha y, cuando esta le respondió, él reanudó su conversación a través del teléfono.

Tan pronto como cruzó el vano de la puerta de la comisaría, la pareja se detuvo de golpe y el viejo inspector —que había estado al mismo tiempo observando a la mujer, poniéndose su gabardina e intentando retener fragmentos inconexos de la conversación— a punto estuvo de embestirlos.

—¿A usted qué le parece, inspector? —preguntó Crespo volviendo el rostro para mirarlo.

Al fin se había puesto la gabardina.

—No sé, no sé de qué me habla, Crespo —balbuceó mientras miraba a la joven—. No he podido escuchar nada de lo que usted decía, señorita. Lo siento.

Hubo unos instantes de silencio y la mujer empezó a golpear rápidamente con la punta del zapato contra el suelo, impaciente. Exteriorizaba su fastidio porque ahora tendría que contarle todo de nuevo. Crespo callaba y el inspector apreció en la mirada del agente la chispa del deseo y, quizás, del enamoramiento. Lo cierto es que la mujer era guapa y atractiva; no había nada que reprochar a Crespo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el agente.

Duarte se encogió de hombros. Él únicamente quería que alguien le explicase qué estaba ocurriendo, que le dijese cuál era el motivo de tanta prisa.

—Tengo el coche aquí —dijo Crespo, y señaló la hilera de vehículos estacionados junto a la acera—. Será mejor que subamos.

—Sí, rápido. ¡Hay que irse ya! —exclamó la joven aliviada. Era evidente que prefería la acción a las palabras.

Los tres descendieron las escaleras hasta la calzada y, con Crespo a la cabeza, caminaron hacia el coche. El inspector seguía con dificultad las zancadas de los otros dos.

—¿Voy a saber ya qué es lo que ocurre?

Crespo giró el cuello, pero no se detuvo ni aminoró su ritmo.

—En el coche, inspector. En el coche se lo contará todo.

La mujer se sentó detrás y, de cuando en cuando, se inclinaba hacia delante por entre los dos asientos. Se valía de la mano para indicarles el camino.

—¡Esto es una locura! ¡Jamás pensé que pudiera tardar tanto tiempo en llegar! —Hizo una pausa y luego su voz sonó con un tono más serio—. ¡Espero que lleguemos a tiempo!

—La ambulancia ya está avisada. Va de camino —indicó Crespo.

Se llamaba Nieves Luna y era enfermera. Lo cierto es que todavía estudiaba el último curso, pero desde hacía unos meses la habían contratado para atender y cuidar a don Juan Jacobo Cascales.

—¿El coleccionista de arte? —preguntó el inspector.

—Sí, el mismo. Vive a las afueras de la ciudad, más allá del barrio del Arrabal. Es una casa de campo muy grande... y muy solitaria.

Crespo nunca había escuchado aquel nombre. El viejo inspector sonrió: ya no se asombraba de la ignorancia manifiesta de los jóvenes.

J. J. Cascales —pues ese era el nombre con el que firmaba siempre sus artículos y ensayos— era uno de los más destacados estudiosos y coleccionistas de arte del país. Durante más de cincuenta años sus prestigiosas críticas habían servido para encumbrar o hundir a pintores y escultores.

—¿Estaba muy enfermo el señor Cascales? —inquirió el inspector.

Nieves titubeó antes de hablar:

—Sinceramente, le diré que no. Lo que sucede es que se trata de una persona muy mayor, claro. Tiene ochenta y dos años, creo... Él es muy presumido y nunca me ha dicho su verdadera edad, pero se lo pregunté una vez al señor Sanchis, su secretario. Me dijo que no lo sabía con exactitud, pero que fácilmente podría tener ochenta y dos. El señor Cascales padece de los achaques propios de su edad, ni más ni menos.

El inspector Duarte bajó la ventanilla y el ruido de la calle penetró en el vehículo. Al dejar la comisaría habían subido hacia la avenida del Mar, pero el tráfico era tan denso que ni siquiera las luces y el estruendo de la sirena los habían ayudado a avanzar mucho.

—Es soltero —continuó la enfermera—. Un solterón de ochenta y tantos años de edad es, créanme, como un niño caprichoso que siempre quiere salirse con la suya.

Crespo se esforzaba por evitar los vehículos detenidos ante los semáforos en rojo, por esquivar las filas de coches que menudeaban en una circulación lenta y próxima al atasco. Así que, tan pronto como les fue posible, dejaron la avenida y enfilaron por una calle lateral sin semáforos ni apenas tráfico. Las luces de la sirena se reflejaban ahora en los escaparates de las tiendas y los destellos rojos rasgaban la noche. Curiosos, los viandantes se detenían en las aceras y observaban el paso del coche patrulla.

Conforme la enfermera fue desgranando su relato, la figura de J. J. Cascales apareció como la de un hombre individualista e independiente, pero también ególatra y obcecado, a ser caprichoso cubierto por un sinfín de manías.

—Hace unos meses los médicos le diagnosticaron un problema de corazón. Imagínense, ¡a su edad! No era nada extraño y, de hecho, no es nada grave: una pequeña insuficiencia en una válvula que, por otra parte, no le impide llevar una vida cómoda. La escasa gravedad y la edad del paciente aconsejaron rechazar la operación. Entonces se puso muy nervioso y contrató los servicios de la Clínica Francés, y ellos me buscaron a mí.

Nieves Luna fue testigo de las excentricidades del anciano: se recluyó en su casa, limitó el número de visitas, aferró su vida diaria a un horario que cumplir a rajatabla.

—Apenas salía. Todas las mañanas paseaba una hora por el jardín dando vueltas a la casa. Yo tenía que ir siempre a su lado. Hizo instalar en la escalera un artilugio que le servía para subirlas. Es como una especie de silla acoplada a la barandilla.

—Sí, he visto alguna —confirmó Crespo.

A Duarte le vino a la cabeza una vieja película, *Testigo de cargo*, donde el orondo y sarcástico Laughton empleaba uno de aquellos artefactos.

La muchacha continuaba con su relato. El señor Cascales había dedicado toda su vida al arte: adquiriendo cuadros y esculturas, llegando a conformar una colección que nada tenía que envidiar a la de los mejores museos nacionales; comerciando con obras de arte tan valiosas como espléndidas; viajando alrededor de todo el mundo y visitando los museos y las galerías de arte más famosas; asistiendo a cursos en todas las universidades europeas y americanas... Costaba imaginarlo recluido en su hogar, asustado ante el futuro inexorable. La muerte no le daba miedo; lo que lo atormentaba hasta la obsesión era la posibilidad de dejar de contemplar la belleza de sus cuadros, la evidencia de que no iba a vivir eternamente.

—¿Puede imaginar que en el siglo XXI haya alguien que no tenga teléfono en su casa?

Crespo miró sorprendido a la mujer y a punto estuvo de llevarse por delante el espejo de un vehículo aparcado. El inspector lo recriminó con una mirada severa.

J. J. Cascales carecía de teléfono y prefería realizar todas sus comunicaciones a través de cartas.

—Yo creo que era un hombre tan orgulloso que disfrutaba recibiendo decenas de visitas en su casa.

¿Era? El inspector se puso tenso. Todavía desconocía la razón de aquel viaje tan precipitado, pero las palabras de la muchacha no auguraban nada bueno: el relato bien podía ser el preludio de una sinfonía mortal.

—Todos los días había gente en su casa: su secretario, clientes, vendedores o compradores, algún que otro pintor o artista. Había confeccionado un horario de visitas. Las atendía y recibía personalmente en su despacho. Imagino que de ese modo se sentía como una especie de dios todopoderoso que dispusiera de las personas a su antojo.

A Duarte le resultó fácil imaginar la escena: el crítico sentado tras su escritorio, sin levantarse de su cómoda butaca, sin sonreír, ataviado con un fino batín de seda, atendiendo a las visitas inoportunas displicentemente y con un gesto de fastidio y resignación, a los pintores que llegaban mendigando una crítica positiva o, al menos, una reseña que no hundiese definitivamente sus carreras, a los tratantes de arte y a los anticuarios, a los dueños de galerías, al secretario que copiaba sin descanso decenas de cartas largas y enrevesadas. El inspector tenía mucha imaginación.

Habían abandonado las calles más transitadas de la ciudad. Nieves indicaba la dirección en cada cruce. La distancia entre las farolas era cada vez mayor. De repente, la calle por la que circulaban desembocó en un erial sin ninguna iluminación. Los dos policías dieron un respingo y Crespo frenó de golpe.

—¿Y ahora? —El agente miraba intentando traspasar la oscuridad que agrietaba los faros del coche—. Nos hemos perdido, señorita.

—No, no se preocupe. Siga hacia la derecha y un poco más adelante encontrará un camino de tierra a mano izquierda. Es por ahí.

El inspector aguardaba aún pacientemente a que la muchacha revelase el motivo que la había llevado hasta la comisaría.

Un poco más adelante, recortadas por los faros del coche, que se balanceaba en cada bache del camino, el inspector columbró las siluetas de algunos árboles altos y tupidos.

—Perdone que la interrumpa, señorita Luna —dijo—. No tengo muy claro por qué estamos aquí.

Aunque no la veía, Duarte percibió un gesto de asombro en la mujer, un estremecimiento que igual podía ser de incredulidad o de fastidio.

—Pero, inspector —intervino Crespo—, ¿no se ha enterado de nada?

—¡Por Dios, Crespo! —exclamó Duarte. Estaba irritado. Eran casi las ocho y ya debía estar camino de casa, de su retiro; sin embargo, allí estaba, encerrado en un coche, sacudido por los baches del camino, rodeado de oscuridad en medio de ninguna parte, ignorante de todo, sintiéndose como el último mono, el invitado de piedra en una fiesta cuya razón desconocía por completo—. ¡No me fastidie! ¿Cómo quiere que sepa nada? Caminaban ustedes tan rápido que era imposible escuchar lo que decían.

—Un accidente... o algo así. —La voz de la enfermera sonó ahora más seria, tamizada por la tristeza. El inspector también percibió el tono de indulgencia con el que se suele recriminar a los niños tras una travesura inofensiva. Las palabras de la joven daban a entender que no quería seguir contando la historia, que si lo hacía era únicamente por el viejo policía.

El polvo del camino entraba por la ventanilla y el inspector, ante la posibilidad de comenzar a toser, se apresuró a subir el cristal. El sonido de la ciudad, ya lejano, terminó por desaparecer por completo.

—Desde que supo de su enfermedad, el señor Cascales tomó la costumbre de cenar muy pronto. Esta tarde, después de la cena, salió a la terraza. —La voz comenzó a temblar y a dudar—. Cuando la temperatura era buena, como hoy, le gustaba leer un poco antes de acostarse. Lo dejé sentado en su mecedora con una manta

sobre las piernas y entré a prepararle las medicinas. No, no vayan a pensar que son muchas y que requieren un cuidado especial. Únicamente tengo que ir al cuarto de baño, coger las pastillas, alguna cápsula, llenar un vaso de agua. Eso es todo. Como ven, no tengo muchas obligaciones. Estaba allí, en el aseo, cuando escuché un ruido. —Hubo una pausa. El coche había entrado en una zona de arbolado. El camino seguía siendo de tierra, aunque ahora el firme era más seguro y apenas había baches—. Era el libro, que se le había caído. Supuse que se había quedado dormido.

Como la mujer había callado, el inspector se vio en la obligación de continuar.

—Y lo encontró muerto, sentado en su mecedora. Le había fallado el corazón, claro.

Crespo lo miró extrañado, como si Duarte acabase de aterrizar en un platillo volante después de un viaje de no sé cuántos años luz.

—No —dijo la enfermera y sonrió indulgente—. Cuando salí, el señor no estaba. No había nadie en la mecedora. El libro estaba en el suelo y, junto a él, la manta echa un ovillo. Pero él no estaba. Verán, la terraza da a un patio interior, un pequeño claustro con un viejo pozo en el centro. Estaba segura de que no había abandonado la terraza, porque me hubiera cruzado con él cuando volvía del cuarto de baño.

En ese momento el coche se detuvo y la mujer rompió a llorar. Los faros alumbraron la fachada de una casa de dos plantas rodeada por varios árboles y una pequeña franja de césped. Crespo paró el motor y se giró para observar mejor a la joven, pero esta tenía la cabeza agachada y sollozaba.

—Si usted quiere, señorita, puede esperar en el coche. El inspector y yo entraremos en la casa...

Negó ostensiblemente con la cabeza.

—No, nada de eso. Iré con ustedes. Soy enfermera... He de acostumbrarme a cosas así, ¿no le parece?

Los tres descendieron del vehículo. La puerta principal estaba alumbrada por dos faroles que colgaban de la pared.

—Entonces me acerqué a la barandilla de la terraza y miré... El señor Cascales estaba abajo, junto al pozo.

—¿Muerto?

—No lo sé. Lo cierto es que no tuve el valor suficiente para bajar y comprobarlo. Había caído desde la terraza. Tenía más de ochenta años... ¡y son casi seis metros de altura! No sé qué pudo pasar. —Miró a los dos policías esperando una ayuda, algún gesto de comprensión, pero nadie dijo nada. El inspector extrajo lentamente la pipa y la puso entre sus labios—. No pudo ser un accidente, un tropiezo; no. No pudo ser porque estaba leyendo en la mecedora. Además, yo escuché el golpe del libro al caer.

—¿Está segura de que era el libro lo que usted escuchó? —inquirió el inspector mientras palpaba sus bolsillos en busca de las cerillas—. Quizás fue el cuerpo del señor cuando se precipitó desde la terraza...

La mujer ocultó el rostro entre las manos e inició un lloro tenue con sollozos casi inaudibles.

—¿Cómo iba a caerse si lo dejé sentado en la mecedora leyendo? —Su voz salía tamizada por las lágrimas y las manos que le cubrían el rostro—. Desde la mecedora hasta la barandilla hay, al menos, cuatro o cinco metros. No pudo ser un accidente, ¿verdad? —Y alzó unos ojos acuosos y enrojecidos que buscaban una confirmación.

Crespo se la dio.

—No hay duda de que, según usted lo cuenta, fue un suicidio.

—Cuando vi su cuerpo en el suelo, con los brazos abiertos formando una cruz, ¡no pude resistirlo y salí corriendo! Nunca pensé que la comisaría estuviera tan lejos.

El inspector prendió una cerilla y encendió la pipa. La humareda espesa con aroma a *bourbon* cubrió su rostro afable. Decenas de preguntas se agolpaban en la mente del anciano policía.

—Crespo, llame usted a la comisaría y que envíen un par de agentes. Y también al forense y a un juez para que levante el cadáver. Luego tendrán que venir los muchachos de la Científica para acordonar y estudiar el lugar del crimen.

El agente sacó el móvil y se alejó unos pasos del coche.

—¿No entramos ahora, inspector? A lo mejor aún podemos llegar a tiempo —sugirió.

Duarte no respondió. Lanzó el humo tras una intensa chupada, miró fijamente a la muchacha y preguntó:

—¿Cuánto calcula usted que puede haber tardado en llegar a la comisaría, señorita?

La aludida permaneció apoyada contra el coche. Alzó el rostro y suspiró.

—No lo sé... ¿Veinte minutos? No lo sé porque no sé a qué hora salí de la casa..., y tampoco sé cuándo llegué a la comisaría. Fui tan rápido como pude, pero no estaba preparada para correr.

Y señaló sus bonitos zapatos rojos que brillaban bajo las luces del coche.

Crespo se guardó el teléfono y comenzó a caminar hacia la casa, pero al ver que ni el inspector ni la enfermera lo seguían, se detuvo. A lo lejos se escuchó la sirena de la ambulancia.

—Son casi las ocho, amigo Crespo —comenzó el inspector—. Ya he terminado por hoy... y por siempre. Tan pronto como llegue el primer coche patrulla, me iré a casa.

El agente Crespo se había quedado boquiabierto. Dudaba entre continuar y entrar en la casa o regresar junto al coche y permanecer al lado del inspector y de la guapa enfermera. Las palabras de su superior lo habían cogido con la guardia baja. No entendía aquella reacción tan poco habitual en un hombre tan profesional y recto como el inspector.

—Antes de que entre en la casa y se acerque al cadáver del señor Cascales, le aconsejo que venga aquí y se quede junto a la señorita Luna. —Miró fijamente a la muchacha mientras daba largas chupadas a la pipa y el humo iba envolviendo su rostro—. Ignoro exactamente qué encontraremos en la casa, pero puedo asegurarle que es usted, señorita, una de las mayores mentirosas con que me he topado en todos mis años de policía.

El silencio lo cubrió todo por unos segundos, incluso los grillos enmudecieron de golpe. Crespo se acercó lentamente hasta colocarse junto a la muchacha; miraba alternativamente al inspector y a la enfermera y no sabía muy bien qué hacer.

—Pero, inspector... —comenzó el agente—. ¿Qué dice usted?

Entonces la joven explotó y comenzó a gritar moviendo los brazos como las aspas de un molino.

—¿Qué tonterías son esas? ¡Me ha llamado mentirosa! ¿Por qué, qué mentira he dicho y o y cuándo? ¡Loco, usted está loco!

—No, señorita. Viejo, sí; pero no loco.

DESAFÍO AL LECTOR

Querido lector:

Como puedes ver, no hay manera de que el inspector Duarte consiga jubilarse. Los casos y los misterios se le acumulan; pero él puede con todo, ¿verdad? Se te presenta otra oportunidad para probar tus dotes detectivescas y, sobre todo, para demostrar que eres un lector atento. En este punto de la narración dispones de los elementos y los datos indispensables para confirmar la tajante afirmación del inspector Duarte. ¿Por qué la hermosa Nieves Luna es una mentirosa?

Tan pronto como llegó el primer coche patrulla, el inspector pidió a uno de los policías que lo llevara de vuelta a la comisaría. Desde allí fue caminando hacia su casa.

Pepe Verdú todavía tenía abierta la barbería y se despidió de él. Le prometió que cuando volviese a la ciudad iría a verlo, pero no pudo asegurarle que acudiría cada mes a la barbería para que le cortase el pelo. Cuando dejó el establecimiento, tuvo que amordazar los nervios y las lágrimas para no comenzar a llorar; sin embargo, su amigo Pepe no pudo contenerse y ambos terminaron fundidos en un abrazo.

Llegó muy cansado a casa y además había olvidado avisar a doña Concha de que le preparase algo para cenar. Así que se conformó con un poco de pan tostado y algo de fiambre. Tenía un par de yogures que debía consumir porque no podía dejarlos en el frigorífico cuando se marchase. Tomó uno y dejó el otro para el desayuno del día siguiente.

Abrió tres maletas sobre la cama y las fue llenando lentamente con toda su ropa, salvo la que había pensado ponerse por la mañana. Cuando el armario estuvo vacío y las maletas llenas, se dio cuenta de que aún iba vestido. Así que se desnudó, guardó la ropa en un rincón de una maleta que aún no había cerrado y se puso el pijama.

¿Qué leería esa noche? Había guardado más de la mitad de sus novelas en las cajas de madera, conque tendría que elegir entre las que le quedaban. Recorrió lentamente las estanterías: Eden Phillpots, Stuart Palmer, Anne Perry... No terminaban de convencerle. Matthew Pearl, Pentecost. ¡Sí! Hugh Pentecost no era tan lento como Palmer ni tan puntilloso como la Perry. Desde luego, era mucho mejor que Pearl y sus misterios decimonónicos. Además, ¿cómo podía nadie resistirse a una novela titulada *El canibal que comió demasiado*? No era mala elección para concluir el día, la semana y toda una vida dedicada a buscar soluciones.

—¿Quién podía odiarle a usted lo suficiente como para pagar diez mil dólares para que lo asesinasen? —preguntó Hardy.

La sonrisa de Moon era distante.

—Cientos de personas, teniente. No exagero: cientos.

—No es cosa de risa, caballero —dijo Hardy.

—Depende del lado desde donde lo mire, teniente.

Por suerte, allí estaba mister Pierre Chambrun, el regente del Hotel Beaumont de Nueva York, para poner cada cosa en su sitio y solventar los misterios más enrevesados.

SÁBADO

Como había olvidado desconectar el despertador, el estruendo lo sorprendió a la misma hora de todos los días. Abrió los ojos y durante unos segundos intentó adentrarse en la oscuridad que cubría el dormitorio. Sonreía mientras sopesaba entre salir de la cama o quedarse bajo las sábanas unos minutos más..., incluso unas horas. ¿Por qué no hacerlo? Ya no tenía prisa. Ninguna obligación lo esperaba. No había nadie a quien dar explicaciones o excusas por la tardanza. Era un hombre libre.

Recordó algo que había leído o había visto en alguna película: en los momentos más críticos las personas deben continuar realizando los actos más rutinarios. Tuvo que ser una película, porque le vino a la mente la imagen de un soldado en medio del desierto, rodeado por decenas de árabes; o tal vez se tratase de un fuerte en la selva sitiado por cientos de guerreros africanos. La imagen terminó por difuminarse, pues nunca estuvo nítida por completo. No obstante, la idea permaneció: el protagonista de la película continuaba afeitándose diariamente, vistiéndose pulcra y correctamente, limpiando las armas y el uniforme con esmero, con la dedicación de un novato que teme el arresto. Había obligado a hacer lo mismo al resto de la guarnición —apenas unas decenas de soldados—. Su intención era clara, sencilla y lógica: la caída en la desidia, el hecho de quebrantar las rutinas y los rituales únicamente habrían servido para relajar en extremo las obligaciones y, por tanto, para poner en peligro la defensa del puesto, la vida de todos ellos. Debía de tratarse de una película inglesa —cada vez estaba más convencido de que no era una novela—, porque recordaba que el protagonista llegaba incluso a «vestirse para la cena», y esas cosas tan cursis solo sucedían en las películas muy inglesas y muy viejas.

Evidentemente, la situación no era la misma: por fortuna, él no estaba ni acorralado ni fustigado por una ingente cantidad de enemigos desagradecidos cuyo único propósito era no dejarse civilizar por el Imperio británico. Sin embargo, la analogía era correcta. Bastaba con empezar a abandonar el cuidado en la ropa, la relajación en la comida, el desinterés por salir y relacionarse... y uno terminaba muy mal: recorriendo las aceras bajo un mutismo concentrado, protegiéndose tras miradas de recelo, llenando las habitaciones de trastos y basura... «A veces las personas necesitamos una obligación para poder vivir», se dijo. Y con esta certeza saltó de la cama y, sin pensárselo dos veces, se metió en la ducha. No se afeitó, porque lo había hecho el día anterior y no lo necesitaba. Cogió el libro y lo metió entre la ropa, pues tenía intención de acabarlo en Apis aquella noche, cuando por fin hubiera dejado atrás la ciudad y tuviera ante sí la perspectiva de una nueva vida.

—¿Qué hace usted aquí, hombre de Dios? —preguntó el comisario Ordóñez al verlo entrar.

Daniel Duarte se limitó a sonreír y a ofrecerle la mano. El comisario se la estrechó con fuerza.

—Tengo el coche fuera —aclaró el exinspector—. Me marchó al pueblo. He pasado para despedirme y para recoger un par de cajas que dejé ayer en mi despacho. Ya están listas. No tardo nada en cargarlas.

Crespo debió de reconocer la voz de su superior porque aprovechó que la puerta estaba abierta para asomar su rostro sonriente.

—¡Buenos días, inspector!

—¡Buenos días, Crespo! Le recuerdo que ya no soy inspector... A partir de hoy me llamo simplemente Duarte, o Daniel si lo prefiere. —De nuevo hubo abrazos y apretones de mano—. Vengo a recoger las cajas que dejé en mi despacho, ¿puedo entrar?

—Claro que sí, faltaría más. Por cierto, ¿cómo adivinó ayer que la muchacha estaba mintiendo? —Daniel Duarte parecía haberlo olvidado todo. Sacudió la cabeza como si acabara de despertar de un sueño intenso—. La muchacha había matado al viejo... Lo había empujado desde la terraza —continuó Crespo—. Confesó tan pronto como usted se fue. Una lástima, la verdad...

—Era bonita, ¿eh?

El agente se encogió de hombros. El mundo estaba lleno de mujeres preciosas esperando a que un muchacho como Crespo las encontrase y, por supuesto, la inmensa mayoría no eran unas asesinas.

—Confesó que había sido un pronto, un arrebato. Creyó que era una buena oportunidad para poder robar algunas joyas, varios objetos pequeños pero de gran valor que el señor Cascales le había estado enseñando aquella mañana. Cuando lo arrojó desde la terraza, robó las alhajas y se marchó con su coche. Lo dejó aparcado cerca de aquí. Como usted dijo, mintió. Fingió la carrera y las prisas. Su plan era recuperar el coche cuando todo estuviera ya cerrado, quizás esa misma noche, aunque tampoco le importaba esperar unos días.

Duarte había escuchado en silencio y ahora asentía. El comisario se había sentado.

—Bueno, Crespo. Me alegra comprobar que todo se solucionó. Voy a entrar un momento y cojo mis cosas.

—Lo ayudo.

Con un fuerte apretón de manos se despidió del comisario.

Mientras andaban por el pasillo, el agente insistió:

—Sigue sin decirme cómo supo que la muchacha mentía.

Se detuvieron ante la puerta.

—No creo que podamos cargar todas las cajas nosotros solos. ¿Por qué no avisa a alguien más? Así también me despediré de Tortosa y de Camarasa.

No se movió.

—Inspector... —comenzó.

—Ya no. Solo Duarte.

—Pues, Duarte, no se haga tanto de rogar y dígame de una vez por todas cómo lo supo.

—Fue sencillo. ¿Recuerda usted los zapatos rojos que llevaba la muchacha?

—Sí. Eran muy bonitos.

—Estaban demasiado brillantes y demasiado limpios para haber corrido con ellos por aquellos caminos sin asfaltar, cubiertos de arena y de polvo.

Cuando dejó atrás los últimos edificios de la ciudad, detuvo el coche en la cuneta. La carretera había comenzado ya a ascender y desde allí Duarte podía contemplar la lejana silueta de la ciudad, el perfil quebrado de sus edificios: los barrios con casas bajas, las concentraciones de bloques de apartamentos y oficinas, la telaraña de antenas y cables, la silueta de las grúas del puerto que semejaban el esqueleto de animales prehistóricos.

Respiró hondo y sacó la pipa. Comenzó a llenar la cazoleta lentamente, consciente de que ahora tendría oportunidad de fumar siempre que quisiera y de que, tal vez por ese motivo, aquella bien pudiera ser la última pipa de su vida. En el pueblo encontraría otras ocupaciones en que relajar sus nervios y cansar sus músculos. No terminó de llenarla. La contempló con cierta tristeza, se encogió de hombros y la arrojó a un bancal cercano. Si iba a comenzar una nueva vida, tenía que empezar por abandonar los vicios.

Antes de subir al coche lanzó una última mirada a la ciudad. Muy lejos, en el horizonte azul que formaban el cielo y el mar, advirtió algunas nubes negras, tormentosas. El levante quizás trajera una nueva borrasca que terminaría por cubrir la ciudad con un manto de lluvia y de mal tiempo. Subió al coche y arrancó. Cuando eso sucediera, él ya estaría en Apis.

Los libros leídos por el inspector Daniel Duarte y citados en el relato son:

Carr, John Dickson, *Los anteojos negros* (o *El caso del asesinato del psicólogo*), Barcelona/Buenos Aires, Edhasa/Emecé Editores, 1956, colección El Séptimo Círculo, trad. de Marta Acosta van Praet.

Queen, Ellery, «El misterio del zapato blanco», en *Novelas escogidas*, tomo I, Madrid, Aguilar, 1964 3, trad. de Lucila del Río.

Pentecost, Hugh, «El canibal que comió demasiado», en *Obras selectas*, Barcelona, Carroggio, 1979, trad. de Francisco Cusó.

AGRADECIMIENTOS

A Clara Payá y Paloma Martínez, que leyeron la novela y realizaron sugerentes y acertados comentarios. Muchas gracias, preciosas. A Dionís Liñán, que hizo lo propio.

A Luis Bonmatí, editor y amigo, que siempre ha estado dispuesto a invertir algunas horas en mis «cosas». Muchas gracias por tu generosidad.

A mis alumnos de ESO, que han «sufrido» los casos del inspector Duarte (Méndez, para ellos).

La última semana del inspector Duarte
José Payá Beltrán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© José Payá Beltrán, 2015

© Imagen de cubierta : © Andrey Armyagov , © Dudarev Mikhail , © Kaspars Grinvalds , Morgan Studio, Stokkete y Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13658-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Biografía



José Payá Beltrán nació en Biar (Alicante) en 1970. Es profesor de Lengua Castellana y Literatura en el IES Professor Manuel Broseta (Bañeres de Mariola, Alicante). Colabora como crítico literario en el suplemento «Arte y Letras» del diario *Información* de Alicante.

Tiene en su haber dos novelas: *Castilla o Los veranos* (2004) y *Destilando fantasmas* (2007) —ambas publicadas por la editorial Agua Clara (Alicante)—; un libro de cuentos: *La segunda vida de Christopher Marlowe y otros relatos* (2011), publicada por el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert; así como diversas ediciones críticas: *Beltenebros*, de Antonio Muñoz Molina, y *La tragedia española*, de Thomas Kyd, ambas para la editorial Cátedra.

Está casado y es padre de una niña y un niño. Esta es la primera novela a cuatro manos... y tal vez no sea la última.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[Suad](#)

Noemí Trujillo / Lorenzo Silva

[Alcander](#)

Luisa Fernández

[Primer verano en Piedras Verdes](#)

Enerique Gómez-Medina